

*La Habana,
un buen lugar para escribir*

Gabriel García Márquez

Georg Weerth

Vargas Llosa

Fredrika Bremer

Vargas Vila

Rubén Darío

Leonardo Depestre Catony

La Habana, un buen lugar para escribir

(100 visitantes ilustres de las letras)

Leonardo Depestre Catony

Editorial Cubaliteraria

Colección Narrativa y Crónica

2019

Título: *La Habana, un buen lugar para escribir*
Edición: Jesús David Curbelo
Corrección: Heidy Bolaños Oliva
Programación: Rubiel Labarta
Diseño de cubierta: Dariagna Steyners
ePub base 2.0

© Leonardo Depestre Catony, 2019
© Sobre la presente edición: Cubaliteraria, 2019

ISBN: 978-959-263-185-4

Cubaliteraria Ediciones Digitales
Instituto Cubano del Libro
Obispo 302, entre Habana y Aguiar, Habana Vieja, La Habana

editorial@cubaliteraria.cu
www.cubaliteraria.cu
www.facebook.com/cubaliteraria
www.twitter.com/cuba_literaria

Índice

La Habana, un buen lugar para escribir

Fredrika Bremer, cronista epistolar

Georg Weerth, poeta del proletariado

José Zorrilla y *Don Juan Tenorio*

Samuel Hazard, autor de un libro para el turista

Eça de Queiroz, el cónsul escritor

Rubén Darío, ires y venires del gran nicaragüense

Manuel Curros Enríquez, el escritor gallego que murió en La Habana

Ricardo Palma: *La vida en La Habana es casi tan cara como en Nueva York*

Sherwood Anderson, un escritor en campaña

Salvador Rueda: *llenas las sienas de estrellas*

Luis Gonzaga Urbina: *a mis amigos los pescadores*

Díaz Mirón, un poeta de carácter

José Ingenieros: el médico, el escritor, el filósofo

Camila, la profesora con raíces dominicanas

Entre Barba Jacob y Miguel Ángel Osorio

Amado Nervo, entre el dolor y el amor

Valle Inclán, «el marqués de Bradomín»

Gabriela Mistral y su admiración por Martí

Anaís Nin, un apellido cercano

Jacinto Benavente, Huésped de Honor

Vicente Blasco Ibáñez: La vuelta a La Habana de un novelista... en solo un día

Vargas Vila, personalidad y obra polémicas

Vladimir Mayakovski y su poema «Black and White»

Andrés Eloy Blanco, poesía y compromiso ciudadano

Fernando de los Ríos: *la barba corta, los espejuelos sobre el perfil elegante...*

Teresa de la Parra y sus dos novelas

Alfonso Reyes, entre saludos y homenajes

Gregorio Marañón y sus conferencias “atrevidas”

Concha Espina, candidata al Nobel recibida con *peros*

Lorca, el visitante inolvidable

Langston Hughes, *un mulatico* cubano

Salvador de Madariaga, o el prestigio de un humanista

Rafael Alberti en tres tiempos

George Bernard Shaw, declaraciones desde el trasatlántico

María Zambrano en la revista *Orígenes*

León Felipe y su concepto de la poesía

Juan Ramón Jiménez, un Nobel andaluz en el exilio

Menéndez Pidal, el filólogo caminante

Miguel Otero Silva, el venezolano que vino una y otra vez

Manuel Altolaguirre, con la imprenta auestas

Herminio Almendros, autor para jóvenes

Alejandro Casona y sus conferencias escenificadas

Juan Bosch: la huella profunda

Emil Ludwig, arte y oficio

Pablo Neruda y la significación de sus visitas

Jacques Roumain, *lejano amigo*

Aquiles Nazoa: crítica, humor y poesía

Rómulo Gallegos, escritor y presidente

Paul Éluard en el recuerdo de Nicolás Guillén

Luis Rosales, un Premio Cervantes pasado por alto

Francisco Ayala, larga vida y muchos premios

Luis Cernuda en el atardecer inspirador

Ciro Alegría, una estela dispersa en la geografía cubana

Federico de Onís, ilustre profesor y disertante

Graham Greene, un autor británico en La Habana

Gerardo Diego: *los colores y las tintas de mis penas*

Tennessee Williams: año 1960

García Márquez, primera noche en La Habana

Miguel Ángel Asturias, presencia antes del Nobel

Rodolfo Walsh y la Agencia Prensa Latina

Waldo Frank y su interés en Hispanoamérica

Hemingway, siempre Hemingway

Simone de Beauvoir por sí misma

Françoise Sagan, vedette francesa de la literatura

Nazim Hikmet frente al mar

J. E. Adoum –primero premio y después jurado

Evgueni Evtushenko –poeta en dos tiempos

Jean Paul Sartre: una visita en circunstancias memorables

Manuel Galich en Casa de las Américas

Julio Cortázar recorre las calles

Blas de Otero, el lírico bilbaíno

Ítalo Calvino y las dos patrias del vizconde

Eduardo Galeano — una vez más con *las venas abiertas*

Vargas Llosa y el Nobel: una sorpresa muy agradable

Camilo José Cela, jurado del Premio Casa

Mario Benedetti: *Cuba ha sido siempre una palabra muy importante para mí*

Roque Dalton, la poesía, la vida

Carlos Pellicer en *Nuestra América*

Francisco Urondo, *Paco*

Aimé Césaire, el martiniqués universal

León de Greiff, para leer dos veces

José María Arguedas, o la literatura en la sangre

Alba de Céspedes: de sus raíces heroicas

Ernesto Cardenal, el poeta de Solentiname

Haroldo Conti: *Entre la literatura y la vida, elijo la vida*

Juan Gelman en su hora cumbre

Juan Carlos Onetti, leerlo para conocerlo

Frei Betto, en Cuba como en casa

Darío Fo, actor y autor

Jorge Amado, «la más ecuménica voz del Brasil»

Isabel Allende, y las claves de un *best seller*

Wole Soyinka y el premio a un continente

Norman Mailer, hombre de letras y de cine

Torrente Ballester: *No rechazo experiencias nuevas. Y vivo*

Günter Grass, antes de ganar el Nobel

Arthur Miller en sus 85 años

Nadine Gordimer es noticia

Noam Chomsky o el tránsito del lingüista al politólogo

José Saramago y *El Evangelio según Jesucristo*

Sergio Pitol y la fiesta de la palabra

La Habana, un buen lugar para escribir

(100 visitantes ilustres de las letras)

Entrevistado en 1958, Ernest Hemingway recordaría: «El Ambos Mundos, en La Habana, fue un buen lugar para trabajar».

Tenía Hemingway diversas razones para afirmar algo tan categórico: la hospitalidad de los habaneros, la arquitectura colonial de la ciudad, el clima siempre benigno, la historia que aflora de las paredes agrietadas, sus muchos espacios culturales, la multiplicidad de colores...

La Habana es ciudad preferida para los visitantes y, en el caso que nos ocupa, para los escritores. Medio milenio de historia justifica la afirmación. En estas páginas se reúne el quehacer de cien de ellos, llegados de diversas latitudes: Alemania, Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Haití, Italia, Martinica, México, Nicaragua, Nigeria, Perú, Portugal, Puerto Rico, República Dominicana, Rusia, Sudáfrica, Suecia, Turquía, Uruguay, Venezuela...

Unos son más recordados (Lorca, Hemingway, Jean Paul Sartre, Alberti, Juan Ramón Jiménez, Julio Cortázar, Pablo Neruda, Benedetti), otros menos (George Bernard Shaw, Arthur Miller, Rómulo Gallegos, Tennessee Williams, Françoise Sagan, Nazim Hikmet, Ciro Alegría, Sinclair Lewis, Emil Ludwig...) ¿Quiénes fueron? ¿Cuándo arribaron? ¿Qué los trajo? ¿Cuál huella dejaron? La biografía de cada uno de ellos —18 Premios Nobel de Literatura incluidos— se reserva cuando menos un capítulo habanero.

Pese a sus 200 páginas, *La Habana, un buen lugar para escribir* es un libro de capítulos breves, de solo dos páginas por cada visitante. Así, puede abrirse por cualquier página y comenzar a leerse. O si se prefiere, ir al índice y allí escoger al escritor de preferencia y detenerse entonces en los pormenores de su visita. Por supuesto que no pueden incluirse

todos los escritores ilustres que han visitado la Isla. Ello no resulta factible por dos razones: se trata de una selección, y toda obra requiere de un punto final, una meta, aunque sea esta motivo para nuevo punto de partida. Los quedados en el tintero serán pretexto para segundas partes... o para que usted los aporte de su cosecha.

Leonardo Depestre Catony

Fredrika Bremer, cronista epistolar

La presencia de una figura importante de las letras escandinavas en Cuba a mediados del siglo XIX conserva, aún al cabo del tiempo, elementos capaces de despertar la curiosidad.

Fredrika Bremer arribó a La Habana el 31 de enero de 1851 y de inmediato redactó la primera de sus cartas desde el Caribe. Se siente deslumbrada por la naturaleza insular y bajo ese hechizo escribe: «Estoy sentada bajo el claro y cálido cielo y las hermosas palmeras de los trópicos; ¡qué bello y qué extraño...! El aire espléndido y delicioso y las altas palmeras son indiscutibles bellezas».

En la misma carta alude al encuentro inesperado con una compatriota suya de renombre artístico: «¡Jenny Lind aquí, y esa expresión de su rostro resplandeciente, fresco, alegre, inolvidable para quien lo ha visto una vez! ¡Toda la primavera sueca ha brotado en él. Quedé encantada!»

«Encantada» es ciertamente una palabra que se ajusta a cuanto *descubre* en sus recorridos, sea por la ciudad o por los campos. Entretanto, aprovecha los días que restan en La Habana a Jenny para pasarlos juntas entre amenas charlas y paseos.

La correspondencia cubana Fredrika la dirige a su hermana, y en ella va recogiendo, a la manera de un diario, las visitas que realiza a las ciudades de Matanzas, Cárdenas y otros pueblos. Se siente muy a gusto, lo cual se evidencia en sus comentarios epistolares, que resultan abrumadores por el campo tan vasto de intereses de la escritora. Abundan los apuntes sobre la vegetación, las observaciones acerca de la vida en las poblaciones cubanas y su arquitectura, y se deleita con la fauna del archipiélago, que parece tomarle por sorpresa en toda su diversidad. Las danzas de las etnias africanas (esclavos) son

descritas con precisión y constituyen uno de los aportes de la escritora al conocimiento de esta manifestación entre los países donde por entonces se conocía su obra.

Aunque no vaya a pensarse en Fredrika como una mera *turista* exenta de facultades para el ejercicio de la crítica. Ella, que por su formación europea es una mujer de ideas avanzadas, también expresa: «...La situación de los esclavos en las plantaciones es aquí, generalmente, peor que en los Estados Unidos; viven peor, se alimentan peor, trabajan más duramente y carecen de toda enseñanza religiosa. Se les considera totalmente como ganado, y el comercio de esclavos con África se practica todavía, aunque en secreto».

La última de las cartas escritas por la Bremer desde Cuba tiene fecha del 8 de mayo de 1851: «He aspirado una nueva vida en Cuba —confiesa—, pero *vivir* aquí no podría. ¡Esto solo podría hacerlo donde exista y crezca la libertad!»

Al cabo de una visita a Estados Unidos regresó a Europa, para continuar sus viajes por ese continente. Escritora traducida a varias lenguas (entre ellas el español) y dibujante, abogó por la emancipación de la mujer y por el reconocimiento de sus derechos. Había nacido en 1801 en Finlandia, aunque se le reconoce como una escritora sueca. Murió cerca de Estocolmo en 1865.

Su libro *Cartas desde Cuba*, del cual se han tomado las citas de este capítulo, ha tenido cuando menos dos ediciones en el país que tanto impresionó la delicada sensibilidad de una escritora observadora, crítica y esencialmente honesta. Una tarja en la fachada de la vivienda donde radicó la Casa de Hospedaje en que se alojó, en la calle Oficios No. 18, recuerda el paso de Fredrika Bremer por la capital cubana.

Georg Weerth, poeta del proletariado

Acto de justicia aquel mediante el cual, a iniciativa del rectorado de la Universidad de La Habana, el 30 de julio de 1963 se develó una tarja ante los muros del antiguo Cementerio de Espada para recordar la presencia y muerte en La Habana de Georg Weerth.

Friedrich Engels calificó a Weerth como «el primero y más importante poeta del proletariado alemán». Para el ensayista cubano Juan Marinello, «se trata de uno de los hombres más limpios, originales y sagaces de la creación y el pensamiento revolucionario del siglo XIX que, por razones muy válidas, está unido estrechamente a nuestra tierra».

Weerth nació en Detmold, Alemania, el 17 de febrero de 1822. Cuando encontró a Engels adoptó el materialismo como filosofía. Con posterioridad viajó a Bélgica, allí inició su amistad con Karl Marx, trabajando ambos, junto a Engels y otros, en la publicación de *Neue Rheinische Zeitung* [*Nueva Gaceta Renana*] en 1848.

Al cesar la citada publicación, Weerth se trasladó a España, donde radicó entre septiembre de 1850 y febrero de 1851, y un año después decidió cruzar el océano. Su viaje, como agente comercial, incluyó América Central y del Sur.

Por primera vez estuvo en Cuba en 1853. Entonces anotaba: «Mientras más conozco La Habana y la Isla de Cuba, más me gusta. Río de Janeiro, Lima y La Habana son las ciudades más hermosas que he visto en América, pero La Habana es la corona de las tres».

Desde Suramérica escribe en 1855 a su amigo Heinrich Heine: «Yo creo que La Habana va a ser el campo donde se van a dirimir los grandes conflictos del Nuevo Mundo».

En los comienzos de 1856 está de nuevo en Cuba. Desde la ciudad de Santiago apunta: «Renunciaré a mi frenético vagar por América y concentraré mis esfuerzos en La Habana».

También expresaba el propósito de permanecer en Cuba hasta noviembre o diciembre. Lamentablemente, el poeta murió en La Habana el 30 de julio de 1856, durante una epidemia de fiebre amarilla.

Las razones por las cuales visitó Cuba no son conocidas, aunque se estima que los comentarios y estudios de Humboldt probablemente influyeran en esta decisión.

Observador y crítico de las condiciones de vida de los trabajadores de su tiempo, Weerth incorporó a sus escritos tales preocupaciones sociales, marcadas por un sentimiento a favor del proletariado. Su obra no está desprovista de un cierto humorismo mordaz, como se aprecia en estos fragmentos de su relato «El contador», tomado del libro *Poesía y Prosa de Georg Weerth*, publicado en Cuba en 1988:

La nariz roja que el señor Lenz llevaba en medio del rostro por derecho divino y jurídico era la joya más costosa de su cuerpo. Era el resultado de largas y serias libaciones, el resultado de una sed cuidadosamente saciada, la consecuencia de una pasión incontrolable por el *Niersteiner* y el *Piesporter*.

.....

José Zorrilla y *Don Juan Tenorio*

Dos veces se detiene don Juan Tenorio, perdón, don José Zorrilla en La Habana decimonónica. Una primera, en tránsito brevísimo, procedente de Europa vía Jamaica y con destino a Veracruz. Ello ocurre el 8 de enero de 1856, cuando en la tarde desembarca del *White* y recorre, como incógnito, las calles de la ciudad portuaria. Cual el perro tras la liebre, Zorrilla escoge para cenar el restaurante del teatro Tacón y en la noche asiste a una de las representaciones allí mismo. Se acomoda lejos del escenario y disfruta del espectáculo en la oscuridad.

¿Y qué sucede entonces? Pues que a la mañana siguiente los círculos intelectuales están al corriente de su llegada y las visitas le complican sus pocas horas habaneras. El doctor Ramón Zambrana, científico y escritor, le ruega que permanezca en el país; y Zorrilla se excusa a su pesar. Un día después embarca con rumbo a México.

En la tierra de los aztecas ha de vivir hasta noviembre de 1858. De Veracruz zarpa el *Clyde*; y en él llega don José Zorrilla a La Habana, el 10 de noviembre de 1858.

Se trata de un viaje de negocios. Es ya un inmortal de las letras españolas (*Don Juan Tenorio* data de 1844), pese a lo cual los bolsillos se quejan de tan ligeros que andan. Lo acompaña Cipriano de las Cagigas, amigo suyo y protector, amén del hombre de la plata para cualquier negocio.

Zorrilla visita la redacción del *Diario de la Marina*, y es esa misma fuente la que anuncia: «Nuestro célebre poeta don José Zorrilla ha llegado ayer a esta capital en el vapor inglés procedente de Veracruz y parece que residirá aquí algunos meses haciendo algunas publicaciones».

El capitán general de la Isla, José Gutiérrez de la Concha, es uno de los lectores y admiradores del visitante. Lo invita al baile del día 16 en el Palacio de Gobierno. El 22

de noviembre está Zorrilla en los Juegos Florales del Liceo Artístico y Literario de La Habana, presididos por el general De la Concha. La sociedad habanera, sea peninsular o criolla, lo colma de atenciones.

Todo parece marchar de maravilla para Zorrilla, cuando el amigo Cagigas enferma de vómito negro y muere. Poco después el poeta cae con los mismos síntomas, y solo gracias a los cuidados del doctor Zambrana consigue su permanencia en este mundo.

La recuperación le toma tiempo. El banquero Manuel Calvo lo lleva para su casa-quinta en las afueras, en medio de un hermoso cafetal. Zorrilla se repone y recibe numerosas visitas. Uno de los asiduos es el mismísimo Capitán General.

El escritor describe el ambiente bucólico de la hacienda, «una casita de madera y ladrillo de un solo piso y unas cuantas habitaciones abiertas sobre dos corredores; una pequeña fábrica, de almidón de yuca y a la sombra de unos cuantos miles de plátanos nuevos, otras tantas de café, alternadas con piñas y con naranjos».

En La Habana publica hasta un libro. Compone poemas, redacta textos. La temporada en el cafetal del bien acomodado señor Calvo la pasa de lo mejor. En la capital de Cuba se queda hasta el 16 de marzo de 1859, cuando embarca para México en vapor del mismo nombre. Entre los muchos que asisten a despedirlo se escuchan voces que murmuran «¡Adiós, don Juan!» Y se afirma que algunas son femeninas. ¡Vaya cosas de don Juan Tenorio...!

Samuel Hazard, autor de un libro para el turista

Tener la posibilidad de hojear un ejemplar del libro *Cuba a pluma y lápiz* deviene privilegio y placer. Lo de privilegio, porque escasean los ejemplares disponibles, y lo de placer, porque las ilustraciones son preciosas y le dan deseos a uno de seguir hurgando en el pasado. Pero sucede que el autor de ese clásico de lo que hoy pudiéramos llamar «literatura turística» se nombra Samuel Hazard.

Los datos sobre su vida son más bien pocos. Es de nacionalidad norteamericana, nació en 1834 y murió en 1876, por lo que vivió solo 42 años. Se conoce que combatió en la Guerra de Secesión de Estados Unidos y que lo hizo del lado de los nortños antiesclavistas. En Cuba estuvo en su temprana juventud y después, por segunda vez, hacia 1867 o 1868, cuando permaneció en el país por varios meses, que fueron los que antecedieron al alzamiento de los cubanos en el ingenio La Demajagua, el 10 de octubre de 1868.

Aquella segunda visita lo compenetró con las costumbres y la sociedad cubana. Así, por las páginas de *Cuba a pluma y lápiz* desfilan sugerencias sobre los hoteles más aconsejables para el turista, las comidas y los baños públicos mejor atendidos, los mercados, las tabaquerías, plazas de toros y otras diversiones. El autor manifiesta una abierta predilección por el hotel Telégrafo, reconstruido en las esquinas de Prado y San Miguel, así como también por el hotel Inglaterra y por el Santa Isabel, frente a la Plaza de Armas, en el corazón de la Habana Vieja.

Este libro, y salvando las distancias lógicas, es algo así como guía turística para el viajero de aquellos tiempos. *Cuba a pluma y lápiz* tuvo dos ediciones sucesivas, en 1871, una en Nueva York y la otra en Hartford. Dos años después mereció una tercera

edición en Londres. Imagine pues cuán bien fue recibido entonces entre los lectores de habla inglesa.

La edición española data de 1928 y fue traducida por Adrián del Valle, para quien, «de cuantas obras se han escrito por extranjeros, descriptivas del pueblo de Cuba, quizás sea esta de Samuel Hazard la que con más fidelidad relata usos y costumbres y la que mayor simpatía muestra por los cubanos».

Samuel Hazard anduvo por otras islas de las Antillas y de sus observaciones en la vecina Quisqueya preparó un libro titulado *Santo Domingo, pasado y presente; con un vistazo a Haití*, de algo más de 500 páginas, con bellos grabados e ilustraciones.

He aquí lo que escribía Hazard acerca de la bahía capitalina:

Tenemos ante nosotros una vista completa de La Habana y sus inmediaciones: el Castillo del Morro a la izquierda; a la derecha, la ciudad con el histórico fuerte de La Punta en un extremo; las casas, pintadas de blanco, azul y amarillo, con sus techos de rojizas tejas, tienen apariencia fresca y luminosa, batidas por la brisa de esta mañana de enero.

Apenas una sugerencia: Si encuentra este libro de Samuel Hazard, sea en bibliotecas o en alguna librería de viejos libros de uso, no desaproveche la oportunidad de hojear detenidamente un *clásico*.

Eça de Queiroz, el cónsul escritor

Hablar de la presencia en La Habana del novelista José María Eça de Queiroz, es tema inagotable por cuanto significó para los chinos contratados en condición de servidumbre. Llegó por las fechas finales del año de 1872, exactamente el 20 de diciembre, como cónsul de su país ante las autoridades españolas. No imaginaba el gobierno colonial los contratiempos que acarrearía a sus espurios intereses.

Todavía no era el escritor famoso que sería dentro de poco, pero sí haría historia por su labor en favor de los colonos asiáticos traídos a Cuba en condición de siervos.

Veintisiete años tenía entonces Eça de Queiroz y la primera preocupación del cónsul-escritor fue la de poner en conocimiento de su gobierno en Portugal la situación real de servidumbre en que vivían los chinos en Cuba, su carencia total de derechos y los malos tratos que recibían.

Cuando en marzo de 1874 arribó a Cuba el mandarín Chin Lan Pin con la encomienda imperial de averiguar la situación de los culíes, el cónsul portugués le presentó la verdad de los hechos, esa misma verdad que los funcionarios de la metrópoli le habían ocultado, por cuanto la importación de los asiáticos era un negocio floreciente en el que se involucraban grandes intereses, fueran estos de las autoridades, de propietarios españoles o criollos acomodados.

Años atrás, el historiador Juan Jiménez Pastrana señaló muy correctamente que si bien durante su desempeño en Cuba no escribió Eça de Queiroz ninguna de sus más importantes novelas, contribuyó decisivamente a que su gobierno, el portugués, tomara conciencia y suprimiera el tráfico inhumano de culíes hacia Cuba, que se practicaba desde la posesión lusitana de Macao.

El cónsul terminó su misión en Cuba el 29 de noviembre de 1874, al ser transferido con igual cargo a la ciudad de Newcastle, y después a la de Bristol, ambas en Gran Bretaña.

Con posterioridad, se le destinó a París, como cónsul general de Portugal, y en la propia Ciudad Luz murió el 16 de agosto de 1900.

El cadáver del más conocido de los escritores portugueses del siglo XIX fue llevado a Lisboa para el entierro con los honores correspondientes a su rango.

José María Eça de Queiroz es el autor de numerosos libros editados por el Instituto Cubano del Libro: *La ilustre Casa de Ramires*, *La reliquia*, *El crimen del padre Amaro* y *Los maias*. También la televisión transmitió unos cuantos años atrás la versión de su novela *El primo Basilio*, estudio crítico muy agudo acerca de las costumbres de la clase media portuguesa.

A través de su narrativa combatió la hipocresía, la mojigatería, la insinceridad, el aburrimiento y otros fenómenos nada encomiables de la sociedad, lo cual le valió renombre de escritor anticlerical e inconforme, todo muy en consonancia con su estilo realista.

Fue, además, hombre de preocupaciones humanistas, prueba de lo cual dejó a su paso por La Habana y es motivo más que suficiente para evocarlo con admiración. Ello, sin pretender soslayar la lectura o relectura de sus novelas, obras maestras que resisten sin quebranto el transcurso del tiempo.

Rubén Darío, ires y venires del gran nicaragüense

El 27 de julio de 1892 desembarcó Rubén Darío en la rada habanera. Llegaba en tránsito hacia España, como representante de Nicaragua, a los festejos por el cuarto centenario de la aparición de Colón por tierras americanas.

En la redacción del periódico *El País* se estrecharon las manos Rubén Darío y Julián del Casal, quienes se conocían —gracias al correo— desde 1887, por medio de las páginas de la revista *La Habana Elegante*, que el poeta nicaragüense recibía con cierta frecuencia y en la que aparecieran trabajos de ambos.

La redacción de *El Fígaro* ofreció un banquete a Darío, al cual asistieron Casal, Enrique Hernández Miyares (que en el número del 31 de julio de 1887 publicara un artículo sobre Darío en *La Habana Elegante*), Manuel Serafín Pichardo y otros. Uno de los comensales de aquel mediodía, Raoul Cay —redactor de *El Fígaro*— cuenta que «Casal apenas almorzó, la admiración que siente por Rubén y el regocijo de tenerlo cerca, quitaron el apetito al sombrío poeta de *Nieve*».

Los días habaneros de Darío transcurrieron en continuos paseos, tertulias, agasajos y correrías. Al partir en la tarde del 30 de julio, en el vapor *Veracruz*, dejaba una estela de encanto entre la intelectualidad cubana.

El 5 de diciembre de aquel mismo año, de regreso de España en el vapor *Alfonso XIII*, Darío hizo una segunda escala, ésta de solo unas horas, pues al día siguiente embarcó en el *México*, el mismo que lo trajo la primera vez. Aprovechó para dejar algunos textos inéditos en la redacción de *El Fígaro*.

En 1893, en Nueva York, Darío es presentado a José Martí, por quien siente profundo respeto. Martí tiene la gentileza de invitarlo a la velada que se celebra en Hardman Hall, donde él hablará. Al escucharlo, se acrecienta la admiración por el pensador y

político cubano.

Tuvo Darío estrechos vínculos con diversas figuras cubanas de las letras. Sintió igualmente marcada atracción por sus mujeres. Juan Marinello ha señalado que «los poemas cubanos de Rubén nacen del trato con nuestros compatriotas o de sus visitas a la isla. La amistad y la galantería apuntan siempre y las cubanas, escritoras o no, se abren paso en sus versos».

Atrás ha quedado la segunda intervención norteamericana en Cuba. El Partido Liberal gana las elecciones y José Miguel Gómez ocupa la presidencia desde el 28 de enero de 1909. Su gobierno se hará célebre por entronizar la lotería nacional, la lidia de gallos, los negocios de dudoso carácter. Este es el panorama prevaleciente el 2 de septiembre de 1910, cuando Darío está en La Habana por tercera vez. Acuden a recibirlo don Ramón Catalá, de *El Fígaro*; Max Henríquez Ureña, dominicano que mucho amó a Cuba; Eduardo Sánchez de Fuentes, autor de la inmortal habanera *Tú* y otros. Un periodista de *La Discusión* obtiene el siguiente autógrafo: «Paz y progreso y gloria a Cuba, país que admiro y que he amado siempre. Rubén Darío».

Durante su brevísima estancia, visita al patriota y diplomático Manuel Sanguily, en cuyo despacho conoce al periodista Márquez Sterling. Los círculos intelectuales se disputan las horas de Darío. En la noche se le ofrece un banquete en el hotel Inglaterra. Se llega hasta la legación de Santo Domingo en La Habana. Al día siguiente parte con rumbo a México, en *La Champagne*.

Pero para sorpresa de sus admiradores, Darío está de nuevo, el día 4, de vuelta en La Habana, pues llega apenas hasta Veracruz y retorna en el mismo vapor.

Permanece en la capital de Cuba, deprimido y con poca salud, hasta el 8 de noviembre, cuando embarca con destino al Havre, en el vapor *Ipiranga*, de bandera alemana. Durante este lapso el poeta se alojó en el hotel Sevilla y luego en una pensión de El

Vedado. Asistió al acto celebrado el 21 de octubre ante la tumba de Casal, ocasión en que leyó sentidas palabras preparadas para la ocasión.

Manuel Curros Enríquez, el escritor gallego que murió en La Habana

Manuel Curros Enríquez murió en La Habana el 7 de marzo de 1908. Y lo interesante radica en que Curros Enríquez fue (es) uno de los autores gallegos más importantes y conocidos dentro de la literatura de esa lengua.

Nacido en Orense, Galicia, en 1851, arribó a La Habana en 1894, con una carrera como periodista bien cimentada y una obra poética no menos sólida. A él se le considera, junto a Rosalía de Castro, como los más destacados exponentes de la lírica gallega y fueron ciertamente ambos los primeros en alcanzar resonancia internacional.

Curros Enríquez estudió Derecho, después mudó a Madrid y en la capital española se dedicó al periodismo, donde colaboró en diversos diarios, al tiempo que se daba a conocer por su pensamiento republicano y su espíritu crítico de la sociedad hispana.

Como poeta obtuvo premios, aunque sus versos recibieron objeciones y algunos fueron tildados de blasfemos por las altas esferas eclesiales, lo cual le costó un proceso judicial.

No obstante, este alboroto le dio popularidad y sus libros se vendían abundantemente dentro y fuera de Galicia.

De su estancia en Cuba se conoce que llegó en 1894 y que aquí continuó su carrera periodística.

Escritor bilingüe (en español y en gallego), dedicó esfuerzos al renacimiento de su lengua madre, contribuyendo con el prestigio de su propia obra al enriquecimiento literario del idioma gallego:

En medio de un abrupto promontorio

de acantiladas, vacilantes rocas,

monstruos que arrancan de sus pardas bocas

alaridos de rabia al huracán,

*levantábase en tiempos ya lejanos,
cual implacable símbolo de muerte,
la rica y opulenta casa fuerte
del señor de Milmanda y Sanchidrián.*

(Fragmento de «Crimen y expiación»)

Como periodista, la amenidad de su prosa le ganó la preferencia de los lectores, porque en ella aunaba la erudición del especialista con la gracia del narrador tocado por el don de la palabra precisa.

En La Habana se vinculó con figuras cubanas muy reconocidas, entre ellas, Esteban Borrero, Enrique José Varona y Manuel Sanguily.

Fundó la revista *La tierra gallega* y colaboró en el *Diario de la Marina*, que pese a ser el representante más intransigente del conservadurismo político y el catolicismo, abrió sus columnas y páginas al escritor gallego de pluma anticlerical y como si fuera poco, liberal.

El escritor cubano Jorge Mañach comentó de la obra de Curros Enríquez que «fue extensa e intensamente popular en vida, porque encarnaba toda la tristura de su raza».

Fue, en Cuba, el cantor de la *morriña* del emigrado que no se da por vencido en su afán de regresar algún día a la patria querida. Es por ello que sus restos fueron trasladados a España en cumplimiento de sus deseos.

El autor es figura cuya memoria perdura en la capital cubana. Su obra conserva la vigencia que solo los clásicos consiguen.

Ricardo Palma: *La vida en La Habana es casi tan cara como en Nueva York*

Tradiciones peruanas (1872) es uno de los libros de ese país más conocidos en el mundo, tanto por sus numerosas ediciones en diversos países del continente americano, como por sus traducciones. Su autor, don Ricardo Palma es, a su vez, uno de esos autores que nunca faltan en las antologías y los libros de historia de la literatura en Hispanoamérica. Hombre de mucha cultura, viajes y reconocimientos, visitó Cuba, en lo que constituye un hecho arrinconado por el olvido.

Palma llegó a La Habana, procedente de Puerto Rico, por el mes de mayo de 1894 y la presencia de las fortalezas que rodean la bahía de la ciudad fue el primer motivo de su admiración. Por sus comentarios, que publicó en el número de noviembre de 1894 de la revista *La Ilustración de Cuba*, conocemos que anduvo por la ciudad y sus calles, que las de Obispo y O'Reilly llamaron su atención, al igual que El Templete, el Palacio de los Capitanes Generales, la Catedral, la Plaza de Armas, el Paseo de Isabel II, así como los teatros. Se detuvo en el Centro Asturiano y en el Centro Gallego, ambos con una nutrida representación entre la población residente en La Habana de entonces.

Palma escribiría:

Indudablemente que La Habana, a pesar de sus grandes calores, de su cielo no siempre apacible y de la insalubridad de su clima para el extranjero, es una de las ciudades más animadas y bulliciosas de América. Allí se vive en constante fiesta, y los habitantes, aun los que llegan de España en busca de la madre gallega, se hacen gastadores hasta el derroche. La vida en La Habana es casi tan cara como en Nueva York.

Aunque pensó que pasaría inadvertido en Cuba, no fue así. «La prensa me honró», escribe, y se relacionó con la intelectualidad nacional. Conoció a la escritora Aurelia

Castillo, recibió ejemplares que le enviaron las poetisas Mercedes Matamoros y Nieves Xenes. Leyó a Julián del Casal, entonces recién fallecido, y se detuvo a comentar, siempre elogiosamente, acerca de algunos de los cubanos que más se destacaban en la vida literaria y socio política de la colonia, entre ellos Rafael Montoro, Enrique José Varona y Ricardo Delmonte. Además, se percibe en otros fragmentos de su texto aparecido en *La Ilustración de Cuba*, su simpatía abierta por los separatistas y su rechazo al movimiento anexionista, que tilda de pequeño en número pero ciertamente perjudicial al país.

Ricardo Palma (1833–1919), desarrolló una carrera literaria en la cual se incluye su labor como periodista. La primera parte de sus *Tradiciones peruanas* vio la luz en 1872 y le ganó renombre, al punto de ser el creador de un género literario netamente peruano denominado el *tradicionismo*. Este tema lo absorbió, pero su obra incluye además poesía, piezas para teatro y el periodismo ya citado que se acentúa por sus colaboraciones en la prensa satírica peruana. Tampoco le fueron ajenos los trabajos históricos y los lexicográficos, referidos a las peculiaridades del español hablado en Perú.

Algunos reconocimientos dan prueba del prestigio de que gozó: miembro correspondiente de la Real Academia Española, de la Real Academia de la Historia y de la Academia Peruana de la Lengua, así como miembro honorífico de la Hispanic Society de Nueva York. Dirigió la Biblioteca Nacional del Perú.

Dos de sus hijos alcanzaron renombre, uno como escritor de relatos y otra en condición de fundadora del movimiento feminista peruano.

Sherwood Anderson, un escritor en campaña

Algunas ilustres personalidades llegaron a Cuba cuando aún no lo eran y nadie podía suponer que lo fueran un día. La Guerra hispano-cubano-norteamericana que interpuso a las tropas de Estados Unidos en el conflicto independentista de Cuba contra su metrópoli España y trajo consigo la ocupación de la Isla por el Gobierno norteamericano fue la razón por la cual desembarcó en Cuba un joven de 23 años nombrado Sherwood Anderson, quien sería uno de los maestros del relato corto en la literatura norteamericana del siglo XX.

Si en su andar por la Isla Anderson llegó o no hasta La Habana francamente lo desconocemos. Nos atenderemos a su presencia en la ciudad de Sagua la Grande, de la actual provincia de Villa Clara, entre los días 26 de enero y 13 de marzo de 1899, algo acerca de lo cual escribió él en sus memorias y también lo han hecho los historiadores sagüeros.

La aparición de sus *Memorias* en 1942, póstumamente, permitió conocer sus recuerdos de los días pasados en Cuba. Allí describe a Sagua la Grande como una ciudad pequeña, muy limpia, de aspecto antiguo, con una plaza de armas, un hotel, una iglesia y establecimientos de nombres que llaman su atención: El elegante, El león de oro, Sin rivales... También recuerda sus andares por los lomeríos colindantes. Las tropas de ocupación establecieron sus dormitorios en un solar yermo aledaño a la entonces llamada Plaza de la Cárcel, hoy Parque del Mausoleo, que los lugareños utilizaban para la prácticas beisboleras.

Un libro, por sobre todos, inserta a Sherwood Anderson en las más selectas antologías de la narrativa norteamericana. Su título es *Winesburg, Ohio*, y se publicó en 1919 a la manera de una colección de 22 relatos (algunos lo consideran una novela) que revela las

frustraciones de los moradores de una comunidad rural, incapaces de adaptarse a las nuevas formas de vida.

Oriundo de Ohio, donde nació el 13 de septiembre de 1876, se crió en una familia que se mudaba frecuentemente de un pueblo a otro dentro del estado, a los 14 años abandonó los estudios, desempeñó diversos oficios y como ya sabemos fue soldado. A su regreso de Cuba administró una fábrica de barnices y después se encaminó hacia Chicago, donde trabajó para una agencia publicitaria, con lo cual dio inicio a su vida literaria.

En Nueva York se incorporó al movimiento literario y social en torno a *New Masses*, *The Seven Arts*, *The Nation*, junto a otros autores con similares preocupaciones sociales. *Risa negra (Dark Laughter)*, de 1925, le dio algún éxito comercial. Varias de sus obras se publicaron después de su muerte, ocurrida en Colón, Panamá, el 8 de marzo de 1941. Autor de novelas, cuentos, ensayos y obras de teatro, aunque esencialmente narrador, se le identifica por su estilo sencillo, su rebelión contra el conformismo establecido y el tratamiento de los personajes.

El interés actual por sus libros y su inclusión en los textos de literatura no solo norteamericana confirman la permanencia de este autor entre los favorecidos por la crítica y los lectores.

Salvador Rueda: *llenas las sienes de estrellas*

Al hojear un texto de literatura o enciclopedia de un siglo atrás, poco más o menos, nos percatamos de la verdadera notoriedad que entonces tenía el poeta malagueño Salvador Rueda. Pero el tiempo transcurrido y la crítica han sido implacables con la obra de este bardo, aunque sobre ello no vamos a hacer juicio.

Cuando Salvador Rueda llegó a La Habana era una celebridad y como tal se le dispensó un recibimiento y acogida estruendosos. El arribo ocurrió el 2 de febrero de 1910 y la colonia española que por aquellos días era muy numerosa, pudiente y alborotadora, se preparó para dispensarle una estancia inolvidable, posiblemente más para demostrar su pujanza aún dentro de la vida republicana cubana que para rendir tributo a un poeta cuya obra muchos de aquellos mismos jamás habían leído y solo conocían de oídas.

Contaba Rueda poco más de 50 años y era hombre de pequeña estatura, más bien delgado y dado a no hablar demasiado, lo cual dejaba abierta la oportunidad de que otros lo hicieran y ensalzaran sus méritos hasta la hipérbole. Su visita inicialmente dispuesta para un par de semanas se prolongó por seis meses que transcurrieron entre homenajes, celebraciones y un recorrido por la Isla que le permitió conocer, cuando menos, hasta la región central y dejarse escuchar en los liceos y sociedades de varios pueblos y ciudades del interior. La prensa recogió en más de una ocasión los detalles de su rostro y las revistas publicaron sus versos que entonces sí fueron verdaderamente conocidos por los cubanos.

Léase un fragmento de su poema «Flores de almendro»:

Ella, riente y sencilla,

llenas las sienes de estrellas,

vertiendo flores de almendro

como una visión se aleja...

La presencia en Cuba de Salvador Rueda fue uno de los acontecimientos culturales de mayor trascendencia durante el año de 1910. El semanario *El Fígaro*, el *Diario de La Marina*, *Bohemia* y *Letras*, entre otras publicaciones, le abrieron sus redacciones, participó de tertulias literarias, departió con numerosos intelectuales cubanos, se le dedicaron poemas y se le tributó un gran homenaje organizado por las sociedades españolas en el Teatro Tacón del Paseo del Prado habanero.

El poeta partió el 20 de agosto y una numerosa cantidad de admiradores y funcionarios oficiales acudieron a despedirlo hasta el muelle, donde embarcó en el vapor *Reina Mercedes*.

Enmarcado dentro del movimiento modernista, son recordados sus *Cantos de la vendimia*, *Bajo la parra*, *Cielo alegre*, *Trompetas de órgano*, *Ruidos de caracol*, *Piedras preciosas* (colección de cien sonetos), *Tanda de valeses* y otros libros, contándose además las novelas andaluzas *La reja* y *Gusano de luz*, prueba de que fue un trabajador laborioso.

En una segunda ocasión se detuvo Rueda en La Habana, esta vez a partir del 25 de diciembre de 1916, visita más discreta que la anterior, la cual se prolongó hasta finales del mes de enero de 1917, cuando partió hacia México. No hubo homenajes oficiales, ni bombo alguno, tal vez por petición misma del escritor, que prefirió descansar y reponerse de una accidentada travesía.

El poeta vivió entre 1857 y 1933, lo cual se traduce en 76 años. Más ruido que nueces en torno a su condición poética. Puede ser...

Luis Gonzaga Urbina: *a mis amigos los pescadores*

«Periodista y poeta con singulares aptitudes» califica el crítico cubano Raimundo Lazo al escritor mexicano Luis Gonzaga Urbina, cuyo retrato aparece en la portada del semanario *El Fígaro* en su edición del 21 de marzo de 1915. Por aquella fecha ya Urbina está en Cuba pero no en La Habana, sino en el Campamento de Inmigración ubicado en el villorrio de Mariel, cuyas calles recorre, dialoga con los vecinos y cultiva amistades entre la humilde gente de allí. Escribe una colección de once sonetos agrupados bajo el título *El poema del Mariel*, fechado en marzo de 1915 y dedicado «a mis amigos los pescadores»:

*Amigos, dadas vuestras toscas manos; las quiero
para esconder en ellas mi débil mano suave,
que sentirá las gratas impresiones del ave
que descansó al abrigo del peñón costanero.*

Se hallaba en sus 50 años (nació en 1864) y era uno de los poetas mexicanos más importantes del período transicional entre el Romanticismo y el Modernismo, en plena madurez estética y cualitativa. «Habla con entusiasmo, matizando su pensamiento con metáforas admirables y frases bellas», apunta el joven crítico Bernardo G. Barros, secretario de redacción de *El Fígaro*, que lo acoge y le abre sus páginas.

A Luis Gonzaga Urbina lo acompañan otros dos compatriotas del ruedo de las artes: el compositor de la popular canción *Estrellita*, no otro que Manuel M. Ponce, y el violinista Pedro Valdés Fraga.

A los tres los arrastra a la emigración la situación política del México de la segunda década del siglo XX. En Cuba sienten la solidaridad, el contacto sereno y cordial de los

colegas de la Isla, quienes se esfuerzan en atenuar las penurias económicas y añoranzas espirituales de los recién llegados.

Se promueven actividades culturales que los mantienen ocupados y les proporcionan medios de subsistencia. En el Conservatorio Nacional Hubert de Blanck recita Urbina sus poemas, mientras Ponce y Valdés Fraga interpretan música compuesta por ellos. Conferenciante, narrador y cronista de serena prosa, Urbina coloca sus trabajos en *El Fígaro*, *El Herald de Cuba* y otras publicaciones, y en los sectores intelectuales se le reconoce de inmediato el talento y mérito acopiados.

Reside el poeta en una casa de huéspedes habanera, en las esquinas de Prado y Virtudes, cuyo ambiente describe en estos versos:

*Este es soldado, aquel teósofo,
este tahúr, artista aquel,
y un comerciante, y un filósofo...
¡Si es una torre de Babel!*

Viaja por el interior del país. En noviembre participa en los festejos del municipio de Camajuaní, actual provincia de Villa Clara. Escribe en Cuba *El glosario de la vida vulgar*, con palabras introductorias de Amado Nervo, publicado en Barcelona, en 1916, texto en el cual abundan los trazos autobiográficos. Imparte clases y va dejando su huella de poeta por todas partes. En abril de 1916 atenúa su soledad la presencia de la esposa, que lo acompaña por algún tiempo. Posteriormente partirá hacia Madrid. Y se conoce que en otras varias ocasiones se detuvo en La Habana en breves tránsitos de España a México y viceversa.

Luis Gonzaga Urbina murió en Madrid en 1934 y su cadáver fue reclamado por México, donde se le enterró en la Rotonda de las Personas Ilustres.

Díaz Mirón, un poeta de carácter

Entre los poetas mexicanos más conocidos de los primeros decenios del siglo XX figura Salvador Díaz Mirón. Y sucede que en Cuba vivió parte de su vida y también se le admiró.

Llegó durante la segunda quincena de noviembre de 1915. La publicación *El Fígaro* le dio la bienvenida, destacando que «es autor de libros que son aplaudidos en todos los cenáculos y una de las más ilustres figuras intelectuales de América».

El escritor se sintió bien en Cuba, acogido por el sector intelectual. Se afirma que el presidente Mario García Menocal le ofreció una pensión de 300 pesos anuales que el poeta declinó pues no era su intención resultar gravoso a la nación que tan amablemente lo recibía.

Impartió clases de Literatura, Historia Universal y Matemáticas en la Academia Newton. Poesía un saber muy diverso y gran facilidad de palabra. Cautivó a la sociedad cubana de aquellos años y apunta Alejo Carpentier al respecto: «Cuando yo tenía 17 años, los dioses del día eran el mexicano Gutiérrez Nájera, el uruguayo Herrera y Reissig y Salvador Díaz Mirón, también mexicano, que en aquellos días era profesor de una escuela en La Habana». Ya tiene pues una idea de cuán conocido era este autor mexicano de visita en la Isla.

Díaz Mirón se preciaba de ser un perfeccionista en cuanto a la forma poética y la búsqueda de la sonoridad deseada. En su «Oda marina» explica metafóricamente su procedimiento:

*Prendas hay en mi espíritu y lo exploro,
y de buzo trabajo por cogerlas
y logro al fin desentrañar las perlas*

y las engarzo en oro.

Genio y figura, como dice el proverbio, Díaz Mirón mereció el privilegio de colocarse entre los escritores preferidos de habla española.

En la edición *El Fígaro* del 28 de noviembre de 1915 se incluye una muestra de la prosa de este autor. El texto es una reflexión en torno al hecho poético y su significación social. El estilo de Díaz Mirón, al igual que su carácter, es impetuoso, apasionado, altisonante. En La Habana, donde se le unieron las hijas, permaneció cuando menos hasta comienzos de 1919.

Poeta y hombre de carácter, en mayo de 1883 fue a prisión por matar a un tendero, aunque se le absolvió por justificar legítima defensa, y en 1892 mató a otro individuo, razón por la cual cumplió cuatro años de cárcel. No bastándole la experiencia anterior, regresó a presidio, por cinco meses, en 1910, luego de su intento de asesinar a un diputado.

Nacido en 1853, murió en junio de 1928. La noticia de su deceso fue muy sentida tanto en México como en Cuba y otras muchas naciones del continente. Se le enterró en la Rotonda de las Personas Ilustres de la ciudad de México. Sus *Poesías completas* se publicaron en 1941.

Aunque algo relegado por el paso del tiempo, debe tenerse presente si de escritores célebres en la ciudad de San Cristóbal de La Habana se trata.

José Ingenieros: el médico, el escritor, el filósofo

Un huésped ilustre del Hotel Sevilla. Eso fue José Ingenieros, autor de un libro muy comentado en la primera mitad del siglo XX, un hombre que unió en sí las virtudes del médico eminente y las del pensador.

El escritor llegó a La Habana procedente de Puerto Limón, Costa Rica, el 9 de diciembre de 1915. Integraba en esa ocasión la delegación argentina al Segundo Congreso Científico Panamericano, que tendría por sede a Washington, por lo que se detuvieron en tránsito hacia Norteamérica.

Durante su estancia de solo dos días se alojó en el citado hotel de las calles Prado y Trocadero. En la noche misma del arribo se le ofreció una recepción de honor en la Academia de Ciencias y un periodista lo describió como «pulcro en el vestir, de elegantes maneras, cortés y afable». Sin embargo, los hombres de la prensa no lograron obtener entrevistas de José Ingenieros, quien no gustaba de ellas y acostumbraba remitir a los periodistas a la lectura de sus libros, donde podían encontrar todas las claves de su pensamiento.

La segunda visita de Ingenieros aconteció el 4 de agosto de 1925, es decir, recién estrenado en el poder el presidente Gerardo Machado. Llegó en tránsito hacia México y solo permaneció unas horas, en las que fue atendido por Emilio Roig de Leuchsenring, el novelista Carlos Loveira, el poeta Hilarión Cabrisas, el crítico Néstor Carbonell y otras figuras de la intelectualidad nacional.

Pese a la brevedad de su visita, el maestro de la juventud argentina dedicó tiempo a saludar a quien se consideraba el maestro de la juventud cubana, Enrique José Varona, muy anciano entonces. Se conoce que almorzó en el restaurante Lafayette de la Habana Vieja y un periodista lo comparó, por su complexión, con un viejo roble.

Ingenieros fue un notable médico especializado en la rama de la siquiatria, y como profesor de sicología experimental realizó importantes aportes sobre las condiciones higiénicas y sociales de vida de los trabajadores argentinos.

La vertiente más conocida de su obra radica en su ensayística filosófica, insertada dentro de la corriente del positivismo. Dejó libros muy divulgados como *El hombre mediocre*, con numerosas reediciones en todo el mundo de habla española.

Para sorpresa de cuantos lo admiraban, José Ingenieros murió poco después de su segunda visita a Cuba, el 31 de octubre del propio año de 1925, joven aún, a los 48 años. Semanas antes había declarado: «Trabajo cinco horas en el consultorio. Después, todas las noches, hasta las tres de la mañana. Jamás he estado enfermo, nunca he sentido la menor molestia. Cuando yo caiga en cama será para no levantarme jamás».

Y así ocurrió.

A su fallecimiento, el escritor marxista peruano José Carlos Mariátegui, afirmó: «Nuestra América ha perdido a uno de sus más altos maestros. José Ingenieros era en el continente uno de los mayores representantes de la inteligencia y el espíritu».

Manera sucinta y enaltecedora de enjuiciar al ilustre pensador argentino cuyo paso por La Habana es parte del recuerdo.

Camila, la profesora con raíces dominicanas

La doctora Camila Henríquez Ureña legó a los estudiosos una bibliografía considerable, útil, vigente. Sus textos señalan el rumbo de sus intereses pedagógicos, literarios, intelectuales. Igualmente la definen como uno de los más ilustres vástagos de una familia de eruditos, de escritores y personalidades de la cultura dominicana y cubana.

Pero la doctora Henríquez Ureña escribió un pequeño libro que es una joya y bastaría por sí solo para merecerle un espacio en el más exigente de los catálogos de los autores: *Invitación a la lectura (Notas sobre apreciación literaria)*, editado por vez primera en 1964, reeditado en 1974 por Pueblo y Educación, de nuevo en 1975 y de entonces acá tal vez alguna otra vez, pues merecimientos posee para estar siempre en librerías y bibliotecas.

Camila nació en República Dominicana el 9 de abril de 1894. Muy joven llegó a Cuba y en la Universidad de La Habana se graduó de Doctora en Filosofía y Letras, y en Pedagogía. También cursó estudios en las universidades norteamericanas de Minnesota y Columbia y en la Universidad de París. Acopió una cultura vastísima y en la docencia halló el medio donde sembrar conocimientos y dejar su huella.

Aconsejaba:

Puede ser que el que no haya formado temprano el hábito de leer no pueda sentir desde el principio arder en su espíritu la llama del entusiasmo. No importa, hay que ponerse en contacto con nuevas obras notables, y esperar (...) Debe leer los grandes libros clásicos, que por serlo, son de todas las épocas y que deben leerse temprano y luego releerse con frecuencia, porque siempre parecen nuevos. No importa que no se pueda comprender todo en esos libros; cada vez que se leen se encontrará en ellos una nueva luz, y nadie, ni el más sabio de los hombres, podrá agotarlos nunca...

En 1936 compiló junto al poeta español Juan Ramón Jiménez —entonces de visita en la Isla— y el ensayista cubano José María Chacón y Calvo la antología titulada *La poesía en Cuba en 1936*, un libro que su hermano Max Henríquez Ureña no dudó en calificar de «índice de la poesía cubana de aquella hora».

Dio clases de Lengua y Literatura Españolas de la Escuela Normal de Oriente entre los años 1927 y 1941, y sin cejar en sus empeños investigativos realizó trabajos en el Archivo de Indias de Sevilla, donde hurgó en la presencia de mujeres destacadas en el período colonial.

Fue vicepresidenta de la Institución Hispano-Cubana de Cultura fundada y dirigida por Fernando Ortiz, y ocupó el cargo de editor-consejero del Fondo de Cultura Económica de México. Dictó conferencias en Estados Unidos, México y otras naciones de América Latina; entre 1942 y 1950 ocupó la cátedra de Lengua Española en Vassar College, Nueva York. A partir de 1959 ejerció como asesora técnica del Ministerio de Educación, miembro de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, vicepresidenta del Pen Club de Cuba y profesora de la Escuela de Letras y Arte de la Universidad de La Habana desde 1962.

La producción literaria de Camila Henríquez Ureña se nutre de nuevos títulos: *Ideas pedagógicas de Eugenio María de Hostos* (1932), *Curso de apreciación literaria* (conferencias, 1935), *Cervantes* (1963), *El Renacimiento español* (1963), *Cantares de gesta* (1971), *Dante Alighieri* (1974), *William Shakespeare* (1972)... Colabora en las revistas *Ultra*, *Archipiélago*, *Revista Bimestre Cubana*, *Grafos*, *Isla*, *Revista Lyceum*, *La Gaceta de Cuba*, *Casa de las Américas*, entre otras.

Fecunda, en Cuba y América Latina, es la obra de Camila Henríquez Ureña, quien falleció en Santo Domingo el 12 de septiembre de 1973, durante una estancia en su tierra natal.

Entre Barba Jacob y Miguel Ángel Osorio

Porfirio Barba Jacob es personaje de extraordinario interés dentro del panorama de la cultura colombiana del siglo XX. Su verdadero nombre fue Miguel Ángel Osorio y estuvo varias veces en Cuba. Según parece, la primera de aquellas visitas tuvo lugar en 1907, cuando redactó uno de sus textos, el titulado *Espíritu errante*, y de paso contactó con algunos valores de la cultura cubana de entonces, entre ellos, Ramón Catalá, Enrique José Varona y Alfonso Hernández Catá.

En 1914 regresó y lo hizo para una estancia más prolongada que aprovechó para visitar viejos amigos y hacer otros nuevos. Entre los textos que escribió aquí figuran los titulados «El cincuentón», «El triunfo de la vida», «Canción de la vida profunda» y «Sapiencia».

Aunque tal vez Porfirio Barba Jacob no sea ya muy recordado, porque la memoria no siempre es del todo justa, fue, en opinión del crítico cubano Luis Suardíaz, «el más aplaudido y discutido bardo del continente en su época»... lo cual no es poco.

Puede comentarse aún acerca de una tercera visita, en 1925, cuando lo conoció el inolvidable José Zacarías Tallet, quien lo describe en larga cita:

Vestía pantalón de paño negro y saco de dril blanco, y entre el índice y el mayor de la siniestra sostenía dos cigarrillos —uno negro y otro blanco— que fumaba al unísono con estudiado ademán. Su rostro moreno y acaballado en el que relucían dos ojos de mirar intenso, era burlón, era siniestro —diabólico a ratos—, su figura enteca y larguirucha, de hombre que parece que va a desarmarse, me lo hicieron de primera intención antipático, repulsivo quizás, mas apenas trabamos conversación la magia seductora de su verbo me conquistó plenamente, y me trocó después en uno de los

más fervientes admiradores de su talento enorme, de su personalidad poderosa y sugestiva, y de su poesía genial.

Se trató de uno de los pocos extranjeros firmantes de la *Carta abierta contra el encarcelamiento de Mella*, publicada en *El Día*, el 25 de diciembre de 1925, y que redactada por Rubén Martínez Villena aparece suscrita, entre otros, por Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Juan Marinello, Emilio Roig de Leuchsenring, José Zacarías Tallet y José Antonio Fernández de Castro.

Una cuarta visita —probablemente la última— hizo el poeta colombiano en 1930, ocasión en que lo acogieron sus amigos de siempre, dio un recital de poemas, dictó conferencias y, como era ya usual, dejó que todo el mundo hablara de él entre signos de admiración pero también de interrogación.

Miguel Ángel Osorio es uno de los más singulares protagonistas de la moderna picaresca literaria. Brillante, ingenioso, imprevisible, irreverente, no terminó los estudios de Magisterio ni los de Derecho. Fue soldado, llegó a ser capitán, si bien nunca tomó parte en contienda bélica alguna.

Espíritu controvertido, liberal y excéntrico, un poco cínico, se le atribuye una frase ilustrativa acerca de su personalidad: «Ofrezco una onza de oro a quien me enseñe un vicio nuevo».

Hoy todos reconocen la calidad de su verso. Murió en 1942 y dejó un vacío grande entre los intelectuales.

Amado Nervo, entre el dolor y el amor

Amado Nervo, es de los poetas mexicanos más conocidos y leídos. El autor de *La amada inmóvil* y otros poemarios tuvo la facultad nada fácil de escribir para los grandes públicos y echárselos en un bolsillo. Tan celebrada personalidad llegó a La Habana el 15 de junio de 1918, cuando contaba 48 años y mucha fama en toda Hispanoamérica.

La revista *El Fígaro*, en su edición de aquellos días, reproducía la foto de Nervo: expresión triste, ojos buscando algo indefinible en la lejanía, calvicie al descubierto.

Además de escritor, Nervo se desempeñaba como diplomático y en tal condición, la de secretario de la Legación Mexicana, pasó por esta ciudad. Su trato, se afirma, era exquisito y fue muy bien acogido por la intelectualidad nacional: «Entre los poetas nuevos, los de la gran generación, Darío y Nervo han sido los preferidos: en los altos círculos y en los cenáculos de artistas, ningún otro ha alcanzado como ellos tanta resonancia ni tan noble admiración».

La visita fue breve, aunque el poeta la aprovechó para dejar varios textos de narrativa y verso en las redacciones de algunas revistas. En *El Fígaro* entregó uno titulado *El día que me quieras*, del cual reproducimos estas líneas:

El día que me quieras tendrá más luz que junio,

La noche que me quieras será de plenilunio...

Con su presencia en La Habana satisfizo Nervo la curiosidad de las damas lectoras de su obra, renovó el siempre polémico interés de los críticos y hasta despertó el celo de «los caballeros», como se acostumbraba a decir en la prensa. Los librereros también hicieron su zafra, vendiendo cientos de ejemplares de poesía y en especial aquellos con la firma de Amado Nervo.

El día de la despedida acudieron al muelle viejos y nuevos amigos, admiradores y periodistas. Todos esperaban verlo pronto de vuelta, pero Nervo murió al año siguiente, el 24 de mayo de 1919, en Montevideo. Con su inesperada desaparición, el poeta de la mirada sombría incorporó elementos trágicos a su ya naciente leyenda.

Lo curioso es que Nervo sí regresó a Cuba, aunque de manera un tanto inusual, cuando el crucero *Uruguay*, portador de sus restos, hizo escala en La Habana. Entonces se le rindió homenaje en la Academia de Ciencias, ocasión en que el profesor José Manuel Carbonell destacó que «la muerte fue su musa predilecta, la inagotable fuente de sus inspiraciones y la constante preocupación de su existencia».

Nacido en el estado de Nayarit, en México, Nervo es uno de los poetas más popularizados del movimiento modernista hispanoamericano. Dejó una obra extensa aunque, en opinión de los especialistas, algo desigual, por lo que se recomienda leer sus poesías antologadas, en las cuales la selección ha depurado el producto.

De tenue musicalidad y sencillo lirismo, Nervo ha disfrutado del beneplácito de los lectores y merecido reiteradas ediciones.

Cerramos estos apuntes con dos líneas de sus versos:

Éxtasis de tus ojos todas las primaveras

que hubo y habrá en el mundo, serán cuando me quieras.

Valle Inclán, «el marqués de Bradomín»

Muy distinto a otros *embajadores* literarios que de la exmetrópoli nos han visitado, Valle Inclán ni dio conferencias en los centros regionales, ni fue coronado por comerciantes e industriales, ni pidió, ni aceptó regalos u obsequios de sus compatriotas, ni vino a *estrechar lazos*, que no es con banquetes ni hueca palabrería con lo que se pueden estrechar. Por el contrario, recibió ataques de muchos de sus compatriotas porque decía la verdad, la verdad de lo que piensa y siente el pueblo español... (Revista *Social*, diciembre de 1921).

Así fue en realidad, y digamos bastante *sui generis*, la visita de nuestro personaje. Ramón del Valle Inclán, «el marqués de Bradomín» de sus célebres *Sonatas*, pretendió pasar por Cuba sin que se le advirtiera, mas no del todo lo logró.

Dos publicaciones prestigiosas, *El Fígaro* y la citada *Social*, visitadas por él en compañía del escritor nicaragüense Salomón de la Selva y de los cubanos José Fernández de Castro y Félix Lizaso en el caso de la primera, y de Emilio Roig de Leuchsenring, Federico de Ibarzábal y otros en el de la segunda, rindieron homenaje a este hombre de barba larga y blanquecina y singular ingenio «cuyo arte original —son palabras tomadas de *El Fígaro*— ha renovado la prosa castellana».

Tampoco podemos olvidar a una tercera, *Diario de la Marina*, que con buena dosis de chovinismo censuró en artículo titulado «La hispanofobia de Valle Inclán», las críticas que por doquier sembraba el escritor respecto de las instituciones y autoridades hispánicas.

Fue aquella la segunda ocasión en que el autor de *Tirano Banderas* se detuvo en Cuba, adonde arribó alrededor del 21 de noviembre de 1921 para permanecer una semana. Llegó procedente de México en el vapor *Zelandia* y después de pasar por el Campamento de Cuarentenas de Tiscornia, en el poblado de Casablanca —donde fue a saludarlo el

presidente del Centro Gallego de la capital— accedió a concurrir al ágape con que le obsequiaron sus compatriotas gallegos.

De la primera estancia de Valle Inclán en Cuba se ha hablado poco. Lo hizo años atrás el profesor y crítico literario Salvador Bueno en un documentado artículo que esclarecía mucho acerca del tema. La primera vez, en 1892, residió el escritor alrededor de tres meses en el ingenio San Antonio, propiedad de Antonio González de Mendoza, próximo a Güines, rica región agrícola del país.

Como entonces no se dedicó a enviar colaboraciones a la prensa, pasó del todo inadvertido. No obstante, señala Bueno, «es indudable la impresión que la existencia colonial dejó en su ánimo. Su carácter rebelde debió observar con hostilidad las formas despóticas de las autoridades coloniales, las escenas en el ingenio de azúcar, etcétera».

El investigador Francisco Martínez Mota, nacido en España y aplanado por largo tiempo en Cuba, donde murió, es categórico cuando afirma que «aunque hay poco documento que acredite que estuviese de alguna manera del lado de los independentistas cubanos, conociendo su manera de ser puede asegurarse que lo estuviese, ya que los señoritos que tan mal le caían se hallaban entre los del bando del *último hombre y la última peseta*».

Con altivez sin jactancia, lentamente, erguido, todo vestido de negro, flotándole la capa sobre el cuerpo delgado y frágil, que recortaba con perfil fugitivo la ausencia rígida de su brazo izquierdo, bajo el sombrero negro de alas anchas la nieve gris de las guedejas de su melena (...) enjuto, un poco fantasmal; con algo de grabado antiguo en madera, Valle Inclán caminaba por las calles de Madrid.

Así lo vio Juan Chabás en la patria de ambos. Y así, ni más ni menos, debieron verlo los habaneros transitar por sus calles en los inicios de la segunda década del XX, ignorando — tal vez— que aquel *sujeto* tan singular era una de las primeras plumas de España... y una de sus personalidades más polémicas.

Gabriela Mistral y su admiración por Martí

La autora de *Los sonetos de la muerte* arribó a La Habana cuando tenía 33 años y ya el seudónimo literario de Gabriela Mistral se había impuesto definitivamente al nombre verdadero de Lucila Godoy Alcayaga, la chilena nacida en 1889 en el Valle de Elqui.

Desembarcó del vapor *Orcoma* en la mañana del 12 de julio de 1922, en escala de cuatro días con destino hacia México. Las publicaciones culturales cubanas le dieron la bienvenida y obsequiaron a la poetisa con un té literario en el Hotel Inglaterra. Aquel día —sábado 15, en vísperas de su partida— se leyeron poemas y Gabriela expresó su complacencia: «En Martí me había sido anticipada Cuba, como en el viento marino se anticipan los aromas de la tierra todavía lejana. Pero yo no sabía hasta qué punto José Martí expresó a su Isla, con su ardor y sus suavidades inefables».

La personalidad de Gabriela, su decir elegante, la celebridad que la acompañaba y su excelente disposición para la conversación abierta entusiasmaron a la sociedad habanera, en particular al sector femenino, que la escuchó con gran interés.

Mucho escribió Gabriela sobre el Héroe Nacional de Cuba José Martí y más de uno de tales textos figura entre las mejores apreciaciones hechas sobre su obra literaria, en particular dos de ellos: *La lengua de Martí* y *Los versos sencillos de Martí*.

En octubre de 1938 se detuvo nuevamente en La Habana, «en misión impuesta por sus sentimientos, a refrescar, a calorizar viejos afectos que dejara entre nosotros», según recoge el semanario *Bohemia*.

Se le rindieron homenajes en el Anfiteatro Nacional, dictó conferencias en la Institución Hispano Cubana de Cultura y en una de ellas dijo: «No olvidemos nunca que en la poesía martiana hay el huerto doméstico de los *Versos sencillos* y en la prosa hay la égloga inefable de *La Edad de Oro*; ambos son los pastos frescos que el lector común

gusta caminar en la ruta martiana; o son la harina blanca que en la obra total él aparta para su sustento».

En 1953 —esta vez con motivo del centenario de Martí— Gabriela Mistral visita el país. Arriba el 23 de enero y la situación política no es tranquilizadora: apenas 10 meses atrás un golpe de estado ha colocado una dictadura en el poder, pero ella viene para rendir homenaje al Apóstol de la independencia cubana.

Con un Premio Nobel que se le ha conferido en 1945 —primer escritor latinoamericano en recibirlo— y 63 años, la ensayista Mirta Aguirre la describe así: «El pelo, que era negro, platea. El gris se ha hecho blanco. Una mujer alta, recia y fuerte como una cordillera comienza a declinar en ojos débiles, en salud precaria».

Tiene muchos amigos en Cuba: la poetisa Dulce María Loynaz, el ensayista Juan Marinello y el etnólogo Fernando Ortiz entre ellos. El 28 de enero, fecha del centenario de Martí, pronuncia uno de los discursos centrales en el Capitolio Nacional:

«Este gran señor nos sirve para cualquier época, —dice— continúa vigente para el gobierno de nosotros mismos y para el de nuestras patrias y a veces para el de una raza entera».

La *aldeana chilena* —así se autodefinió con soberana modestia— no se cansó de leer la obra de José Martí, valorarla y expresar su admiración por ella.

Anaís Nin, un apellido cercano

Los cubanos tienen, en su generalidad, escasa información acerca de la obra narrativa de la escritora Anaís Nin (1903—1977), nacida en Neuilly—sur—Seine, Francia, aunque de nacionalidad norteamericana. El *detalle* en cuestión no deja de ser bastante paradójico si se tiene en cuenta que el padre de la artista fue el cubano Joaquín Nin Castellanos, con celebrada carrera en Europa como compositor y pianista, quien abandonó a Anaís cuando ella contaba 11 años.

A Anaís se la conoce principalmente por el diario íntimo que llevó durante su vida, revelador de la época y el ambiente en que se desarrolló su protagonista, una mujer de inusual franqueza ante los medios.

La escritora se sintió atraída —de un modo no convencional— por la personalidad del padre, sentimiento del que ella cobra conciencia claramente y que expone en su diario (publicado con posterioridad bajo el título *Diario de la infancia*), lo cual, quierase o no, contribuye a su celebridad.

Entre Francia y Estados Unidos desarrolló su existencia y obra, integrada por novelas, cuentos eróticos, correspondencia y otros textos diversos que ejemplifican la predilección de la autora por la introspección y el trabajo con los sentimientos más complejos.

Siendo lo cubano algo tan cercano para Anaís, lógico es que viviera siquiera por algún tiempo en la patria de su padre. Ello ocurrió desde octubre de 1922 y hasta entrado el siguiente año.

Su estancia transcurrió en el barrio habanero de Lawton, en una finca conocida por La Generala, donde residía su tía Antolina Culmell. En Cuba casó Anaís con un joven

protestante (ella era católica), decisión que dejó amargo sabor en las familias de ambos pretendientes.

La intimidad de la escritora no constituyó un secreto. Aburrida tal vez de la vida que llevaba, reveló sus pormenores sin enojo alguno: infidelidades, bigamia, amores con el novelista Henry Miller y con la esposa de este, así como la relación sostenida con el escritor francés Antonin Artaud, entre otras, todo ello a lo largo de los miles de páginas de su diario público.

Autora de *La casa del incesto*, de *Ciudades del interior*, incorporada plenamente a los círculos literarios de Norteamérica y Europa, célebre y leída, traducida y aclamada, Anaís Nin quedó atrapada por muchos detalles habaneros: la naturaleza del país, el colorido de las viviendas humildes, la riqueza de los patios de las mansiones.

Desde la finca familiar escribió a uno de los primos: «Me encuentro viviendo en las afueras de la ciudad, en la más bella de las casas, casi un palacio, amueblado y decorado con exquisitez, rodeada de un jardín encantador... »

Personaje y personalidad de conducta polémica, reconocida por un estilo que estremeció las formas de escribir de la literatura femenina, esta escritora con mezcla de sangre de orígenes diferentes, que vivió en tantos lugares, murió en Los Ángeles pocas semanas antes de cumplir su 74 aniversario.

Jacinto Benavente, Huésped de Honor

Al dramaturgo español don Jacinto Benavente se le recibió en La Habana con bombo y platillo. Hasta las piruetas de un aeroplano y la presencia de cuatro remolcadores abarrotados de admiradores, que portaban letreros con la frase *Viva Benavente*, dieron la bienvenida al distinguido pasajero del vapor *Essequibo* en la tarde apenas invernal del 17 de diciembre de 1922.

«Con la llegada de Jacinto Benavente a La Habana, puede decirse que entra por nuestras puertas todo el prestigio y significación del teatro español contemporáneo», escribía un crítico literario del *Diario de la Marina*. Y cuando la prensa del siguiente día reflejaba en sus titulares que «el insigne literato fue objeto a su arribo a La Habana de un espontáneo y caluroso homenaje de admiración y simpatía», ciertamente reflejaba lo que en verdad había sucedido.

Entre mucho público, a pie, se dirigió Benavente desde el muelle hasta el Ayuntamiento, donde abundaron los brindis y expresó. «Muy linda la ciudad. Me ha emocionado el recibimiento. Estoy agradecidísimo a todos».

Llegaba desde Argentina, donde recibió la nueva del Premio Nobel de Literatura correspondiente a 1922; y en Cuba se hallaba en viaje de negocios, junto a su compañía de actores.

El autor de *Los intereses creados* dictó conferencias en el teatro Nacional, y a partir del día 24 de aquel mes de diciembre ya lejano, colaboró en el *Diario de la Marina*. No conforme con recorrer la capital, se trasladó a Cárdenas, en el litoral norte, y fue hasta Cienfuegos, al sur de la Isla. Dondequiera se le recibió con vítores y aplausos, los periódicos reprodujeron su fotografía y el visitante disfrutó momentos de euforia. ¡Un Nobel es un Nobel!

El 8 de enero del nuevo año estaba de vuelta en La Habana, donde se le declaró Huésped de Honor y donde recibió un obsequio para él muy estimable: 100 tabacos selectos que le entregó la directiva del Club Rotario.

El doctor Eduardo Robreño contó en uno de sus libros la siguiente anécdota de aquella estancia habanera: una comisión femenina vinculada a una orden religiosa visitó al dramaturgo en su hotel para rogarle que le deleitara con su charla. Benavente se excusó como y cuanto pudo. Entonces una de las damas insistió en estos términos:

—Don Jacinto, si solo queremos que usted nos diga una de esas *boberías* que usted dice con tanta gracia.

El escritor sintió un alfilerazo en su amor propio.

—Estas cosas tengo que prepararlas, además, no me gusta hablar *a tontas y a locas* — ripostó muy agudo, dando por concluida la conversación.

Pese a los muchos epígonos que tuvo a lo largo de su carrera de alrededor de 60 años; pese a su técnica y espíritu renovadores que rompieron los moldes del teatro español de entonces, signado por la huella de José Echegaray; pese al prolongado tiempo que reinó en el gusto del público de habla hispana, hoy día no son frecuentes —al menos en Cuba— las representaciones del teatro benaventino, y su lugar ha pasado a ocuparlo, tanto en las tablas como en la preferencia de los espectadores, un teatro capaz de transmitir conceptos e ideas más actuales.

¿Un Nobel es un Nobel? Usted dirá...

La vuelta a La Habana de un novelista... en solo un día

«Vemos una costa, pero ahora es por la proa, y en ella casas, jardines, edificios industriales, las avanzadas de una ciudad importante. Graciosos veleros, dedicados al cabotaje, se deslizan entre nosotros y la orilla, cortando con sus lonas blancas la penumbra azulada del amanecer.

»Al aumentar la luz vamos encontrando con los ojos la boca de un puerto, arboladuras de buques sobre sus aguas interiores, una colina junto a su entrada, y en la cumbre de ella un viejo castillo.

»Este castillo se llama El Morro, y el puerto que tenemos enfrente es La Habana».

El pasajero del lujoso trasatlántico *Franconia*, el viajero del mundo que cuenta estas imágenes primeras se nombra Vicente Blasco Ibáñez. ¿La fecha? 19 de noviembre de 1923.

Motivos tiene para sentirse impresionado. Por entonces se palpa ya en la ciudad la coexistencia de dos mundos: el que representa lo hispánico, lo antiguo, con su arquitectura y sus costumbres, y el que emerge, mezclado y nuevo, cálido y pujante, de las raíces americanas y africanas.

El país disfruta aún de los beneficios que el alto precio del azúcar en el mercado internacional reporta a la economía. *Las vacas gordas*, o *la danza de los millones*, como indistintamente se les conoce, comienzan a languidecer, los tiempos de bonanza están a punto de decir adiós.

La llegada de don Vicente no escapa a la curiosidad de los periodistas y fotógrafos. Al novelista se le reserva una suite en el hotel Sevilla. De atenderlo se encarga un colega a quien le une vieja amistad, el escritor Rafael Conte.

«Si fuese preciso dar un sobrenombre a la capital de Cuba, como lo ostentan pueblos y héroes en los poemas homéricos, se la podría llamar Habana *La Alegre*. Es una ciudad que sonrío al que llega, sin que pueda decirse con certeza dónde está su sonrisa.

» ... La alegría de La Habana, más que en sus paseos, en sus edificaciones y en el movimiento animado de sus calles, hay que buscarla en el carácter de las gentes, en la franqueza de los cubanos, que algunas veces parece excesiva a los extranjeros, en la belleza de sus mujeres, interesantemente pálidas y con enormes ojos».

El visitante se mueve por la urbe. Recorre la casona del dueño del *Diario de la Marina*. El Ayuntamiento lo declara «Huésped Ilustre», se le ofrecen brindis. La sociedad intelectual se disputa las pocas horas de Blasco Ibáñez en la capital.

A él le sorprenden los palacetes que la aristocracia levanta en las afueras, la profusión de cafés y establecimientos donde tomar unas copas, el lujo de los teatros y de los círculos españoles para asociados, el precio exorbitante de la vida para quien está habituado a realizar economías.

«Los periódicos de La Habana y los casinos son algo excepcional.

»Un día entero necesité para ir visitando las redacciones de los diarios más importantes, y no pude verlas todas. Unas ocupan enormes casas coloniales que son casi palacios; otras, edificios propios de reciente construcción. Tienen talleres vastísimos y máquinas de múltiple funcionamiento, como los primeros diarios de Nueva York... Además se publican magazines y revistas especiales».

Apenas un día se detiene el *Franconia*. Tal es el intervalo en que el escritor forja su imagen bastante pintoresca de La Habana. No obstante, el tiempo es suficiente para que una pluma hábil como la suya le dedique un capítulo, «La isla del azúcar», en su amena y leída *Vuelta al mundo de un novelista*.

Vargas Vila, personalidad y obra polémicas

Entre los personajes más polémicos de la literatura latinoamericana figura un colombiano que conoció a José Martí, sintió profunda admiración por él y visitó la Isla en varias ocasiones. Se nombra José María Vargas Vila.

Nacido en Bogotá en 1860 —por tanto, siete años menor que el Héroe Nacional cubano—, desde joven se involucró en las luchas políticas de su país, fuera como periodista, orador o agitador, pues fue hombre de pluma y de palabra encendidas, que lo llevaron a ser perseguido y emigrar. Todo ello lo hizo pronto una figura conocida.

En 1891 viajó a Nueva York, allí estableció relaciones con otros expatriados latinoamericanos y conoció a José Martí, cuya entrega a la causa cubana y talento lo cautivaron. Coincidieron en actividades patrióticas, políticas y tertulias literarias. Al cubano tampoco le fue ajena la «la peroración cadenciosa, inspirada, valientísima del colombiano Vargas Vila». En la gran urbe fundó Vargas Vila la revista *Hispanoamérica* y el diario *El Progreso*, además de publicar un libro desafiante contra los caudillos y dictadores de América Latina.

Este escritor, cuya palabra era temida en los círculos de poder, abogó por la libertad de los pueblos e hizo público tanto su marcado anticlericalismo como las críticas al expansionismo norteamericano. También muchas «leyendas» se incorporaron a su personalidad, fueran o no reales, entre ellas que odiaba a las mujeres, a las monjas, a los ricos, que su vida era escandalosa, signada por la perversión, el anarquismo, la violencia, el satanismo... Se le tildó de «desbocado blasfemo, desvergonzado calumniador, escritor deshonesto» y otras muchas lindezas en un libro tan curioso como arbitrario que llevó por título *Novelistas malos y buenos* (1910), firmado por Pablo Ladrón de Guevara.

Se conoce que Vargas Vila estuvo en Cuba en tres ocasiones. La primera en 1923, de paso para México; la segunda en 1924 y la tercera a partir del mes de enero de 1926.

Durante la segunda estancia se movió por toda la capital, se tomó fotos, redactó algunas memorias y residió por cierto tiempo en zonas aledañas a La Habana. Escribiría en su diario: «... Heme aquí, llegado de nuevo a las playas oro y azul de esta isla maravillosa, donde la sombra doliente de José Martí parece extender sus brazos para recibirme. Recibro el imperio de mí mismo. ¡Bendita sea!»

De no menor interés resulta apuntar que el diario secreto del escritor, que recoge consideraciones personales, políticas y filosóficas como todo documento íntimo, se conservó por largo tiempo en La Habana, donde murió su ayudante personal. Después el diario pasó por diversas manos hasta ser depositado en la Fragua Martiana, para posteriormente ser donado por Cuba a Colombia.

«La vida es una fuente inagotable de decepciones, tal vez porque es una fuente inagotable de esperanzas», sentenció. Poco más resta por apuntar sobre José María Vargas Vila que no sea del dominio de todos. Murió en 1933 y de su estilo se ha comentado que era grandilocuente, que gustaba de la adjetivación y el tremendismo, que era apasionado y tenaz, efectista en demasía y concluyente en sus juicios. Fue un escritor muy popular y leído. Su obra, como por lo general sucede con los autores de palabra fácil, tiene altas y bajas, y no es ocioso decir que José María Vargas Vila era en sí mismo todo un personaje.

Vladimir Mayakovski y su poema «Black and White»

«Por la mañana llegamos fritos, asados y hervidos al blanco puerto de La Habana, rocosa y edificada... », apunta Vladímir Mayakovski, uno de los casi 600 pasajeros del vapor francés *Espagne*, que atraca el soleado 4 de julio de 1925, en escala de 24 horas para proseguir el 5 hacia Veracruz.

Pertenece él, como casi todos, al grupo de viajeros que gusta de desembarcar y deambular por la ciudad, solo que apenas pone pies en tierra lo sacude un fenomenal aguacero tropical, que él asombrado describe humorísticamente como «un chorro poderoso de agua con un poquito de aire».

Echa a andar por «entre almacenes, sucias tabernas, bodegas, casas públicas, frutas podridas». Ningún periodista repara en él, nadie le conoce. Y parece que recorre bastante de la ciudad, al menos eso se colige de sus múltiples impresiones que plasma en el diario de viajes, lleno de escenas pintorescas y de observaciones singulares.

Camina tanto el extranjero solitario que más tarde se ve en dificultades para regresar, porque ha grabado en la memoria, a manera de nombre de la calle, la palabra Tráfico, la cual aparece en todas las esquinas de La Habana. El viajero retorna al vapor y en la tranquilidad del camarote, el día 5, escribe un poema. Lo titula «Black and White», alegoría de la imagen con que él parte del país: la de una sociedad dividida según la raza y la riqueza.

Véanse estos fragmentos, en versión del poeta y ensayista Ángel Augier:

A un vistazo

La Habana

se revela

paraíso,

país afortunado.

Flamencos en un pie

bajo una palma.

Florece

el coralillo

en el Vedado.

En La Habana

las cosas

son muy claras:

blancos con dólares,

negros —sin un cent.

A Mayakovski se le conoce en Cuba después de su muerte, cuando José Antonio Fernández de Castro publica en la edición de mayo de 1930 de la *Revista de La Habana* unas notas sobre el poeta ruso, destaca su presencia en el país cinco años atrás e incluye dos poemas. El trabajo se ilustra con un retrato de Mayakovski. Puede que entonces —a algún lector residente por zonas aledañas al muelle— le pareciera conocido el rostro del escritor.

Es Mayakovski una figura relevante dentro de la poesía rusa de comienzos del siglo XX, y uno de los iniciadores de movimiento futurista en las letras de ese país. Desarrolló una intensa actividad política desde la época del zarismo, persecución y cárcel incluidas. Con el triunfo de la Revolución Rusa en 1917 se convirtió en uno de sus paladines culturales, viajó, trabajó para el cine, el teatro, la propaganda política y ganó celebridad, amén de innumerables lectores atraídos por su escritura y su personalidad. Se suicidó el 14 de abril de 1930, a los 37 años, y aún se buscan las razones (aunque las conjeturas abundan) para tal decisión.

Andrés Eloy Blanco, poesía y compromiso ciudadano

El escritor venezolano Andrés Eloy Blanco, o simplemente Andrés Eloy, como le llamaban, arribó a La Habana de regreso de Europa, en 1925, cuando todavía era muy joven, con apenas 28 años, aunque lo acompañaba ya el renombre de poeta aureolado por la fama, pues en España acababa de ganar un premio otorgado por la Asociación de la Prensa y además avalado por la Academia de la Lengua.

Los círculos literarios habaneros le abrieron puertas, se le rindieron homenajes y el visitante se sintió a gusto con la hospitalidad criolla. Nicolás Guillén apuntaría que «Andrés Eloy se demoró largamente en La Habana, una especie de reencuentro con su patria, pues aquí halló, porque los hay, muchos de los rasgos poderosos que componen el perfil venezolano».

El diario *El País* de fecha 22 de agosto de aquel año publicaba por vez primera una larga composición a manera de *Carta a Udón Pérez*, viejo caudillo de la juventud intelectual zuliana. El poema es crónica de viaje, recuento de vivencias y sobre todo, una bocanada de buen humor:

*Coja usted un pedazo de Venezuela, un poco
De nuestra dulce tierra con tres matas de coco,
Unas piñas de Oriente, unas cañas de Aragua,
Un par de caraqueños... y échelo todo en agua,
Y tendrá usted entonces a Cubita la Bella,
Que es más venezolana que el Pasaje Ramella.
Me dirá usted: —La Habana es muy grande—. Es verdad,
Le diré yo: —La Habana es una gran ciudad;
Casas de doce pisos, el Malecón, el Prado*

Y los nuevos proyectos que «proyecta» Machado,

Pero el resto es la guasa caraqueña, la guasa

Que nos es tan precisa como un loro en la casa...

Entre 1925 y 1948 Andrés Eloy escribió poemas, pero también hizo muchas otras cosas. Su condición de opositor al gobierno del dictador Juan Vicente Gómez le costó ir a la cárcel; fundó el Partido Acción Democrática; encabezó la convención encargada de restaurar las instituciones democráticas tras la muerte del dictador Gómez y por último fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores durante el muy breve mandato del presidente-escritor Rómulo Gallegos (el autor de *Doña Bárbara*).

La más conocida de las estancias de Andrés Eloy Blanco en La Habana tuvo lugar a partir de diciembre de 1948, cuando los militares de Venezuela, pisoteando la voluntad popular expresada en las urnas, expulsaron del poder al presidente constitucional Rómulo Gallegos y a los miembros más notables de su gabinete.

Exiliado en La Habana, el poeta ofrecía declaraciones a la revista *Bohemia*:

Me queda el consuelo de que si en lugar de esas leyes (se refiere a la reforma agraria y a la reforma educacional) hubiéramos promulgado otras contrarias a su contenido, nos habría derrocado el pueblo, o por lo menos nos habría retirado su confianza. ¡Y yo prefiero que la injusticia me derribe a que me abandone la justicia!

Destacado como orador y polemista, la figura política de Andrés Eloy Blanco estuvo asociada a las causas justas, defensoras de los derechos de las mayorías. Su amigo el novelista Rómulo Gallegos lo definió como «el hombre cabal en la hora exigente», elogio muy digno por venir de otro escritor en quien las obligaciones ciudadanas marcharon a la par con las responsabilidades políticas.

Fernando de los Ríos: *la barba corta, los espejuelos sobre el perfil elegante...*

Miembro distinguido del Partido Socialista Obrero Español desde 1919, diputado, ministro de Justicia y ministro de Estado de España en su período republicano, a Fernando de los Ríos se lo asocia con el pensamiento más progresista y democrático de una España escindida por conflictos políticos, pasiones encontradas y signada por la violencia interna.

De los Ríos nació en Málaga en 1879. Hizo estudios de Derecho, ejerció la docencia e impartió clases, en Granada, al poeta Federico García Lorca, quien lo admiró, uniéndolos una estrecha amistad.

Dentro del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) perteneció a su Comisión Ejecutiva y viajó a la Unión Soviética, donde conoció a Lenin, aunque no le satisfizo del todo el modelo soviético, lo cual provocó una escisión dentro del PSOE y la fundación del Partido Comunista Español.

Fue diputado a las Cortes durante el período monárquico, llevó una vida política activa, se opuso a la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, se le condenó a prisión. Fernando de los Ríos no fue un testigo pasivo de la situación española, sino un activo defensor de su pensamiento político y hombre de profundas convicciones humanistas.

En Cuba, donde el interés por todo cuanto acontecía en España era grande, era muy conocido. El país lo visitó en varias ocasiones. En enero de 1927 participó de la inauguración de las actividades culturales de la Institución Hispano Cubana de Cultura creada por el doctor Fernando Ortiz, dictó conferencias en el Teatro Nacional, Casino Español, Centro de Dependientes, Centro Gallego, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana y hasta en algunas ciudades del interior del país.

Al año siguiente, nuevamente en Cuba, dictó conferencias, una de ellas centrada en la figura de José Martí, que tuvo una gran repercusión y se publicó en folleto, con el título *Reflexiones en torno al sentido de la vida en Martí*, amén de que aprovechó la ocasión para colaborar en la revista *Social* y dialogar con los miembros del Grupo Minorista. Diez años más tarde, en diciembre de 1938 y siendo embajador de la República Española en Washington, hizo una breve visita por razones de su cargo diplomático, que el pueblo cubano aprovechó para rendir homenaje al «gran maestro universitario y tribuno de la democracia española», tal como lo llamó la prensa, que reproduce su fotografía: la barba corta, los espejuelos sobre el perfil elegante, el rostro aún joven.

En una cuarta oportunidad llegó a Cuba, durante el mes de septiembre de 1941, cuando dictó la conferencia titulada «El mundo internacional que muere y el que pugna por nacer», en que desnuda las intenciones del fascismo. Expuso entonces esta sabia definición del llamado «nuevo orden» nazista: «Es, ni más ni menos, que la enfeudación de los estados a un estado más poderoso que les garantiza el vivir a condición de servirlo».

Se hallaba en Estados Unidos de embajador y allí permaneció como profesor en Nueva York tras la caída de la república. En esa nación murió a los 69 años el 31 de mayo de 1949.

Pensador y estadista, Fernando de los Ríos propugnó el socialismo dentro de una línea liberal social demócrata y humanista. Dejó una obra escrita en la que se cuentan los libros *La crisis actual de la democracia* (1917), *Mi viaje a la Rusia soviética* (1921), *El sentido humanista del socialismo* (1926) y *Religión y Estado en la España del siglo XVI* (1927).

Teresa de la Parra y sus dos novelas

Teresa de la Parra no es solo una escritora venezolana. Es, en opinión de algunos críticos, la figura femenina más importante en las letras de ese país en la primera mitad del siglo XX y, con independencia de géneros —hombres o mujeres—, uno de los novelistas de mayor relieve en la literatura venezolana.

Fue la primera escritora de esa nación con reconocimiento de la crítica en el exterior, en cuya obra fijaron sus ojos Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez. Curiosamente, tal trascendencia la alcanzó con solo dos novelas, que después de publicarse en la década del 20, merecieron difusión en América Latina, España y Francia.

Tuvo por nombre real el de Ana Teresa Parra Sanojo, nacida en París el 5 de octubre de 1899, hija de venezolanos: el padre, cónsul, y la madre, de familia caraqueña aristocrática. Teresa escribiría mucho después en una breve nota autobiográfica: «Tanto mi madre como mi abuela pertenecían por su mentalidad y sus costumbres a los restos de la vieja sociedad colonial de Caracas». Fue a la edad de tres años que la pequeña llegó a Venezuela.

En cuanto a Teresa de la Parra y pese a que más adelante volveremos a hablar de su vida y obra, se detuvo en Cuba en dos ocasiones y en la Isla cosechó una de sus amistades de toda la vida. A inicios de 1927 llegó como representante venezolana invitada a la Conferencia Interamericana de Periodistas, en la cual presentó su conferencia «La influencia oculta de las mujeres en el continente y en la vida de Bolívar», tema que la apasionó y sobre el cual volvió una y otra vez en sus escritos y proyectos de libros. Entonces conoció a Lydia Cabrera, escritora, etnóloga e hija del patriota y escritor Raimundo Cabrera. La amistad fraterna entre ambas se ahondó al punto que Lydia

acompañó a Teresa de la Parra en su enfermedad y últimos momentos. Teresa estuvo en una segunda ocasión en Cuba en 1930.

La primera novela de Teresa de la Parra fue *Ifigenia: Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*, de 1924; mezcla de diario y de novela epistolar, alude a la injusta condición social de la mujer criolla, en tono de media voz, a la manera de una confesión. La segunda novela, y última, la tituló *Las memorias de Mamá Blanca*, de 1929, e incluye recuerdos personales del período en que vivió en una hacienda; está presentada como si se tratara de un manuscrito legado a la autora por una viejita, *Mamá Blanca*.

Teresa de la Parra revela una imaginación y ternura convincentes, su sensibilidad se incorpora a la narrativa para conferirle un particular atractivo. La espontaneidad y la inteligencia se integran a su estilo de un modo original. De ahí que años atrás fuera muy admirada, comentada y leída su producción narrativa, por lo general enmarcada en el estilo realista, un tanto ajeno a la modernidad; también se la considera cultivadora de la novela psicológica.

Dotada de cultura, viajó, dictó conferencias, hizo traducciones, escribió cuentos y fue premiada por algunos de ellos. En sus últimos años solo se dedicó a redactar su diario, alejada de las publicaciones.

La escritora padeció de una enfermedad pulmonar que le ocasionó la muerte en Berlín, el 23 de abril de 1936. Sus restos no fueron llevados a Venezuela hasta 1947, cuando se inhumaron en el Cementerio General del Sur; en 1989 se les trasladó al Panteón Nacional, por lo que fue la primera mujer venezolana cuyos restos allí descansan.

Alfonso Reyes, entre saludos y homenajes

En la mañana del 4 de abril de 1927 arribó a la capital cubana Alfonso Reyes, un mexicano de las letras ya con renombre universal.

Tres años de servicio en el extranjero, en funciones de enviado y ministro plenipotenciario de su país, México, en Francia, se habían cumplido y ahora estaba de vuelta al suelo natal. Pero antes se detuvo en Cuba, en La Habana, en escala de pocas horas. El Alfonso Reyes de entones andaba por los 38 años, aunque su obra, en particular la ensayística, así como la de poeta e historiador, era celebrada en todo el mundo de habla hispana. En Cuba eran muchos sus amigos y escribe en su diario:

Desembarcamos en La Habana a primera hora de la mañana... Desde el puerto vienen los fotógrafos de la prensa, los amigos escritores. Saludo a muchos en el curso del día y la noche, a Enrique José Varona entre ellos... A las ocho y treinta de la mañana del siguiente día emprendemos la ruta a Veracruz.

Para Alejo Carpentier, Reyes «fue un maestro de los intelectuales latinoamericanos de principios de siglo; fue quien nos hizo poner los pies sobre la tierra y nos enseñó a aplicar procedimientos a la altura de las más ricas experiencias estéticas».

En opinión de Juan Marinello, «nuestros estudiosos sienten a Reyes como un maestro familiar, como un sabio amable y solícito, como un guiador que transita las vías más dilatadas sin dejar de la mano a los epígonos».

En tanto para Jorge Mañach, el eminente escritor de Sagua la Grande, «jamás dio América hombre de letras más cabal. Para las letras vivió, y casi enteramente de ellas, no solo en el sentido de que todo lo demás —la diplomacia, por ejemplo— de su prestigio literario le vino, sino por cuanto las letras fueron su casi única razón de vivir».

De Cuba recibió varias condecoraciones culturales, entre ellas el título de Doctor Honoris Causa expedido por la Universidad de La Habana y la insignia en grado de comendador de la Orden Nacional Carlos Manuel de Céspedes, que se le entregó en abril de 1953.

Alfonso Reyes escribió abundantemente, ¡y bien! Su poesía y su prosa no temieron transitar por los caminos más polémicos de la creación. Se le consideró un erudito, título que se confiere solo a quien domina y enaltece la cultura con su saber. Abarcó los campos de la filología, escribió cuentos y también crónicas divertidas, pues su talento se expresó en diversos géneros, al estilo de los grandes humanistas del Renacimiento. Mas fue en el ensayo, profundo, bien expuesto, agudo y convincente, donde su prosa alcanzó ribetes de magistralidad.

Vivió 70 años y aunque resulte paradójico, nunca se le confirió el Premio Nobel de Literatura, que tenía más que merecido. Con todo, nadie le discute su influencia enorme en las letras hispanoamericanas de su tiempo y de los posteriores y hoy se le tiene como uno de los escritores clásicos de la lengua, y cuando decimos «clásicos», queremos decir uno de aquellos que conservan incólumes los valores de su obra. Por suerte, en La Habana se le dispensaron los honores propios de su apellido, que en su caso no eran resultado de petulantes linajes heredados, sino del talento de su numen y la calidad de su obra.

Gregorio Marañón y sus conferencias «atrevidas»

Menudo alboroto se armó en La Habana de 1927 con las conferencias del doctor Gregorio Marañón, por aquellos días una celebridad de la medicina española.

El doctor Gregorio Marañón llegó acompañado de su esposa el 10 de diciembre de 1927 y se hospedó en el hotel Inglaterra, en el Paseo del Prado, corazón de la ciudad de La Habana. El periodista del diario *El Mundo* lo retrataba así: «Es un hombre joven, representa unos cuarenta años. En sus cabellos oscuros hay hebras que comienzan a blanquear».

El mismo periodista quiere saber «¿cuál debe ser la actitud del hombre en relación con la política?»

El doctor Marañón le responde: «Creo que ser apolítico es ser incompleto. No se puede ni se debe admitir a un hombre en tales condiciones. Cada persona debe tener su credo político, sus opiniones políticas y sus sentimientos políticos. Es lo único que pido. Porque siendo sinceros, todos los credos y todas las opiniones son respetables».

La sociedad española, al igual que la del lado de acá del Océano Atlántico, vivía expectante de los artículos suyos, pues destacaba tanto por la amenidad de su prosa como por la profundidad de su conocimiento científico. Ello, en cierta forma, hacía de él un personaje popular y admirado. Además, estuvo del lado de la República Española desde la Agrupación de Intelectuales al Servicio de la República y fue un defensor de los valores nacionales de su patria.

Médico de profesión, se destacó en el terreno de la endocrinología, la psicología y la sexología. Escribió ensayos de divulgación científica popular y su renombre trascendía la Península. De ahí que en La Habana se le recibiera con tanto interés y la ciudad estuviera ansiosa por escuchar el asunto de sus conferencias.

El día 12 de diciembre dictó la primera de ellas, que no fue en La Habana sino en la ciudad de Matanzas. Trató acerca de las epidemias, la maternidad y la tuberculosis. Pero fueron sus lecturas habaneras de los días subsiguientes las que causaron verdadera conmoción. En la primera, el 13 de diciembre, lo presentó Fernando Ortiz y asistieron alrededor de 4 000 personas. Un día después con igual éxito o aún mayor, trató sobre «Los estados intersexuales». Los diarios reseñaban ampliamente (a página completa) el contenido de las charlas del doctor Marañón y la entrada era tan disputada que hubo protestas porque solo tenían acceso a la sala los miembros de la Institución Hispano Cubana de Cultura, que a fin de cuentas era la que lo había invitado.

El llamado *Príncipe de la Medicina* alcanzó popularidad hablando de sexología en esta cálida ciudad del Caribe, en la cual permaneció hasta el 18 de diciembre.

Dejando a un lado lo anecdótico, queda un detalle más que enaltece la memoria del doctor Gregorio Marañón. Solo fue a la altura del año de 1935, durante la celebración en Madrid del X Congreso Internacional de Historia de la Medicina, presidido por él, cuando se vino a proclamar para general y universal conocimiento que había sido el doctor Carlos J. Finlay quien primero estableció el principio de la trasmisibilidad de las enfermedades infecciosas del tipo de la fiebre amarilla por medio de un mosquito, lo cual constituyó un justo reconocimiento al quehacer del sabio cubano en favor de la humanidad.

Recordado como ilustre médico y escritor, el doctor Marañón nació en Madrid en 1887 y murió el 27 de marzo de 1960.

Concha Espina, candidata al Nobel recibida con *peros*

Una celebridad de las letras españolas: eso es Concha Espina. Por tres años consecutivos (1926, 1927 y 1928) fue candidata al Premio Nobel de Literatura y en el primero de ellos a punto estuvo de lograrlo. Teatros, instituciones y una estación del metro madrileño, llevan su nombre. Se le han erigido monumentos y fuentes. Se le impuso la banda de Alfonso X el Sabio y en 1950 recibió la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo.

Mucho antes, en 1927, se la nombró Hija Predilecta de Santander, se le erigió un monumento inaugurado por el monarca Alfonso XIII y se le entregó la Orden de las Damas Nobles de María Luisa. Esto último ocurrió poco antes de su arribo a La Habana en junio de 1929 y en cierta medida explica sus declaraciones y la nota crítica que acompañó su retrato en el muy bien informado y avanzado (al menos para su época) mensual *Social*. Allí se lee: «Renombrada novelista española que en su reciente visita a nuestra capital dio una conferencia y lectura de trabajos *que hizo manifestaciones favorables a la dictadura en su país*». (El subrayado es nuestro.) El semanario *Carteles*, en su edición del 16 aquel mes de junio, le daba la bienvenida y adelantaba que la escritora dictaría sus conferencias en la Institución Hispano Cubana de Cultura. El investigador Jorge Domingo Cuadriello aporta algo más: colaboró en la revista *La Montaña*. De ahí que Concha Espina en modo alguno pasara inadvertida para la prensa y el sector intelectual.

Con 19 años publicó sus primeros versos, en 1888, en una revista de Santander, ciudad donde nació. Ya casada, se trasladó a Chile con el esposo, allí permanecieron cuatro años, al cabo de los cuales regresaron a España.

En su país se la consideró una de las más notables escritoras españolas de las primeras décadas del siglo. Celebraba en su hogar tertulias literarias que atraieron la presencia de autores, críticos, artistas en general, tanto nacionales como de visita en España, también de poetas jóvenes. Su labor de conferencista, el hecho de que su nombre aparecía en publicaciones de Hispanoamérica, así como la difusión de su obra narrativa, contribuyó a la notoriedad que Concha alcanzó en las letras hispánicas.

La relación de sus títulos de poesía, novela, cuento, ensayo, teatro, artículos periodísticos es vasta: *Mujeres del Quijote*, 1903; *Mis flores*, 1904; *El rabión*, 1907; *La niña de Luzmela*, 1909; *La esfinge maragata*, 1914, novela premiada por la Real Academia Española y llevada al cine; *La rosa de los vientos*, 1915; *Tierras del Aquilón (Viajes)*, 1924; *Altar mayor*, 1926, novela que mereció el Premio Nacional de Literatura de 1927, entre otros muchos libros.

En 1938 la escritora fue operada de la vista y dos años después quedó ciega. Aun así ganó el II Premio Miguel de Cervantes Saavedra de Periodismo concedido por el Ministerio de Información y Turismo en 1949.

Escribió copiosamente, también de ella se escribió (biografías, apreciaciones de su obra) y aún se escribe. Murió el 19 de mayo de 1955 en Madrid, pocos días después de cumplir 86 años.

Lorca, el visitante inolvidable

«Ya es seguro de que voy a Cuba en el mes de marzo (...) Allí daré ocho conferencias», escribía Federico García Lorca en carta a los padres, desde Nueva York, el 30 de enero de 1930. Y fue tal como aseguraba, pues el viernes 7 de marzo de aquel año estaba en La Habana, en estancia que se prolongó hasta el 12 de junio.

Federico, como solía llamársele, llegó invitado por la Institución Hispano-Cubana de Cultura que, presidida por don Fernando Ortiz, auspiciaba las conferencias del poeta. Abierto a la comunicación, estrechó rápida amistad con Flor, Dulce María y Enrique Loynaz, con María Muñoz y Antonio Quevedo, músicos ambos, y con los escritores José María Chacón y Calvo, Juan Marinello, José Fernández de Castro y otros.

Recorrió el país de uno a otro extremo. Se conoce que el 19 de abril lo pasó en Santiago de las Vegas y se presume que el 31 de mayo estaba en Santiago de Cuba; el 3 de junio se le localiza en Santa Clara, el 5 en Cienfuegos. Se sabe que anduvo por Pinar del Río, Viñales, Guanajay, Guanabacoa, Matanzas, Caibarién, Sagua la Grande, porque —como apunta Juan Marinello—:

...los días cubanos de Federico fueron sedientos y desbordados. Quería entenderlo todo, absorberlo todo (...) Había dialogado a campo traviesa con las gentes del pueblo en la aldea y en la ciudad. Se había metido en las cadencias de los negros y en la risa de los niños, había recorrido las «estaciones» de las iglesias habaneras el viernes santo de 1930 (...) Había entrado con asombroso entendimiento en lo cubano (...).

De cómo se sintió da cuenta en una de sus cartas a los padres, el 5 de abril:

«Mis conferencias se están desarrollando con un éxito muy grande para mí. Mañana doy la del cante jondo con ilustraciones de discos de gramófono. La de las canciones de cuna resultó un éxito enorme (...)

»Esta isla tiene más bellezas femeninas de tipo original, debido a las gotas de sangre negra que llevan todos los cubanos. Y cuanto más negro, mejor. La mulata es la mujer superior aquí en belleza y en distinción y en delicadeza. Esta isla es un paraíso. Si yo me pierdo, que me busquen en Andalucía o en Cuba».

La personalidad atrayente de Lorca lo distinguió en el recuerdo. Para Flor Loynaz «parecía un archivo viviente, pues iba sacando de los bolsillos papeles y más papeles (siempre escribía con lápiz), y los leía con una voz inolvidable. Todo esto de un modo desordenado. Tan pronto leía *Doña Rosita la soltera* —que solía acompañar al piano en el primer acto— como *Yerma o Bodas de sangre* y también versos maravillosos que aún eran más maravillosos cuando él los leía»; en tanto Nicolás Guillén lo evocaba así:

Ya saben ustedes cómo algunos detalles nimios permanecen agarrados al recuerdo, mientras otros más importantes desaparecen de nuestra mente, borrados por los años. Así, nunca he olvidado que antes de sentarnos a la mesa la dueña de la casa nos sirvió ron; ron del llamado «carta de oro». Lorca tomó el pequeño vaso y durante mucho tiempo se mantuvo sin apurarlo. Su goce consistía en poner el cristal a la altura de los ojos y mirar a través de la dorada bebida. «Esto se llama —decía— ver la vida color de ron... » Y se burló con mucha gracia y talento del viejo Campoamor.

En Cuba escribió Lorca su «son» dedicado a Santiago, del cual tomamos un fragmento:

Cuando llegue la luna llena

iré a Santiago de Cuba,

iré a Santiago,

en un coche de agua negra.

Iré a Santiago.

Langston Hughes, *un mulatico cubano*

En tres ocasiones estuvo Langston Hughes en Cuba: la primera como marinero, en un barco cuya tripulación era toda de filipinos y chinos, salvo él. De su estancia, muy breve, venido de Nueva Orleans, recordó siempre el ambiente portuario y el barrio de San Isidro. Volvió a finales de febrero de 1930, y entonces conoció a Nicolás Guillén, quien así escribió:

[Hughes es] un jovencito de veintisiete años, menudo y delgado, de color trigueño, y que no usa bigote a la inglesa ni a la moda de ninguna otra nación. Parece justamente un *mulatico* cubano (...) Sin embargo, detrás alienta uno de los espíritus más sinceramente interesados en las cosas de la raza negra, y un poeta personalísimo, sin más preocupación que la de observar a su gente para traducirla, darla a conocer y hacerla amar. Él, antes que ningún otro poeta en su idioma, ha conseguido incorporar a la literatura norteamericana las manifestaciones más puras de la música popular en los Estados Unidos, tan influida por los negros.

En 1931 vuelve Hughes por La Habana, se detiene en ella, se hospeda en un hotel modesto cercano a la Terminal de Ferrocarriles y recoge sus impresiones en un libro autobiográfico, *I wonder as I wander*:

A pesar de que Cuba es marcadamente un país negroide, hay allí una especie de triple frontera de color —escribe en el citado libro. Esta triple frontera, continúa explicando, es común a todas las Indias Occidentales, con distintos grados de aplicación. Los negros de sangre pura, de piel negra o castaño oscuro, están en el fondo de la escala de color. En el medio están las sangres mezcladas, los pardos claros, los mulatos, los amarillos dorados y los casi blancos con diversos tonos de pelo indoespañol. Les siguen los más blancos, los que en Cuba son llamados

ochavones, y los de piel completamente blanca. A pesar de que existen estas tres divisiones terminantes, en Cuba las fronteras no son tan estrictas como en algunas otras islas del Caribe. En esta materia las islas británicas son peores. Las islas latinas son más descuidadas en lo que concierne a cuestiones raciales.

Esta apreciación suya ilustra acerca de las preocupaciones de Hughes en cuanto al tema de la discriminación racial.

El escritor cultivó diversos géneros. Su talento lo llevó por el camino del teatro y de la poesía, del cuento y de la historia. Antes de hacerse famoso fue fregador de platos, pinche de cocina, marinero, limpiabotas y sobre todos estos temas vividos, escribió.

Asumió su responsabilidad como intelectual comprometido con sus ideales de progreso para la raza negra. En España, durante el conflicto civil, ofreció su apoyo junto a los republicanos, junto al grupo de intelectuales en que estuvieron Hemingway, Rafael Alberti, Silvestre Revueltas, Juan Marinello, Nicolás Guillén, entre otros.

En 1948, desde San Francisco, California, corrió a cargo de la traducción al inglés y con los trámites de impresión de un libro titulado *Cuba Libre*, donde se incluyen poemas de Regino Pedroso, Nicolás Guillén y otros autores.

Hughes nació el 1ro de febrero de 1902, en Missouri. Él como poeta, y Richard Wright como novelista, formaron el más grande binomio de la literatura negra norteamericana, según opinión del crítico Francisco Martínez Mota.

Murió en Nueva York el 22 de mayo de 1967.

Salvador de Madariaga, o el prestigio de un humanista

De descomunal puede calificarse, por su vastedad y difusión, la obra del escritor, humanista, diplomático e historiador Salvador de Madariaga, una de las figuras del republicanismo español más admiradas en Cuba durante la primera mitad del siglo XX y estrechamente vinculada a la Isla por sus visitas y la huella de simpatía que dejó.

Nació en julio de 1886 y el padre, militar, se empeñó en que el hijo también lo fuera. Por tal razón lo envió a Francia, donde el desarrollo tecnológico superior al de España debería formar lo como un militar moderno, con nuevas miras. Salvador cumplió los estudios y se graduó, pero en aquella Francia de comienzos de siglo tomó decididamente el camino del humanismo, del conocimiento, de las letras.

Al regresar a España se incorporó al movimiento intelectual de su patria, descolló en él y su prestigio se extendió por Europa. De Madariaga escribía en inglés, francés y alemán, además de en español y su amplísimo currículum incluirá, con los años, novelas, poesía, ensayo histórico, político y literario, historia, biografías, también un prolongado ejercicio periodístico.

Impartió clases de Español en la Universidad de Oxford, fue académico de la Real Academia Española, desempeñó cargos públicos relevantes (diputado, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1934), participó en conferencias internacionales, perteneció al servicio diplomático en condición de España en Estados Unidos, fue delegado permanente, por cinco años, ante la Sociedad de Naciones.

Cuando Salvador de Madariaga llegó a Cuba por vez primera en mayo de 1931 era una celebridad y contaba 44 años. La sociedad intelectual le expresó su afecto en homenaje que tuvo por sede el Casino Español. En la Isla se enteró de su designación como embajador en Estados Unidos de Norteamérica, pues no se le consultó previamente,

aunque la aceptó. Eran aquellos años en que el gobierno republicano español despertaba sumo interés en la prensa y la población del continente americano.

Durante la Guerra Civil en la Península permaneció exiliado en Inglaterra, siendo un constante opositor del franquismo a través de sus conferencias y escritos. Con su prestigio y sus artículos, con su espíritu de paz y unión, Salvador de Madariaga, se convirtió en enemigo temible para un régimen cuyos postulados eran contrapuestos a tales conceptos.

De lo mucho que significó Salvador de Madariaga para la sociedad cubana da cuenta el hecho de que se le otorgó la Orden Carlos Manuel de Céspedes.

Regresó en enero de 1947 y el 29 de ese mes dictó en el Lyceum Lawn Tennis Club de La Habana la conferencia titulada «Hamlet, Don Quijote, Fausto y Don Juan». Sabemos que volvió por Cuba en octubre de 1956 y que impartió conferencias en el ya citado Lyceum y en el Anfiteatro de Ciencias Sociales de la Universidad de La Habana, cuando se fundó la filial cubana del Congreso por la Libertad de la Cultura.

De la obra de Salvador de Madariaga entresacamos los títulos de algunos libros: *Semblanzas literarias contemporáneas* (1923), *Guía del lector del Quijote* (1926), *Ingleses, franceses, españoles* (1929), *Elegía en la muerte de Unamuno* (poesía, 1937), *Elegía en la muerte de Federico García Lorca* (poesía, 1938), *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón* (1940), *Hernán Cortés* (1941), *El corazón de piedra verde* (novela, 1942), *El Hamlet de Shakespeare* (1949), *Carlos V* (1951), *Bolívar* (1951), *De Galdós a Lorca* (1960), *El Quijote de Cervantes* (1962).

Murió en Suiza el 14 de diciembre de 1978.

Rafael Alberti en tres tiempos

Remóntese hasta el 16 de abril de 1935, cuando del vapor *Siboney* desembarcaron una pareja de jóvenes españoles. Él se nombraba Rafael Alberti, poeta, y ella, su esposa, María Teresa León.

La razón por la cual se encontraban en La Habana se explica por la fecunda labor de promoción cultural que realizaba entonces un cubano bastante olvidado: José María Chacón y Calvo, quien no se cansó de invitar y traer a personalidades de la cultura. Con Chacón y Calvo anduvieron Rafael y María Teresa por el lujoso Havana Yatch Club, donde se tomaron una fotografía que apareció en la prensa de entonces.

Alberti dio en La Habana varios recitales de poesía. El primero tuvo lugar el 20 de abril en la Sociedad Lyceum del Vedado, donde hoy está la Casa de Cultura de Plaza. En esa ocasión leyó una buena dosis de su poesía de intención social, así como la sátira titulada «La pájara pinta». Cinco días después, en la misma sede, se le ofreció una recepción.

El día 26 disertó sobre «Lope de Vega y la nueva poesía española», en tanto el 3 de mayo, en la sede del Auditorium, de la Sociedad Pro Arte Musical, realizó una lectura comentada de sus propios versos.

Pero hay algo curioso: los recitales de Alberti no se limitaron a las sociedades intelectuales. El poeta, ya militante decidido de la izquierda, se llegó hasta la cárcel de Guanabacoa y allí leyó sus poemas ante las reclusas sancionadas por motivaciones políticas.

Y eso no fue todo. Después se dirigió hacia el reclusorio del Castillo del Príncipe, donde se hallaban detenidos Juan Marinello, Regino Pedroso, José M. Valdés Rodríguez y otros líderes de la izquierda acusados de realizar «propaganda sediciosa», y también con ellos departió. Alberti habló a los intelectuales acerca de la necesidad de crear una

organización de artistas y escritores que estimulara la creación de contenido revolucionario. Tuvo también un encuentro con el poeta Nicolás Guillén.

Ángel Augier contaba tiempo después sus recuerdos de Alberti y María Teresa:

Ambos eran extravertidos vitales, disfrutaban a plenitud del sol y del mar en el Malecón, recorrían con entusiasmo las calles de la Habana Vieja, donde el poeta no cesaba de descubrir similitudes con Cádiz, a cuya bahía se asoma su natal Puerto de Santa María; los negros, sus ritmos, su folclor, fueron sorprendente hallazgo. Y sobre todo, la apasionada identificación con nuestro pueblo.

Durante aquella visita se hospedaron en el hotel Saratoga, frente al Capitolio, una zona que era el corazón mismo de la ciudad.

Una segunda visita tuvo lugar en marzo de 1960. El triunfo revolucionario de enero de 1959 y la amplia participación de las masas en el ejercicio del gobierno entusiasmaron a Alberti y a María Teresa, quienes desplegaron una intensa actividad social y política durante aquellos días entre nosotros.

Y ya por última vez llegó Rafael Alberti, con sus 89 años, en abril de 1991, ocasión en que recibió los máximos honores: la Universidad de La Habana le otorgó el doctorado Honoris Causa, el Ministerio de Cultura publicó su volumen de *Poesía escogida* y el Consejo de Estado le confirió la Orden José Martí.

Fue aquel el adiós a un grande y célebre amigo, representante de la Generación del 27, quien no se cansó, a lo largo de su vida, de expresar su amistad hacia Cuba.

George Bernard Shaw, declaraciones desde el trasatlántico

El escritor irlandés George Bernard Shaw, entre los dramaturgos más célebres de su tiempo y de todo el siglo XX, llegó a La Habana el 7 de febrero de 1936 en un trasatlántico de matrícula británica, junto a cerca de 300 turistas millonarios que daban la vuelta al mundo. Entre aquella multitud de hombres de negocios, aristócratas y demás gentes a bordo, sobresalía él, George Bernard Shaw, un viajero huesudo y malgenioso que se negó a bajar a tierra firme para echar un vistazo por entre las calles que rodean el puerto.

Los representantes de la prensa cubana solicitaron permiso y subieron a bordo para dialogar con aquel curioso personaje. Un reportero apuntaba así: «Míster Shaw se mostró tan ágil y jovial como siempre, bromeando, contestando ingeniosamente a las preguntas y disparando interrogantes intencionadas».

El autor de *Pigmalión*, vestido con traje gris e instalado cómodamente en un sofá, ofreció para el público su receta personal para conservar la salud y vivir largo tiempo:

—En primer término, no soy carnívoro. Soy vegetariano, por higiene. No bebo licores, ni té, ni café.

Un redactor de la revista *Bohemia* lo calificó de *cínico encantador* y apuntaba que «su palabra inagotable —la de Bernard Shaw, por supuesto— que se produce a chorros, no fatiga al oyente, porque es en toda ocasión espontánea y natural, rica en verdades banales y raras, expresadas con elegancia y *savoir*».

Al visitante se le invitó a visitar un central azucarero del país, lo cual rehusó con estas palabras:

—Conozco muchos de esos centrales, por haberlos visitado en Hawai, aunque lo que me interesaría conocer es cómo viven los trabajadores y quién se ocupa de sus hijos.

Al menos los fotógrafos accionaron las cámaras todo cuanto quisieron y el escritor se dejó hacer preguntas libremente. Una de las imágenes de Bernard Shaw que apareció en la prensa del día siguiente incluye una brevísima descripción: «Tiene los ojillos maliciosos, la barba blanca, las manos huesudas».

George Bernard Shaw nada hizo en Cuba. Pero todo cuanto dijo recibió amplia difusión en las revistas y periódicos.

Escribió buena parte de su obra dramática después de cumplidos cuarenta años, continuó trabajando con más de sesenta y aún rondando los 90 se mantenía activo en su producción literaria. No otra cosa podía esperarse de un hombre que había prometido vivir 100 años.

Se quedó en los 94 años, que no es poco. Había nacido en Irlanda, el 26 de julio de 1856, y murió el 2 de noviembre de 1950. En 1925 recibió el Premio Nobel de Literatura y en uno de aquellos gestos que le hicieron grande, donó el dinero correspondiente al premio para la fundación de una asociación de amparo a los escritores pobres.

Por la difusión de sus obras, algunas llevadas al cine, por su anecdotario, su personalidad controvertida y hasta por su imagen apocalíptica y desgarrada de carnes, George Bernard Shaw resultó una figura no solo famosa en el terreno de las letras, sino dentro de la sociedad inglesa en general. Algo así como todo un personaje.

María Zambrano en la revista *Orígenes*

El caso de la malagueña María Zambrano, nacida en 1904, es el de una mujer cuyo talento y disciplina de estudios la llevaron a superar las barreras impuestas por su época. A esto contribuyó el hecho de ser hija de pedagogos y que su padre era hombre de ideas progresistas y estrechos nexos con la intelectualidad española. A la edad de cuatro años fue llevada a Madrid, y luego a Segovia.

Cuando en 1926 vuelve la familia completa a la capital, María entra en la Universidad Central de Madrid y hace sentir su aguzada inteligencia para los temas filosóficos. Estudia, imparte clases, se destaca como estudiante. Una personalidad como José Ortega y Gasset le toma afecto, maravillado de encontrar en ella, ¡una mujer!, las dotes de un filósofo.

Por esta época María Zambrano es amiga del poeta Miguel Hernández, del narrador Camilo José Cela y de otros intelectuales, pues Antonio Machado es compañero de su padre.

Tal es la figura que arriba a La Habana en 1936. De aquella visita data su primer encuentro con José Lezama Lima. Ella tiene 32 años y el habanero Lezama 26, pero existe concordancia de apetencias literarias y surge una amistad duradera, sustentada en recíproca admiración. María aprovecha para dictar una conferencia sobre la filosofía y personalidad de Ortega y Gasset, y poco después prosigue viaje hacia Panamá, camino de Chile.

Por la fecha, España se desangra en guerra civil. María milita con los republicanos y afronta los peligros que ello implica. Ella, que andaba por América, regresa a España en 1937, para apoyar en las guarderías infantiles e impartir clases. Vislumbrando el final de la república, toma camino nuevamente hacia América.

En ruta hacia Nueva York se detiene en La Habana. Es el año de 1939 y se reencuentra con Lezama, da conferencias en el Lyceum Club del Vedado, desarrolla una actividad intelectual intensa entre amigos que se disputan su presencia y le brindan solidaridad.

A continuación partirá rumbo a México, a impartir clases en las universidades de la nación azteca, donde afianza lazos con Alfonso Reyes y con el poeta León Felipe que, aunque español, vive allí exiliado. Puede asegurarse que a María le gusta La Habana, porque el 1ro de enero de 1940 está de nuevo en la ciudad, invitada a impartir un curso en la Universidad. Se suma además al grupo de Lezama que redactaba entonces la revista *Espuela de plata* y que después fundaría la revista *Orígenes*.

Participó también en la Conferencia sobre Cooperación Intelectual que tuvo por sede a La Habana y viajó a Puerto Rico, pero regresó a la capital cubana, donde supo de la muerte de la madre, en 1946, un hecho que la llevó a atravesar el Atlántico rumbo a su patria.

Cuando volvió al continente americano pasó una larga temporada en Cuba, donde vivió entre 1949 y 1953. Que sepamos, su última estancia cubana fue breve, en 1954, acompañada por su hermana Araceli.

Las huellas cubanas de María Zambrano pueden rastrearse en la revista *Orígenes*, que publicó sus textos, o en la imprenta habanera La Verónica, donde se editaron dos folletos suyos.

El poeta cubano Eliseo Diego la recordaba así: «Cruzadas las piernas, blanca la falda, negro el elegante chalequito escogido para hoy, en la mano su larga boquilla. Aguarda a que Lezama termine una vasta disertación para refutarlo con tanta lucidez como cariño».

Murió en 1991. Antes alcanzó el Premio Príncipe de Asturias en 1981 y el Premio Miguel de Cervantes en 1988, lo cual da una idea de su contribución a las letras españolas.

León Felipe y su concepto de la poesía

Fue la de León Felipe una de las voces importantes de la lírica del siglo xx y además personalidad de relevantes méritos.

«De pie en la proa, como la sombra de un capitán aventurero, un hombre dispara el cohete de su espiritualidad: León Felipe. El poeta de Castilla, convertido en romero del mundo, ancla su inquietud en la hospitalaria ciudad de San Cristóbal de La Habana».

Así lo ve llegar un redactor del *Diario de la Marina*, cuando corren los muy calurosos primeros días de agosto de 1936.

Aunque no se lo esperaba, tenía en el país buenos amigos, lectores abundantes su obra y admiradores de su estilo, quienes seguían con interés los desplazamiento del poeta que buscaba espacio en el destierro, porque en su patria los intelectuales de izquierda fueron tenazmente perseguidos durante aquellos años de la Guerra Civil Española.

Algunos de estos amigos los había hecho León Felipe en la Península, como era el caso del ensayista Juan Marinello y el del poeta Nicolás Guillén, quienes así pudieron reciprocarse las atenciones. La Institución Hispano Cubana de Cultura presidida por Fernando Ortiz le abrió sus salones para que el domingo 9 de agosto impartiera la primera de sus conferencias, titulada «La poesía en la vida y en la historia de España». Fue presentado al auditorio por Juan Marinello y a continuación el charlista dio curso a su exposición sobre las que él consideraba principales tendencias en la poesía española de tiempos pasados y actuales.

Dos días después, el 11, León Felipe pronuncia una segunda conferencia, «Universalidad y exaltación», en la que condensa la de ese día y la subsiguiente, que adelanta ante la inminente partida. Para el orador, la poesía «es integración y universalidad. *Don Quijote*

salta de lo español a lo universal». Integración, universalidad y exaltación son pues, las tres características que aporta en su criterio la poesía de Castilla.

Ya casi al final propone con ironía: «Hablamos de poesía, solamente de poesía. Pero la política es poesía también».

Y cierra con esta interrogante: «Cuando terminada esta conferencia, vayáis a vuestras casas, preguntaros qué sois, en qué bando militáis, si en el de los domésticos o en el de los heroicos... »

«León Felipe —escribió un periodista— dejó una huella profunda en el ánimo de la concurrencia a su disertación. Todo el pasado de España y lo que en España puede pasar, es su estilo. Lo español».

La revista *Ultra* incluyó en su entrega de septiembre un resumen de las conferencias, así como la fotografía del escritor. En ella se observa la frente despejada, con calvicie avanzada, la cabeza bien modelada, la barbilla en punta que le alarga el semblante y los espejuelos de armadura redonda.

El 13 de agosto, en el Lyceum del Vedado, hubo ocasión para un nuevo encuentro con León Felipe, quien se sumó al homenaje que se le tributaba a la pedagoga chilena Amanda Labarca, de visita por entonces en la Isla.

El poeta, en su intención de ser preciso, le ahorra trabajo a quienes enjuician su concepto de la poesía. El mismo expone su credo y la prensa se encarga de divulgarlo:

Deshaced ese verso,

quitadle los caireles de la rima,

el metro, la cadencia / y hasta la idea misma.

Aventad las palabras,

y si después queda algo todavía,

eso

será la poesía.

Murió en México el 18 de septiembre de 1968, a la edad de 84 años.

Juan Ramón Jiménez, un Nobel andaluz en el exilio

Juan Ramón Jiménez no arribó a Cuba por La Habana. Desembarcó en Santiago, el día 30 de noviembre de 1936, y desde la hospitalaria ciudad del oriente se trasladó hacia la capital, en compañía de su esposa Zenobia Camprubí, también escritora y además traductora. Juan Ramón andaba próximo a cumplir 55 años y lucía su habitual barba de color castaño oscuro, tal como acostumbramos verlo en las fotografías de archivo.

Fue la Institución Hispano-Cubana de Cultura presidida por Fernando Ortiz la que lo invitó para impartir varias conferencias sobre la poesía española contemporánea, Ramón María del Valle Inclán y otros temas. La visita de Juan Ramón y de Zenobia resultó significativa para el movimiento literario cubano, en el cual ambos se insertaron plenamente.

A instancias del autor de *Platero y yo* se libró la convocatoria para el Festival de la Poesía Cubana, cuyos premios se leyeron el 14 de febrero de 1937 y posteriormente se editaron con un prólogo de Juan Ramón.

El poeta se sintió en Cuba como en casa, pues en cierta ocasión dijo: «La Habana está en mi imaginación y mi anhelo andaluz, desde niño. Mucha Habana había en Moguer, en Huelva, en Cádiz, en Sevilla».

Y tan bien se sintió que salvo alguna que otra interrupción para salidas al exterior, permaneció en Cuba hasta enero de 1939. Él, que nunca fue hombre de barricadas, sí estuvo muy compenetrado con las inquietudes sociales en los tiempos de la Guerra Civil en España.

En declaraciones publicadas por la revista *Bohemia*, expresaba: «Yo no he sido nunca político activo, no lo soy, pero mis simpatías han estado siempre con las personas que

representan mejor, por su calidad intelectual y moral, la República democrática española».

Desde Cuba también ofreció declaraciones para la revista de izquierdas *Mediodía*: «Creo que en la historia del mundo no ha existido ejemplo de valor material y moral semejantes al que en este 1936 está dando el gran pueblo español».

A las tertulias literarias que en torno a Juan Ramón y Zenobia se nuclearon asistió buena parte de la intelectualidad cubana de la década del 30, y entre quienes le ofrecieron su amistad estuvieron la familia Loynaz, Emilio Ballagas, Cintio Vitier, Juan Marinello, José Lezama Lima, Eugenio Florit, José María Chacón y Calvo y Fernando Ortiz.

Punto y aparte merece la admiración de Juan Ramón Jiménez por la vida y obra de José Martí. Ello le permitió expresar que «además de su vivir en sí propio, en sí solo y mirando a su Cuba, Martí vive (prosa y verso) en Rubén Darío, que reconoció con nobleza, desde el primer instante, este legado».

Los últimos años de este gran poeta andaluz transcurrieron en dilatado exilio en la isla de Puerto Rico, donde recibió la noticia del otorgamiento del Premio Nobel de Literatura de 1956. Juan Ramón Jiménez murió a los 76 años, el 29 de mayo de 1958. Además de por sus méritos literarios reconocidos universalmente, se le recuerda como a un hombre de nobleza e integridad ciudadanas muy arraigadas, como a un humanista en el sentido cabal de la palabra.

Menéndez Pidal, el filólogo caminante

Don Ramón Menéndez Pidal es posiblemente el más célebre de los filólogos hispanos del siglo XX y aunque estuvo en La Habana hace ya bastante tiempo, es este un hecho que permanece un tanto olvidado.

El ensayista e investigador gallego, de La Coruña, llegó en febrero de 1937 y por entonces contaba con una obra más que respetable dentro del campo de la filología. Tenía 68 años, pero en el orden físico se conservaba admirablemente bien; delgado aunque no frágil y su barba seguía siendo oscura. Era un gran caminante y según parece, esto lo mantenía en forma.

En La Habana, a partir del 21 de febrero y hasta el 28 de marzo, impartió un ciclo de conferencias semanales en la Institución Hispano-Cubana de Cultura. Disertó sobre la poesía árabe y la europea, sobre el sentimiento del honor en el teatro español, sobre el poema del Mío Cid, los romances, etcétera. Sus conferencias despertaron sumo interés, no solo de los especialistas, sino del público en general, atraído por la celebridad del conferenciante y por su notable erudición, que don Fernando Ortiz definió como «sin desplantes de orgullo, sin alardes histriónicos y sin huecas resonancias».

A la primera de ellas la antecedió una presentación a cargo de la ensayista Carolina Poncet, de la Junta Ejecutiva de la Institución: «En el señor Menéndez Pidal hay, junto al sabio que profundiza, el artista que ama los hechos y las cosas, y que compenetrado del alto sentido humano que refleja la obra de una época pretérita, sabe infundirle vitalidad y emoción».

A la última de las conferencias la precedió también una introducción, ahora de despedida, de la cual se encargó el polígrafo Fernando Ortiz:

Don Ramón deja entre nosotros un verdadero seminario de humanas virtudes, habiéndonos mostrado, al par, lo que es la sabiduría y cómo esta se manifiesta cuando

es verdadera y pura, iluminada solo por el fulgor de su obra y de su ejemplo, sin desplantes de orgullo, sin alardes histriónicos y sin huecas resonancias de pujada vanilocuencia.

El profesor Menéndez Pidal inauguró en La Habana —y en Cuba— la Cátedra de Historia de la Lengua Española, perteneciente a la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana, e impartió un curso sobre Gramática Histórica.

En el Aula Magna se le entregó, el 21 de junio de aquel año de 1937, el título de Doctor Honoris Causa y estas fueron sus palabras de agradecimiento: «Este honor que me conferís no significa para mí títulos de honor o vanagloria, sino recuerdo grato de la cordialidad que he hallado entre vosotros».

En el país estrechó nexos con el ensayista José María Chacón y Calvo, uno de los cubanos que por aquellos días más hacía por la difusión de la cultura y la educación en Cuba.

Sabio y laborioso, Ramón Menéndez Pidal partió en junio hacia Europa, mas su estela permaneció, por cuanto contribuyó a estimular entre los investigadores cubanos el estudio de los romances hispánicos y los temas históricos de la lengua.

El filólogo español escribió libros sustanciosos acerca de nuestro idioma y fue candidato al Premio Nobel por más de una ocasión. En verdad, los señores de la academia sueca que confiere dichos premios nunca se mostraron benévolos con él, porque merecimientos tenía sobrados y era una de las figuras intelectuales cimeras de Europa. Presidió además la Real Academia de la Lengua.

Sin embargo, Menéndez Pidal tomó el asunto con filosofía y se afirma que dijo: «Sin el Premio Nobel se puede vivir extraordinariamente. Hay mucha gente sin él y no se ha muerto».

Como para demostrar su afirmación, el profesor vivió nada menos que 99 años y vino a morir en Madrid, en 1968.

Miguel Otero Silva, el venezolano que vino una y otra vez

Seguir el rastro de Miguel Otero Silva en Cuba sería tarea adecuada para encomendar, como tesis de grado, a un aprendiz aventajado de detective. El escritor venezolano se cansó de ir y venir entre Caracas y La Habana.

Que sepamos, Miguel anduvo por vez primera por la capital cubana en 1937, cuando partía al destierro, en periplo que además abarcó a México y Estados Unidos.

En La Habana se movió cual un cubano más. Por sus preferencias, por sus amistades, por sus aficiones. El restaurante El Pacífico del Barrio Chino, el Floridita de las esquinas de Obispo y Monserrate, La Bodeguita del Medio de la calle Empedrado 207, estaban entre los sitios predilectos del corresponsal de *El Nacional* de Caracas. La cocina y la bebida, la arquitectura y el clima, la idiosincrasia y el carácter, en fin, todo lo cubano, eran de su agrado. Y también en el país cultivó muchos amigos.

El editor Félix (*Felito*) Ayón, el poeta Nicolás Guillén, el periodista Enrique de la Osa, por citar tres, departieron con este hombre en quien el humor se expresó como una faceta más de la personalidad, idónea, por cierto, para dar curso a su talento multifacético.

«Periodismo, humorismo y obra literaria son, en mi caso, tres ingredientes consubstanciales que se han influido mutuamente», explicaba de sí mismo.

A las simpatías arraigadas por Cuba sumó el autor de *Casas muertas*, a partir de 1959, su solidaridad con la Revolución. Entre los días 4 y 7 de septiembre de 1981 concurrió en La Habana al Primer Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, convocado por Casa de las Américas, de cuyo Comité Permanente formó parte junto a otros nombres prestigiosos de la intelectualidad latinoamericana:

Gabriel García Márquez, Juan Bosch, Ernesto Cardenal, Mariano Rodríguez, Julio Cortázar, Chico Buarque...

Otra escala de su constante transitar la hizo el 11 de enero de 1983, para asistir a la presentación en la sede de la revista Casa de las Américas de su libro *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, ocasión en la que participó de las sesiones del Comité Permanente del Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América.

Por última vez visitó La Habana en mayo de 1985, en estancia de apenas 48 horas. Lo traía una razón de suma importancia: recibir la Orden Félix Varela de Primer Grado, la más alta condecoración cultural que confiere la nación. Entonces manifestó:

—Significa para mí uno de los honores más altos que he experimentado en mi vida.

Aquella noche, su última en La Habana, quiso deleitarse con una cena criolla. Lo acompañaba *Felito* Ayón. Primero se llegaron a la barra del restaurante 1830, donde brindaron. Más tarde tomaron el automóvil que les aguardaba y enrumbaron hacia la Habana Vieja.

«La Bodeguita estaba muy llena —cuenta Ayón—; muchos turistas, y entonces nos fuimos al restaurante La Mina, donde cenamos arroz blanco, huevos fritos y picadillo. Había un menú succulento, pero a Miguel le encantaba la comida bien cubana y eso del arroz con huevo *no lo dejaba vivir*».

La despedida se diluyó en un sincero abrazo y un hasta pronto. Solo que el destino le jugó una mala pasada a aquel joven inquieto de «apenas» 77 años y el 28 de agosto de 1985 las Parcas vinieron por él y muy a su pesar —y al de miles de lectores— lo llevaron consigo.

Manuel Altolaguirre, con la imprenta auestas

El poeta español Manuel Altolaguirre llegó a La Habana en abril de 1939, con la esposa y la hija de ambos, Paloma, de tres años. ¿Motivos? El conflicto civil interno en España, que convierte a muchos intelectuales antifascistas en trotamundos involuntario. Al abandonar su España, Altolaguirre se dirige primero a Inglaterra; después, Atlántico de por medio, hacia Cuba.

En palabras de Nicolás Guillén:

Húmedo por la lluvia, todavía deslumbrado por los relámpagos; ensordecido aún por el trueno; envuelto en el gran soplo dramático de la tempestad europea, he aquí a Manuel Altolaguirre, andaluz y español —vale apuntar ambas cualidades— recibiendo a rostro pleno el sol cubano, tantas veces entrevisto por él desde su Málaga natal, sumergida también en la misma blanca luz de nuestra Isla.

En la capital cubana halló viejos amigos y descubrió otros nuevos. Dicta conferencias. El 30 de abril, fecha de la primera, lo presenta Nicolás Guillén con estas palabras: «Más que poeta puro, puro poeta, Altolaguirre es tan lírico en su obra como en su vida, que ambas hallanse traspasadas y unidas por un mismo hilo musical».

El visitante dialoga sobre «El poeta Garcilaso de la Vega». Destaca cómo los últimos centenarios de Garcilaso están ligados a dos fechas significativas: el de 1836 al nacimiento de Gustavo Adolfo Bécquer; el del siglo XX, al fusilamiento de García Lorca.

Apunta que «Garcilaso era amor, deseo y entrega, desengaño y lágrimas. Un amor imposible llevaba consigo, lo avivaba para ahuyentar el frío de la muerte, para iluminar la senda de la vida».

La segunda conferencia, el 18 de junio, va antecedida de las palabras de Fernando Ortiz.

De disertar sobre Antonio Machado se encarga el escritor español Luis Amado Blanco. De hacerlo de Federico, se ocupa Altolaguirre, quien apela a recuerdos personales que dan la imagen vívida del hijo universal de Fuente Vaqueros: «Ahora que su melodía duerme con los ecos, encuentro en su libro estos versos desgarradores, proféticos:

Todo se ha roto en el mundo.

No queda más que el silencio.

(Dejadme en este campo

llorando.)

El horizonte sin luz

está mordido de hogueras.

»En el campo le dejaron, llorando el campo, no él, cuando los oscuros horizontes de España estaban mordidos de hogueras».

Altolaguirre, con 34 años a la sazón, se destacó en un oficio que conocía al dedillo: el de tipógrafo impresor. En el taller La Verónica, de La Habana, instaló los equipos, tintas y prensa y con sus propias manos dio forma a la colección El ciervo herido, con la cual alcanzó a editar más de 100 títulos diferentes, el primero de ellos, *Versos Sencillos*, de José Martí, en tanto de su cosecha publicaba los cuadernos *Nube temporal* y *La lenta libertad*.

Al cabo de su laboriosa estancia cubana, Manuel Altolaguirre marchó a México para de nuevo sorprender en el país azteca como productor cinematográfico, al lado de un realizador de la talla de Luis Buñuel, con quien trabajó.

Ya desde España, en julio de 1959, llegó la última «sorpresa», esta muy infausta, de su muerte en un accidente automovilístico.

Manuel Altolaguirre es uno, entre tantos, de los muchos ejemplos de españoles de las letras que se detuvieron en Cuba y trabajaron en ella, donde estamparon su huella.

Herminio Almendros, autor para jóvenes

Con sus relatos Herminio Almendros nutrió de ensueños la imaginación de más de una generación de niños y adolescentes cubanos. A él deben los pequeños lectores de biblioteca textos como *Lecturas ejemplares (Aventuras, realidades y fantasías)*; el incomparable *Oros viejos* pleno de leyendas de todos los continentes; su biografía de José Martí, o mejor dicho, *Nuestro Martí*, un acercamiento lírico y humano al héroe de Cuba, y el ensayo *A propósito de La Edad de Oro*.

Almendros llega a Cuba en abril de 1939. Es hombre de 40 años, con vida hecha en su patria. Pero permanecer en ella representa un enorme riesgo: está tildado de *rojo* y debe emigrar. Primero se refugia en Francia y después emprende un viaje extenso que lo lleva a desembarcar en Cuba.

Tiene una vasta experiencia docente; ha sido maestro, director de un colegio en León, inspector de escuelas en Barcelona. Es de quienes piensan y crean en torno al trabajo, es decir, de los que aman cuanto hacen: escribe y publica sus comentarios, sus juicios de crítico y esteta. Sigue un camino propio, es auténtico.

«Almendros cree —y yo quiero creerlo con él, apunta Alejandro Casona en el prólogo de *Lecturas ejemplares*— que el buen cuento para nuestra época y para nuestros muchachos ya no puede ser aquel que empezaba diciendo: “Una vez era un Rey...”, sino el que empieza todas las horas de todos los días diciendo lisa y llanamente: “Una vez era un hombre... ¡Un hombre!”»

El emigrado vive años de soledad en Cuba, años en que el trabajo es paliativo a su inquietud espiritual, hasta que le llegan la mujer y los hijos retenidos en España. Nuestro hombre es de hacer silencioso y admirable, tenaz y paciente.

«Tuve la fortuna de conocer y tratar largos años al profesor y escritor Herminio Almendros, y guardaré de él el más grato y noble recuerdo», expresó Juan Marinello, quien agregó:

«Fue Almendros un caso eminente de intelectual honesto y lúcido. Representante de una época esclarecida del profesorado español y progresista —realmente progresista y realmente liberal—, nos ofreció una colaboración muy valiosa en la renovación de nuestra enseñanza.

»No se olvide nunca el aporte de Herminio Almendros en el campo de las técnicas del decir y del escribir, en que se hermanaba la ciencia y la gracia».

Cooperó con la Universidad de Santiago y en 1947 fundó la Escuela de Educación en la Universidad de esa ciudad. A inicios del decenio del 60 se le colocó al frente de la Editora Juvenil de la Editorial Nacional de Cuba. Al celo profesional y gusto artístico suyo agradecen los adolescentes lectores la calidad de los textos que llegan a sus manos.

La escritora Renée Méndez Capote comentaría graciosamente que «el doctor Almendros era puntual como un reloj bien ajustado; era cortés, amable en grado sumo, humano y de buen carácter; lo único que podía sacar a Almendros de sus casillas eran las faltas gramaticales y una pobre redacción».

Murió en La Habana el 13 de octubre de 1974. Para entonces, y hacía buena cantidad de años, era un cubano más.

Alejandro Casona y sus conferencias escenificadas

El escritor asturiano Alejandro Casona arribó a Cuba en mayo de 1939. Con él llegó la compañía de comedias de Pepita Díaz y Manolo Collado. Al dramaturgo no le costó trabajo alguno ganarse al auditorio, tampoco la buena voluntad de los medios teatrales y la crítica. Su obra —*La sirena varada*, *Prohibido suicidarse en primavera*, *La dama del alba*, *Nuestra Natacha* y varias más— gozaba del reconocimiento de la crítica y los espectadores.

Un recuerdo se asocia a la presencia de Casona en Cuba: el de Federico García Lorca, a quien lo unió el afán por llevar a los rincones apartados de España el gusto por el teatro.

Meses antes de esta visita, en diciembre del 37, la periodista cubana Loló de la Torriente lo había entrevistado y a una pregunta sobre esta confluencia de objetivos, Casona respondió: «El teatro de “La Barraca”, de García Lorca, era teatro clásico realizado con todos los recursos que ofrece el teatro moderno; el nuestro, el “Teatro del Pueblo”, era elemental, ambulante, de máxima sencillez en decorados, vestuario y repertorio».

Dicho «Teatro del Pueblo» lo creó Casona en 1932, cuando el gobierno de la República Española organizó las Misiones Pedagógicas para llevar conocimientos útiles a las aldeas todas de la Península. Casona se incorporó a él con el entusiasmo del joven que entonces era... y al mismo tiempo con tenacidad de orfebre.

El 7 de mayo dio el conferencista la primera de sus charlas en el Teatro de La Comedia. Llevó por título «El amor a través de los tiempos» y para su mejor comprensión la ilustró con fragmentos escénicos interpretados por los actores de la compañía.

Una segunda charla tuvo lugar siete días después: «El amor a través de los pueblos». Abordaba en esta el romanticismo y los nuevos valores de emoción y poesía incorporados

por dicho movimiento a «la historia del amor», ente ellos la ternura, la tristeza, la devoción por la música y el paisaje.

La tercera conferencia, culminación del ciclo, ocurrió el 21 de mayo, ilustrada como las anteriores, esta vez con escenas de *La sirena varada* y de piezas de Ibsen.

Mas no únicamente por las disertaciones se recuerda a Casona. Hubo una escenificación adicional del capítulo XLV del *Quijote*, «De cómo el gran Sancho Panza tomó posesión de la Ínsula de Barataria y del modo como comenzó a gobernarla», representación efectuada en Palisades Park, en el Vedado, bajo los auspicios de la Institución Hispano-Cubana de Cultura y de otras entidades, en beneficio de los intelectuales ibéricos en el exilio.

La obra de Alejandro Casona revela una intención poética siempre subyacente, conseguida a través de diálogos concisos y una dramaturgia atractiva, de asuntos contemporáneos.

El crítico cubano José Valdés Rodríguez lo vio así:

Tenía fina la estampa breve y enjuto el rostro, con una expresión algo triste en los ojos inteligentes, de un mirar a veces un poco sonreído, intencionado, con cierta malicia.

Vestía con sencillez, con algo de desaliño pero limpio y pulcro, y llevaba casi siempre la clásica chalina que contribuía en modo principal a darle un aire de bohemia de fines y principios de siglo en España.

Contaba entonces Alejandro Casona unos 35 años y deambulaba expatriado, pero lleno de ideas, por Latinoamérica. La Habana representó para él un puerto más, en tránsito, donde reponer fuerzas y seguir adelante.

Juan Bosch: la huella profunda

En Cuba se conoce a Juan Bosch tanto por su quehacer literario como por su labor política. Ambas facetas lo vincularon estrechamente a la mayor de las Antillas y lo revelan como una figura extraordinaria dentro de la historia de su natal República Dominicana y del ámbito más amplio de América Latina y el mundo hispanohablante.

Nacido en la ciudad de Vega el 30 de junio de 1909, durante los años del régimen de Rafael Leónidas Trujillo sufrió encarcelamiento y una vez liberado por ausencia de cargos, se estableció en Puerto Rico, y después mudó hacia Cuba, adonde arribó por vez primera en 1939, a la edad de 30 años.

La huella del doctor Juan Bosch en Cuba es profunda. En el país se relacionó con los sectores de la intelectualidad nacional, debatió de política, hizo amistades que durarían toda la vida y escribió. En Cuba fundó, junto a otros compatriotas de ideología y hacer, el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), el mismo que lo condujo al poder mediante elecciones en el año de 1962 y que once años después abandonara por considerar que en sus filas había arraigado la corrupción. Desde Cuba, el doctor Juan Bosch dio a conocer los lineamientos del PRD al resto de las naciones de América Latina y afianzó su prestigio de intelectual y político honesto.

Involucrado en el acontecer cubano, colabora en la redacción de la Constitución de 1940 y desarrolla un intenso quehacer como narrador que lo lleva a ganar el Concurso Hernández Catá, uno de los más prestigiados de las letras insulares en el género de cuento, todo ello sin cejar en su propósito de unir fuerzas con cuanto movimiento revolucionario empeñara esfuerzos en derrocar a la dictadura trujillista imperante en República Dominicana.

En el mes de marzo de 1943 tiene lugar en La Habana el Congreso del Partido Revolucionario Dominicano y en Cuba contrae matrimonio por segunda vez y nace uno de sus hijos. Durante el decenio del 40 y del 50 Bosch tiene en Cuba su segunda patria, donde se le reconocen sus valores y se convierte en un prominente conocedor de la obra y vida del héroe nacional cubano, José Martí. Solo el ascenso al poder de Fulgencio Batista, como resultado de un golpe de estado en 1952, lo determinó a abandonar el país para establecerse en Costa Rica.

Tras la ejecución de Trujillo, Juan Bosch regresó a su país después de largo exilio y ganó las elecciones presidenciales dominicanas, tomando posesión como presidente de la república el 27 de febrero del 1963. Su gobierno se caracterizó por una política de defensa de los intereses populares, pero fue derrocado por un golpe militar siete meses más tarde.

Con posterioridad viajó varias veces a Cuba y siempre reveló su simpatía por la Revolución y por sus líderes, además de que colaboró en las nuevas instituciones culturales.

Autor, entre otros de los libros *Hostos, el sembrado; De Cristóbal Colón a Fidel Castro; El Caribe, frontera imperial; Cuba, la isla fascinante; Cuentos escritos en el exilio* y *Más cuentos escritos en el exilio*, el doctor Juan Bosch fue un patriota sincero, líder natural y ejemplo de la dignidad ciudadana. Murió el 1 de noviembre de 2001 en Santo Domingo.

Emil Ludwig, arte y oficio

El escritor alemán Emil Ludwig, cuyos libros eran esperados con avidez por los lectores de biografías, llegó a La Habana a comienzos de julio de 1944. El también escritor y diplomático cubano Gonzalo de Quesada y Miranda daba del visitante este curioso retrato: «Sin duda alguna se le ve más viejo que en la mayoría de las fotografías. Da de momento la sensación de un hombre cansado, a lo que contribuyen quizás los pesados párpados, tras los cuales no tardo en descubrir unos ojos penetrantes y escrutadores».

Se alojó en el Hotel Nacional. El autor de tantas biografías populares por la gran difusión que alcanzaron, aunque tejidas con la habilidad del maestro en el oficio y matizadas con apreciaciones psicológicas en unos casos y sensacionalistas en otros, ofrecía declaraciones a la prensa: «Siempre se me habla de mi *Napoleón*, celebrándolo sobre todos mis demás libros. Y me siento, en verdad, algo dolido, como un padre de varias hijas, igualmente queridas, a quien solo alaban las gracias de una sola, de María, por ejemplo. De ahí que mi *Napoleón* sea mi hija María».

Ludwig escribió, entre otras, las biografías de Napoleón, Bismarck, Goethe, Lincoln, Hindenburg, Cleopatra, Roosevelt, Bolívar, Beethoven, Stalin, Freud, Miguel Ángel...

Lo traía un interés personal: acopiar información para un libro por encargo y contratado de antemano. Con 65 años cumplidos, fama sustentada en una obra de buena aceptación en el mundo de los lectores e indiscutible maestría para escribir libros, Emil Ludwig podía darse el lujo de sentarse a pedir, como se suele decir. Mas no dejaba de ser hombre bien enterado acerca de muchos aspectos de la vida cultural y política cubana.

En una de sus declaraciones expresaba: «Cuba debe aspirar a que la extraordinaria vida de obra de Martí sean conocidas en el extranjero».

Con ello decía una gran verdad, pues la obra del héroe cubano apenas había trascendido el marco de las fronteras nacionales y aún dentro de Cuba era bastante desconocida por buena parte de la población.

El tema del libro que lo tenía en Cuba no era el tratamiento de una personalidad específica, sino el de una nación. Estaba trabajando en su *Biografía de una Isla (Cuba)*, escrita a la manera de un recorrido por la historia del país, desde los tiempos del descubrimiento hasta 1944, incluyendo observaciones acerca de los jefes cubanos que combatieron por la independencia.

La crítica de entonces no estimó que se tratara de uno de sus grandes libros y algunas de sus observaciones no fueron bien recibidas, aunque en todos los casos recogen puntos de vista interesantes (y controversiales) sobre momentos prominentes en el largo camino de la independencia.

Ludwig nació en Breslau, en 1881, y sirvió como corresponsal de un periódico berlinés durante la Primera Guerra Mundial. En 1932 se trasladó a Suiza, donde se nacionalizó, dado que su origen judío representaba un riesgo para la vida de permanecer en la Alemania hitleriana.

Además de las biografías, escribió dramas, poesías y novelas. Murió en 1948, en Suiza, y muy poco se ha escrito acerca del capítulo cubano en su vida.

Pablo Neruda y la significación de sus visitas

Capítulo inicial. El vapor *Río de la Plata* atraca en la rada habanera el sábado 14 de marzo de 1942. Entre los viajeros que desembarcan con equipaje suficiente para unos cuantos días aparece un hombretón de porte macizo, estatura elevada y frente en la que el cabello hace rato inició la retirada. Del brazo trae a Delia del Carril, la esposa, y los que lo aguardan en el muelle, viejos amigos, se disponen a saludarlo. Pablo Neruda, a la sazón de 38 años, viene de México, donde realiza funciones de cónsul de su país, invitado a Cuba por gestión de don José María Chacón y Calvo.

El lírico trae consigo varias conferencias, siete en total, que dicta en la sede de la Academia Nacional de Artes y Letras, en la Habana Vieja. Las suyas son lecturas para el debate y la réplica, pues además es un conversador excelente.

Neruda disfruta sus semanas en la Isla. Es hombre de caminar por las calles, detenerse a mirar, dialogar. Quiere captar la idiosincrasia del pueblo, él que no es sino parte también del gran pueblo hispanoamericano.

Se conoce de su postura antifascista, y aunque la Segunda Guerra Mundial tiene aún — a esas alturas del año 1942— a las tropas del eje Berlin-Roma-Tokio a la ofensiva en Europa y el Pacífico, el artista está seguro de no equivocarse cuando afirma para la habanera revista *Lux*, en su edición de mayo de 1942: «Creo profundamente, firmemente, en el triunfo de la democracia, de la justicia social, y creo que esta transformación se hará sentir más profundamente en el terreno de la literatura».

En Cuba se le da la oportunidad de acrecentar su colección de caracoles y conchas. Juan Marinello lo presenta al naturalista don Carlos de la Torre y el decano de los malacólogos cubanos le tiende su mano.

Capítulo final. El paquebote de bandera italiana *Enrico Dandolo* arribó al embarcadero a las 7:20 de la mañana del 5 de diciembre de 1960. El movimiento presuroso de periodistas, fotógrafos y funcionarios del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos denuncia el inequívoco arribo de alguna personalidad extranjera.

El Ministro de Educación da la bienvenida a los recién llegados: Pablo Neruda y su esposa Matilde Urrutia, invitados especiales del gobierno y del periódico *Revolución*.

El día 14 da un recital de poemas en el Palacio de Bellas Artes, con entrada gratuita y exhibición en *première* americana de la película *Alturas de Macchu Picchu*. La revista *Bohemia* rinde homenaje a Neruda y a Guillén, figuras «ambas de iguales dimensiones universales en lo lírico y lo revolucionario».

El 28 de diciembre el poeta asiste a la presentación, en edición masiva, de su *Canción de Gesta*. Loló de la Torriente señala lo que esta visita representó: «La presencia del poeta chileno en La Habana fue todo un acontecimiento. Los llenos que se registraron en las salas en que ofreció recitales no han tenido precedente en Cuba, y el interés que despertó entre todos los cubanos, de todas las clases sociales, no se había producido con otro poeta de nuestro tiempo».

*Cuba, flor espumosa, efervescente azucena escarlata, jazminero,
cuesta encontrar bajo la red florida
tu sombrío carbón martirizado,
la insigne arruga que dejó la muerte,
la cicatriz cubierta por la espuma.
Pero dentro de ti como una clara geometría de nieve germinada,
donde se abren tus últimas cortezas, yace Martí como una almendra
pura.*

(Fragmento del poema «Martí», en su libro *Canto general*)

Jacques Roumain, *lejano amigo*

En 1961 apareció en las librerías cubanas un título del autor haitiano Jacques Roumain, figura cimera de las letras de esa nación, *Los gobernadores del rocío*, que reveló a los lectores la fuerza de un narrador comprometido con la realidad de su país, y en particular de los campesinos empobrecidos.

En modo alguno Roumain era un extraño para los cubanos. Una intensa relación con Nicolás Guillén y otros autores antillanos hacía del escritor haitiano una figura por la cual se palpaba ya creciente interés.

Nacido en 1907, Jacques Roumain —autor también de los libros *La montaña embrujada* y *Fantoches*— transitó por Cuba cuando menos dos veces, en 1939 y en 1944, poco antes de morir. De aquel encuentro postrero en La Habana de 1944, procedente Roumain de México, escribió Guillén muchos años después:

Nada presagiaba en él un próximo fin. Almorzó en mi casa *algo que tuviera ñame*, como me pidió. Al partir puso en mis manos una copia mecanografiada de la novela [se refiere aquí a *Los gobernadores del rocío*] y una libreta en que había muchas hojas manuscritas. *Son tus poemas*, me dijo. Luego me explicó que había trabajado en la traducción de ellos, en México, y que los tenía pasados a máquina para publicarlos en Haití.

La muerte frustró los propósitos del amigo Jacques el 18 de agosto de aquel año de 1944. La más célebre y lograda de sus novelas, según los críticos, *Los gobernadores del rocío*, la concluyó semanas antes y en Cuba se publicó en 1961, como ya se expresó.

Militante de izquierda, etnólogo e investigador, además de poeta y narrador, los intereses culturales, sociales y políticos de este ilustre haitiano fueron muy vastos.

La amistad entre Roumain y Guillén, dos escritores de obra enraizada en el pueblo, asentada en la comunión de orientaciones políticas, preocupaciones humanísticas y entrega artística, es prueba, una más, de los profundos lazos de amistad y confraternidad entre los pueblos de Cuba y Haití.

A manera de cierre incluimos un fragmento de la *Elegía a Jacques Roumain* escrita por Guillén en 1947-1948. Es un digno homenaje que vale la pena compartir:

Y bien, en eso estamos, Jacques, lejano amigo.

No porque te hayas ido,

no porque te llevaran, mejor dicho,

no porque te cerraran el camino

se ha detenido nadie, nadie se ha detenido.

A veces hace frío, es cierto. Otras, un estampido

nos ensordece. Hay horas de aire líquido,

lacrimosas, de estertor y gemido.

En ocasiones logra, obtiene un río

desbaratar un puente con su brutal martillo...

Mas a cada suspiro nace un niño.

Cada día la noche pare un sol amarillo

y optimista, que fecunda el baldío.

Aquiles Nazoa: crítica, humor y poesía

Aquiles Nazoa hizo de su vida un libro hermoso en el cual se incluye la aventura, la inconformidad expresada una y otra vez, la lucha contra la injusticia, el humor, la protesta, los valores humanistas... También la poesía. En 1948 se le confirió el Premio Nacional de Periodismo en la especialidad de escritores humorísticos y costumbristas; en 1967 recibió el Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal, premio al mejor libro publicado.

La fotografía de su rostro destaca la iracundia jocosa del criollo, la mirada perspicaz de quien cuestiona el discurso público, el ojo que hurga en los detalles de la sociedad. En Venezuela y en Hispanoamérica toda fue una personalidad literaria y un personaje querido.

En Cuba, el declamador Luis Carbonell, artista *sui generis* reconocido como «el acuarelista de la poesía antillana», se detuvo en uno de sus poemas, que él llama *estampas* y lo llevó a su voz y estilo inconfundibles, con lo cual paseó la poesía de Aquiles Nazoa por todos los medios y rincones de la geografía caribeña. «En el club» se titula la estampa en cuestión, llena de ironía y gracia, signada por una natural musicalidad que con un guiño sarcástico refleja el alma, ínfulas y costumbres de la burguesía venezolana de su tiempo. El poema se ha convertido en uno de los clásicos dentro del quehacer declamatorio de Luis Carbonell.

Nazoa vivió por espacio de un año en Cuba, llegó procedente de Colombia a mediados de la década de 1940 a 1950, dirigió la publicación *Zig-Zag*, de humorismo y crítica, y se relaciona con el ámbito cultural cubano, participa de sus tertulias y congresos, y establece vínculos con numerosos escritores nacionales. Sin embargo, sus nexos con Cuba no terminan ahí: después de 1959 asume posiciones de solidaridad con la

Revolución Cubana, dicta conferencias en la Asociación de Periodistas y publica el libro *Cuba de Martí a Fidel Castro*, en 1961. Colaboró además para la Casa de las Américas.

Muchos años después selecciona las frases exactas y escribe estos muy breves versos de salutación:

*Llega Alejo Carpentier mi dulce amigo haciendo gargarismos
con sus bellas palabras.*

Desde su condición de escritor de muy vasto público lector, Nazoa apoyó el desarrollo de la cultura popular a partir de sus elementos más sencillos, mediante un estilo llano, directo, no exento de pasión. De tal forma asumió el tratamiento de las realidades políticas, sociales y económicas de Venezuela en los años 40 y 50, nutriendo la literatura nacional de temas diferentes, incluidos la defensa de la naturaleza.

Recorrió diversos oficios y ya en 1935 llegó al diario *El Universal*, donde aprendió tipografía y corrección de pruebas, se adiestró en los idiomas inglés y francés, trabajó de guía de turismo. Hace periodismo, que en su caso sirve para sacudir la conciencia de los lectores, satirizar los gustos de la burguesía y enjuiciar el desenfreno de la sociedad de consumo desde posiciones de izquierda. Se exilia entre 1955 y 1958.

Son numerosos los libros que publica: *Caperucita roja criolla* (1955), *Poesía para colorear* (1958), *El burro flautista* (1958), *Los dibujos de Leo* (1959), *Caballo de manteca* (1960), *Mientras el palo va y viene* (1962), *Poesías costumbristas, humorísticas y festivas* (1963), *Pan y circo* (1965), *Gusto y regusto de la cocina venezolana* (1973), *Aquiles y la Navidad* (1976)...

El poeta murió en un accidente automovilístico en la Autopista Caracas-Valencia el 25 de abril de 1976. Pocos años después la Universidad Central de Venezuela estableció la Cátedra de Humorismo Aquiles Nazoa.

Rómulo Gallegos, escritor y presidente

Una tarja colocada en el edificio marcado con el número 316 de la esquina de calle 38 y Quinta Avenida, en Miramar, recuerda al peatón que allí vivió, durante su exilio en Cuba, el escritor Rómulo Gallegos.

La nave, en vuelo irregular, pide autorización de aterrizaje a la torre de control. Se establece la comunicación y el piloto informa. Reina la sorpresa entre el personal del aeropuerto de Rancho Boyeros: los pasajeros son el presidente constitucional de Venezuela Rómulo Gallegos, derrocado días atrás, y su familia. Nadie los aguarda. Los relojes marcan alrededor de las 10 de la mañana del 5 de diciembre de 1948.

Pese a lo inesperado del arribo, la noticia se hace pública de inmediato y Gallegos comienza a recibir las expresiones de respeto y admiración del pueblo cubano.

El Presidente, así se le sigue llamando, se hospeda en el hotel Nacional. Más de un amigo conocedor de la irreprochable honestidad del mandatario-escritor le ofrece alojamiento en su casa, y él declara: «Debo pensar en eso porque apenas tengo dinero para aguantar en este hotel unos días...»

El lunes 6 el Ayuntamiento de La Habana lo declara por unanimidad Huésped de Honor de la Ciudad. Los diarios reseñan con amplitud todas sus declaraciones. El presidente cubano, doctor Carlos Prío Socarrás, quien recién se ha estrenado en el cargo, lo recibe en la sede del gobierno.

En el Parque Central numerosas personalidades de la cultura y de la política le rinden impresionante homenaje. Hablan entre otros —y además del estadista desterrado—, Fernando Ortiz, Juan Marinello, Jorge Mañach, Márquez Sterling, Raúl Roa, Emilio Roig, Manuel Bisbé, Vicentina Antuña, Horrego Estuch, Javier Lezcano.

El sabio polígrafo cubano don Fernando Ortiz, destaca: «¡Rómulo Gallegos, hijo espiritual de Simón Bolívar! Cuba os admira y está con vos, no solo por lo insigne de vuestra personalidad intelectual, ética y cívica, ni por ser el presidente de la fraterna nación venezolana, sino también porque sois el símbolo vivo de la democracia atropellada por la fuerza incivil».

En otra demostración de simpatía, más de 30 000 aficionados presentes en el Gran Stadium del Cerro (hoy Estadio Latinoamericano) tributan de pie cerrada ovación al conocer la presencia del exmandatario en la instalación. La Federación de Estudiantes Universitarios lo declara Huésped de Honor del Estudiantado y de la Juventud Cubana.

Tales son solo algunos de los homenajes que merece Gallegos en Cuba, donde se publican sus *Obras completas*, en 1949, y donde colabora con asiduidad en la revista *Bohemia*. También escribe su novela *La brizna de paja en el viento*, en la cual aborda el tema del pistolero en Cuba. Este texto quiebra el silencio narrativo del autor luego de un marcado alejamiento debido a su quehacer político. Gallegos tuvo un exilio largo, compartido principalmente entre Cuba y México, y no volvió a su patria hasta 1958, a la caída del gobierno de Marcos Pérez Jiménez.

Murió en 1969, a edad avanzada (85 años). Su técnica narrativa no buscó la espectacularidad, sino la estructura más o menos lineal, hasta cierto punto dentro del estilo convencional, pero con una gran fuerza en los diálogos y situaciones de su pueblo y de su tiempo. *Doña Bárbara*, de 1929, la más célebre de sus novelas y un clásico de la literatura hispanoamericana, se ha llevado a la televisión y al cine en más de una ocasión, sin por ello dejar de ser un *best seller*.

Gallegos insufló vida a su prosa, la hizo válida para hoy y mañana. Su ejemplo de político honesto y de venezolano cabal, completa la imagen del gran escritor que fue dentro del ámbito latinoamericano y universal.

Paul Éluard en el recuerdo de Nicolás Guillén

«En 1949 —recordaba Nicolás Guillén— Paul Éluard pasó dos veces por La Habana. Tanto a la ida como a la vuelta estuvimos juntos; a la ida solo unos minutos, en el aeropuerto, pues ambos seguimos viaje hacia México, el mismo viaje que habíamos iniciado en París. Los dos íbamos como delegados al Congreso de la Paz que tuvo por escenario la capital mexicana aquel año. Los dos habíamos asistido al congreso —ya famoso— de la sala Pleyel, y allí nos conocimos.

»Su estancia más significativa en nuestra tierra fue la segunda, al regreso de México. Entonces se hospedó, llevado por mí, en un hotel situado en la esquina de San Rafael e Industria. Recuerdo que no bien quedó instalado, y ello fue cosa de unos minutos, salimos a dar ‘una vuelta’ por la capital. Ya lo sabe el lector: la Plaza de Armas, el Capitolio, la Catedral con sus calles aledañas, los muelles (...) De vuelta, ya pasadas las siete de la noche, tomó una ducha en mi casa y habló a México a su novia, que había conocido durante su rapidísima visita y con la cual se casó: Dominique, una francesa muy bella y espiritual, que le siguió a París. “Toda Cuba está pendiente de nuestro amor”, le dijo el poeta por teléfono con aquella irónica bondad que era rasgo muy acusado de su carácter.

»Después nos fuimos a cenar, ya un grupo grande de amigos, a un restaurante de La Habana Vieja, y de allí, todavía temprano, partimos hacia el aeropuerto, pues el avión que devolvería a Éluard a París tenía marcada la partida para las once. Solo que no fue así, porque salió con cuatro horas de retraso.

»Hasta las tres de la mañana, pues, duró la espera, que se transformó en una farra a causa de que, no sé de dónde, surgieron unos treseros y luego algunas botellas de ron, entre sones y rones pasó el tiempo sin que nadie se percatara, pero vino el avión, y se

deshizo el encanto. Años después, en París, Éluard me habló de ‘aquella noche’, y me mostró un billete de a peso, cubano, con las firmas de cuantos habíamos estado a despedirlo en Rancho Boyeros».

Ángel Augier abunda sobre el tema en su libro *Prosa varia*:

«Terminado el Congreso por la Paz, Éluard había sido llevado a visitar algunas ciudades del país. Por inadvertencia, no tomó el avión que le correspondía para su regreso a la capital, el cual habría de destrozarse contra el Popocatepetl. Fue al retorno a Ciudad México que surgió el compromiso con Dominique. Cuando el poeta pasó por La Habana, de vuelta a París, lo atendimos en una noche inolvidable junto a Nicolás Guillén y otros amigos. Éluard, eufórico, contaba el riesgo en que había estado de morir en el accidente de aviación y la felicidad que en cambio había hallado, y exclamaba: “Pudo ser la muerte y fue el amor” (en francés en juego de palabras que quizá inspiró su poema “La mort, l’amour, la vie”, 1951)».

Apenas un detalle más para mejor fijar los hechos en el tiempo: El Congreso Mundial por la Paz se efectuó en la sala Pleyel de París, del 20 al 25 de abril de 1949. Con posterioridad se celebró en México el Congreso Continental por la Paz.

Éluard publicó su primer libro en 1917, a la edad de 22 años: *El deber y la inquietud*. De colegas ideológicos tuvo a André Breton y a Louis Aragon, y utilizó la palabra como arma. Esta intención queda explícita desde su poema «Liberté», de 1942, cuyo mensaje comprometido y de denuncia lo obliga a vivir clandestinamente, integrado al movimiento de resistencia antifascista.

Desde el punto de vista literario se le tiene por uno de los pilares de la tendencia seguidora del surrealismo, del cual después se apartó para afiliarse con los comunistas y orientar su poesía al servicio de la Resistencia francesa. Murió de un infarto en 1952, tres años después de su encuentro con Nicolás Guillén.

Luis Rosales, un Premio Cervantes pasado por alto

Luis Rosales figura entre los poetas más relevantes de la España del siglo XX. En 1982 se le confirió el Premio Cervantes por el conjunto de toda su obra. En 1951 se le había entregado ya el Premio Nacional de Poesía; en 1970 el Premio de la Crítica; en 1973 el Premio Nacional de Ensayo. Otros más nutren el currículo de Luis Rosales, representante de la Generación del 36 —uno de cuyos rasgos identificativos es el catolicismo y el espíritu conservador. Fue miembro de la Real Academia Española.

Maestro del verso libre y del rimado, poeta conciso, sustancioso, que privilegia la técnica y la sencillez, Luis Rosales pertenece al grupo de autores que se detuvo en Cuba en más de una ocasión, aunque fuera la suya una visita polémica, no por cuestionamientos respecto de su condición poética, que era celebrada, sino porque en la Isla existía una fuerte simpatía por los intelectuales exiliados de la España republicana y Rosales representaba los intereses de la España franquista.

El poeta, nacido en Granada (y amigo de Federico García Lorca, cuyo asesinato lo atribuló grandemente), arribó a La Habana en diciembre de 1949, junto a sus compatriotas los también escritores Agustín de Foxá —quien ocupó un elevado cargo en la Embajada de España en Cuba—, Leopoldo Panero y Agustín Zubiare. El recibimiento del Instituto Cubano Español de Cultura y el de la Academia Nacional de Artes y Letras revistieron solemnidad y simpatía. En ambas instituciones leyó Rosales sus versos, que fueron aplaudidos y recibieron palabras de elogio de Dulce María Loynaz. Otros autores cubanos no menos trascendentes se sumaron al homenaje.

Pero el escándalo sobrevino en la Sociedad Económica de Amigos del País, donde un grupo de jóvenes intelectuales partidarios de la República y opuestos a la España falangista en el poder los recibió con críticas y rechiflas, por considerarlos —y en

realidad lo eran— representantes en «misión oficial» del Gobierno español con el objetivo de ganar prosélitos para la causa franquista.

La situación creada a raíz del incidente polarizó las opiniones. *El Diario de la Marina*, abiertamente conservador, censuró la conducta de los jóvenes cubanos defensores de la República, otras publicaciones les ofrecieron su apoyo.

El intelectual regresó por La Habana en diciembre de 1951, para las celebraciones por el centenario del nacimiento del escritor gallego Manuel Curros Enríquez, quien residió y murió en Cuba. Ese mismo año, significativo en su vida, publicó su libro *Rimas*, resultado de más de diez años de trabajo.

Como el naufrago metódico que contase las olas

que faltan para morir,

y las contase, y las volviere a contar, para evitar

errores, hasta la última,

hasta aquella que tiene la estatura de un niño

y le besa y le cubre la frente,

así he vivido yo con una vaga prudencia de

caballo de cartón en el baño,

sabiendo que jamás me he equivocado en nada,

sino en las cosas que yo más quería.

(«Autobiografía»,1951)

En 1962 Luis Rosales ingresó en la Hispanic Society of America y en 1970 se le nombró asesor del director del Instituto de Cultura Hispánica, colaboró sistemáticamente en el diario *ABC*, con textos críticos sobre asuntos de arte, entre estos, la pintura, el teatro, la música, la literatura. Murió en Madrid el 24 de octubre de 1992 a los 82 años.

Francisco Ayala, larga vida y muchos premios

El escritor español Francisco Ayala vivió 103 años (1906—2009). Ello, por sí solo, es noticia. Pero lo es más el hecho de que mereció los premios literarios más importantes en lengua española, a saber, el Cervantes, en 1991, y el Príncipe de Asturias de las Letras, en 1998. Súmese a los anteriores el Premio Nacional de las Letras Españolas, en 1988; fue elegido miembro de la Real Academia Española en 1983 —tenía entonces 77 años—, de la Academia Europea de Ciencias y Artes desde 1997, e Hijo Predilecto de Andalucía, por cuanto era nacido en Granada.

Ayala llena con su obra más de un capítulo de la historia literaria de España en el siglo XX e inicios del XXI. Perteneció a la Generación del 27 y fue, sobre todo, un narrador, maestro del relato corto y la novela, aunque además descolló como sociólogo y escribió ensayos.

Nacido en Andalucía, hizo estudios de Derecho y Filosofía y Letras en Madrid, y en la capital se dio a conocer. Vivió en Berlín entre 1929 y 1931, sirvió a la República Española y se hallaba en el exterior cuando esta cayó, por lo que permaneció exiliado en Argentina por varios años, después pasó a Puerto Rico y Estados Unidos, dedicado a la enseñanza en centros universitarios y sin dejar de escribir. No fue hasta 1960 que volvió a España, donde por último se instaló en 1976, continuó su carrera literaria y sus colaboraciones en la prensa en ese país.

Dentro de este vasto periplo americano, Francisco Ayala se detuvo en Cuba a mediados de 1950. Ya se había publicado en la Isla, en 1948, su *Tratado de Sociología* y para la entonces denominada Universidad del Aire (destinada a la superación de los oyentes a través de las ondas de radio) impartió el 30 de julio de aquel año la conferencia titulada «Bosquejo de la cultura hispánica», que con posterioridad se imprimió.

En la Sociedad Lyceum del Vedado también impartió una conferencia y ofreció un curso de sociología en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana, por lo que de activa debe considerarse su participación en la vida sociocultural habanera de entonces.

Se conoce que regresó a Cuba por última vez en abril de 1958, reencontró viejos amigos, se le dispensaron celebraciones e impartió una serie de conferencias sobre la cultura española, patrocinadas por el Centro de Altos Estudios del Instituto Nacional de Cultura.

Sus libros de narraciones son numerosos —*El boxeador y un ángel* (1929), *Cazador en el alba* (1930), *Los usurpadores* (1949), *La cabeza del cordero* (1949), *Muertes de perro* (1958), *El fondo del vaso* (1962), *El as de Bastos* (1963), *El rapto* (1965), *De triunfos y penas* (1982), *El jardín de las malicias* (1988)... Las temáticas van desde la ambientación histórica hasta la denuncia de las dictaduras y la inclusión de asuntos autobiográficos (como en *El jardín de las delicias*, de 1971), elementos metafóricos, el empleo de la ironía y otros recursos narrativos. Escribió unas memorias bajo el título *Recuerdos y olvidos*, con varias ediciones a partir de 1982, e hizo traducciones (profesión acerca de la cual teorizó en varios ensayos) y redactó artículos para la prensa diaria.

Murió el 3 de noviembre de 2009, en Madrid.

Luis Cernuda en el atardecer inspirador

Luego de conocer el crudo invierno inglés, para Luis Cernuda el arribo a Cuba el 24 de noviembre de 1951 significó algo así como trasponer las puertas del Paraíso, porque aunque también aquí estábamos en invierno, ya sabemos cuán agradable suele ser la temperatura por estas fechas.

Desde las páginas del *Diario de la Marina*, Gastón Baquero saludaba «a uno de los grandes poetas españoles contemporáneos». El escritor llegaba en la madurez de sus 49 años, con un nombre y una obra cimentada en el mundo hispanohablante. Era, además, uno de los miembros más distinguidos de llamada Generación del 27, junto a Federico García Lorca, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Emilio Prados y algunos más.

El poeta se hallaba en La Habana gracias a la invitación de José Rodríguez Feo, codirector junto a Lezama Lima de la revista *Orígenes*. Del autor sevillano se conoce que impartió varias conferencias, sobre los orígenes de una generación poética, la poesía de Miguel de Unamuno y la de Gustavo Adolfo Bécquer.

Cernuda se alojó en el área cosmopolita de la ciudad, en el edificio de las esquinas de 25 y O, en El Vedado, como lo recuerda una tarja allí colocada.

De que La Habana no le resultó indiferente da cuenta este fragmento:

«También en La Habana el atardecer es memorable: el aire ahí no se ensancha tanto como se ahonda, entreabriendo camino, como para unas alas, hacia el fondo mismo del cielo, en cuyas nubes o, mejor, en cuyos celajes vibran los colores ensordecidos. La silueta de la ciudad entonces, al ahondarse de tal modo el aire sobre ellas, parece descansar, igual que la superficie de su agua quieta, bajo la maravilla de su cielo».

De Cernuda se conoce en Cuba buena parte de su poética. En 1965 la Editora del Consejo Nacional de Cultura publicó *La realidad y el deseo*, texto que lo consagró en sitio privilegiado de la poesía española del siglo XX. En 1996 la Editorial de Arte y Literatura publicó su *Antología poética*, con la selección y el prólogo a cargo de César López.

Al poema «Niño muerto», corresponde este fragmento:

*Si llegara hasta ti bajo la hierba
joven como tu cuerpo, ya cubriendo
un destierro más vasto con la muerte,
de los amigos la voz fugaz y clara,
con oscura nostalgia quizá pienses
que tu vida es materia del olvido...*

Aunque se le cita invariablemente como poeta, Cernuda escribió ensayos, colaboró en la prensa mexicana e hizo traducciones. Nació en Sevilla, en 1902; al proclamarse la República Española la acogió con entusiasmo y participó del II Congreso de Intelectuales en Defensa de la Cultura, en Valencia, 1937.

Vivió un largo exilio. Al partir de La Habana lo hizo hacia México, donde se estableció entre los años 1953 y 1960, fecha en que pasó a Estados Unidos, invitado por la Universidad de California. Después, una vez más, volvió a México, para morir allí el 5 de noviembre de 1963, a los 61 años.

De cómo se sintió en La Habana dejó testimonio en carta de febrero de 1952 al cubano José Lezama Lima, donde le decía: «No sé si mis días cubanos van a tener otros ecos en verso, o en prosa. Es probable que sí. Pero en todo caso tienen ecos en mí, y eso es lo que más puedo decir de una tierra o de una persona».

Ciro Alegría, una estela dispersa en la geografía cubana

Dos grandes novelistas peruanos alumbran el panorama de la narrativa indigenista de esa nación en el siglo XX. Uno y otro —Ciro Alegría y José María Arguedas— se detuvieron en Cuba, donde además, son conocidos, leídos y han sido publicados sus libros.

Ciro Alegría nació en 1909, en el pueblo andino y norteño de Huamachuco, Perú, región en la cual hizo sus estudios primarios, tuvo de maestro al poeta César Vallejo y se incorporó a la vida y la lucha política desde las filas del partido Alianza Popular Revolucionaria Americana, más conocido por sus siglas APRA.

Él es autor de tres novelas que han recorrido todo el mundo de habla española y hacen de él una figura de relevancia mundial.

Estas tres obras lo consagraron: *La serpiente de oro*, de 1935, en que relata la vida de los nativos a orillas del río Marañón; *Los perros hambrientos*, de 1938, en la cual se adentra en el mundo de la alta sierra peruana y revela la lucha del hombre contra la naturaleza, y la considerada su obra maestra: *El mundo es ancho y ajeno*, de 1941, premio latinoamericano de novela, convocado por la editorial estadounidense Farrar & Rinehart, en la que pinta el cuadro épico de las luchas de una comunidad indígena contra los poderes que quieren destruirla, a saber, la oligarquía terrateniente, el ejército y el gobierno al servicio de los norteamericanos.

Escribió además libros de relatos, narraciones amazónicas, memorias y dejó varias novelas inconclusas —tituladas *Lázaro* (1972), de contenido político, y *El dilema de Krause* (1979)— algunas de las cuales se publicaron póstumamente.

Los nexos del escritor con Cuba no fueron en modo alguno superficiales ni esporádicos. Varios años de su existencia transcurrieron en diversos puntos de la geografía antillana,

entre Puerto Rico y Cuba, resultante ello de su intenso quehacer político en Perú y de los muchos contratiempos que sufrió —incluyendo estancias en la cárcel y un largo exilio en Chile que se inició en 1934, cuando Alegría era un joven de 25 años en quien el talento literario debía compartir tiempo e intereses con la política.

Arribó a Cuba hacia 1954, se estableció modestamente en La Habana pese a ser una celebridad como novelista y vivió, así literalmente, de las colaboraciones en la prensa (diario *Alerta* y semanario *Carteles*), conferencias y los derechos de sus obras ya publicadas. Salvador Bueno, quien lo entrevistó para la revista *Carteles*, lo recuerda «con su perenne cigarrillo entre los dedos».

Ejerció el periodismo, dictó conferencias y cursos en la Sociedad Lyceum del Vedado, en el Ateneo, en el Liceo de Guanabacoa; impartió un curso sobre la técnica novelística en la Universidad de Oriente.

Su tránsito cubano incluyó estancias en varias localidades: Mayajigua, provincia de Villa Clara; San Miguel de los Baños, provincia de Matanzas; San Vicente, no distante de la oriental ciudad de Santiago de Cuba. En esta última conoció de las acciones del Ejército Rebelde en las inmediaciones y él mismo contaría después:

«Yo estaba en San Vicente cuando entró el Ejército Rebelde y ocupó este pueblecito, vi dos combates (...) Por esto y las mil historias que he escuchado aquí, me tienta la idea de escribir una novela de la revolución cubana. Hay allí la épica de una época. Pero aún no me he decidido. Estoy pensando en el asunto con la seriedad que requiere».

En 1960 viajó a Lima y ya no regresó a Cuba. Ciro Alegría murió en febrero de 1967, a los 58 años y es uno de los autores peruanos más traducidos hoy día.

Federico de Onís, ilustre profesor y disertante

Entre los intelectuales españoles de mayor relevancia del siglo XX está Federico de Onís, cuya obra fue bien recibida en el continente americano, donde desarrolló una parte importante de su quehacer.

El currículum profesoral de Federico de Onís, su labor como crítico, sus libros publicados en España y otros países, su capacidad como conferencista, lo revelan en su condición de español enterado de cuanto ocurre en su tiempo, estudioso del movimiento modernista y antólogo eminente.

De Onís nació en Salamanca el 20 de diciembre de 1885. Crítico del sistema de enseñanza universitaria español, ello le ganó las primeras miradas no solo por los estudios literarios, también por la vida intelectual y la universitaria. En 1905 se trasladó a Madrid para realizar el doctorado en Filosofía y Letras y tuvo como director de sus tesis a Ramón Menéndez Pidal. Ejerció la docencia en las universidades de Oviedo y Salamanca.

Su magisterio más prolongado, el que hace de él un intelectual español de gran presencia en el Nuevo Mundo, es como profesor de literatura española en la Universidad de Columbia, Nueva York, adonde llegó con el propósito de formar un departamento de Filología Hispánica y decidió establecerse. Fundó entonces el Instituto de las Españas, en 1920, y representó a las Juntas de Relaciones Culturales y de Ampliación de Estudios.

Esta condición de profesor la ejerció además en cursos en Oxford y otros cursillos de verano que impartió en España, Puerto Rico y México. Con ello contribuyó a la difusión de la literatura española y más aún, de la cultura hispánica en Norteamérica, donde fue miembro de la Hispanic Society of America. Dirigió la *Revista de Estudios Hispánicos*

de Puerto Rico entre 1928 y 1929 y la *Revista Hispánica Moderna*, fundada en 1934. Suerte de anfitrión y embajador de la cultura española en Estados Unidos, recibió allí a su compatriota Federico García Lorca y a la chilena Gabriela Mistral.

A Cuba llegó en diciembre de 1956 para impartir un ciclo de conferencias bajo el título general «Introducción a la cultura hispánica», que tuvo por sede la Universidad Central de Las Villas Martha Abreu. A comienzos del año siguiente, en enero, se le invitó a disertar el Centro de Altos Estudios de Cultura y ofreció en el Anfiteatro del Palacio de Bellas Artes un curso de conferencias sobre la literatura hispanoamericana y algunas figuras de la cultura hispánica como Miguel de Unamuno y Ortega y Gasset. Amplio resultó el espectro de sus disertaciones, que también tuvieron por sede el Lyceum Lawn Tennis Club del Vedado. Su estancia en Cuba le permitió estrechar vínculos con los jóvenes poetas de la revista *Renuevo*, como señala el investigador Jorge Domingo Cuadriello, por lo que la huella de Federico de Onís en la Isla se palpó en diversos escenarios.

De su trabajo como crítico quedan los textos *Sobre la transmisión de la obra literaria de Fray Luis de León* (1915), *El español en los Estados Unidos*, (1920), *Jacinto Benavente* (Nueva York, 1923), *El Martín Fierro y la poesía tradicional* (España, 1924), *Ensayos sobre el sentido de la cultura española* (1932), *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)* (1934), obra extensa y documentada considerada la más trascendente de sus producciones literarias.

Federico de Onís murió en Puerto Rico en 1966.

Graham Greene, un autor británico en La Habana

El escritor inglés Graham Greene gustó de viajar por estas latitudes de Hispanoamérica. A inicios de la década del 50 del pasado siglo XX se remonta la primera de las estancias cubanas de *mister* Graham Greene.

Entonces, cual turista ocasional, se entretuvo en recorrer los lugares atractivos de la arquitectura habanera, entre ellos el restaurante Floridita, donde paladeó más de un daiquirí; anduvo y desanduvo las calles de la Habana Vieja, la barriada china de la Calzada de Zanja y sus alrededores, y el centro comercial que entonces radicaba en torno a la centrohabanera esquina de San Rafael y Galiano.

Acerca de su presencia, de incógnito, en los días de la lucha popular revolucionaria se ha escrito en más de una ocasión. El novelista cubano Lisandro Otero recordaba que en 1957 «en una fresca terraza junto al río Almendares, vi por primera vez a un tranquilo caballero inglés de ojos azules, cabello canoso y ralo, prominentes incisivos». No era otro que Graham Greene.

La historiadora Nydia Sarabia —miembro del movimiento revolucionario clandestino— reveló el interés expuesto por Greene en subir a la Sierra Maestra, de lo cual debió desistir dado el escaso tiempo de que disponía para estar en Cuba.

El autor de *El agente confidencial*, *El americano impasible* y otros relatos, publicó en 1958 su libro *Nuestro hombre en La Habana*, parodia de las novelas de espionaje, llevada a la pantalla en 1959, cuando el autor regresó a esta ciudad con un equipo de filmación para el rodaje de la cinta.

Preguntado por los periodistas acerca de las razones que lo indujeron a escribir un relato humorístico en momentos tan dramáticos de la situación cubana, respondió: «Mi objetivo no era hablar de Cuba, sino ironizar sobre el servicio secreto. La Habana era

meramente un telón de fondo, un accidente. Esto no tenía nada que ver con mis simpatías por Fidel».

Posiblemente la más prolongada de las visitas del narrador británico fue la de 1966. Transcurrió entre el 28 de agosto y el 19 de septiembre. Afirmó que era aquella la séptima ocasión en que se hallaba sobre suelo cubano. Recorrió el país recopilando información para una serie de trabajos destinados al *Daily Telegraph* de Londres.

Hallándose en el Aeropuerto José Martí, de La Habana, y presto a partir, declaró a la prensa: «Me llevo un magnífico recuerdo de la amabilidad y la cortesía que encontré en todas partes. ¡Hasta luego!»

El escritor mantuvo invariables sus vínculos con Cuba y, que sepamos, visitó el país por última vez en 1983.

Greene nació en Inglaterra el 2 de octubre de 1904. Hijo de un profesor universitario, estudió en la Universidad de Oxford y llevó una vida activa e intensa.

Cuando murió en Ginebra el 3 de abril de 1991, a la edad de 86 años, dejó tras de sí algo más de 50 títulos de novelas y narraciones, ensayos, obras de teatro, poesías, guiones de cine y mucho periodismo escrito. De los autores ingleses del siglo XX se le cuenta entre los más populares y traducidos.

Gerardo Diego: *los colores y las tintas de mis penas*

Muy tenuemente resuena la visita que hizo a la Isla el poeta Gerardo Diego, quien se cuenta entre los representantes de la Generación del 27, junto a Dámaso Alonso, Federico García Lorca, Rafael Alberti...

El suceso tuvo lugar a partir del 4 de diciembre de 1958, fecha de su arribo a La Habana, en momentos ciertamente convulsos dentro del panorama político de la Isla, en medio de un clima de inseguridad y represión castrense.

Llegó invitado por la Academia Cubana de la Lengua —era él miembro de la Real Academia Española desde 1947— y por el Instituto Nacional de Cultura. Su obra publicada era numerosa desde 1920, en que apareció *El romancero de la novia*, e incluía *Versos humanos*, Premio Nacional de Literatura 1924-1925; *Paisaje con figuras*, también Premio Nacional de Literatura, y *Amor solo*, 1958, que había ganado el Premio Ciudad de Barcelona seis años antes, entre numerosos poemarios más.

El autor, quien apoyó al régimen nacionalista durante la Guerra Civil Española y alguna que otra vez loó a los falangistas, era una personalidad eminente de las letras españolas, más allá de las pasiones políticas. A sus 64 años vivió días intensos en Cuba, y fueron varias las conferencias que dictó. El día 5, en el Anfiteatro de Bellas Artes, la titulada «El ritmo en el Poema de Mío Cid»; el 9, «El ritmo en San Juan de la Cruz»; el 11, «El ritmo en Rosalía de Castro», y el 12, «El ritmo en Gerardo Diego».

También impartió otras, como ha recogido el investigador Jorge Domingo Cuadriello, sobre Miguel de Cervantes y los poemas de Juan Ramón Jiménez, que tuvieron por sede la propia Academia de la Lengua, el Ateneo de La Habana y el Instituto de Cultura Hispana.

Diversos temas ocupan su poética: el paisaje, la religión, la música, el amor, los toros..., y grande fu su influencia tanto en el ámbito regional como nacional.

Podéis tocar con las manos

mi conciencia.

Gozar podéis con los ojos

—negro y sepia—

los colores y las tintas

de mis penas.

Y eso que os roza el labio,

bruma o seda,

es mi amor —flores o pájaros

que revuelan—

mis amores, criaturas

libres, sueltas.

(Fragmento del poema «Autorretrato»)

Escribió poesía tradicional, clásica; trabajó el romance, la décima, el soneto. Pero también se incorporó al nuevo arte de vanguardia, y una parte de su poesía revela una audaz carencia de signos de puntuación, la incursión en temas en apariencia carentes de trascendencia, la disposición arbitraria de los versos.

Nacido en Santander, Cantabria, el 3 de octubre de 1896, se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, y practicó la docencia en diversos institutos. Ejerció el periodismo, fundó y dirigió publicaciones.

Se le confirió el Premio Cervantes en 1979, única ocasión en que el importante galardón se entregó a dos autores, el otro, el argentino Jorge Luis Borges. Gerardo Diego tuvo una vida larga de 90 años que se extinguió el 8 de julio de 1987 en Madrid.

Tennessee Williams: año 1960

El dramaturgo norteamericano Tennessee Williams sostuvo en La Habana un encuentro con el líder de la Revolución Cubana Fidel Castro. Aunque sin precisar la fecha, presumiblemente en la primavera de 1960, él lo cuenta así en sus *Memorias*:

«...Hemingway me dio una carta de presentación para Castro. [El periodista y crítico británico] Kenneth Tynan y yo nos dirigimos al palacio. Castro estaba celebrando en aquel momento un Consejo de Ministros. Sus reuniones ministeriales no eran cortas. Nos sentamos en los escalones de la sala de juntas y esperamos. Al cabo de unas tres horas la puerta se abrió impetuosamente y nos hicieron pasar. Castro nos acogió muy efusivo.

»Cuando Kenneth Tynan me presentó, el Comandante exclamó: “¡Ah, el de la gata...!” Se refería a *La gata sobre el tejado de zinc caliente*, lo cual me sorprendió y encantó, claro está. Nunca se me hubiera ocurrido que pudiera conocer una obra mía. Seguidamente nos presentó a todos los ministros de su gabinete. Hubo café y licores y la reunión resultó un estupendo acontecimiento, bien digno de las tres horas de espera». También en sus *Memorias* se lee: «Antes de que Castro tomara el poder en Cuba, Marion [Vaccaro] y yo solíamos pasar en La Habana unos fines de semana que eran el disloque. A ella la alegre vida nocturna de La Habana le gustaba tanto como a mí, y acudíamos a los mismos lugares para disfrutarla».

En cuanto a su compatriota Ernest Hemingway, tampoco lo conocía personalmente, por lo que previamente tuvo lugar el encuentro en el restaurante Floridita. Según las palabras de Williams, «esperaba encontrarme con una especie de súper macho apabullador y mal hablado, y fue todo lo contrario. Hemingway me pareció un caballero y un hombre dotado de lo que yo llamaría una timidez enternecedora».

Los viajes a Cuba le resultaban muy fáciles a míster Williams, pues el escritor tenía su residencia fija en la calle Duncan, de Key West, la misma ciudad tan asociada a la vida de Hemingway.

Se afirma que desde enero de 1959 Williams se hallaba en La Habana y se alojó en el Hotel Nacional. Además de coincidir con Hemingway en la Isla, lo hizo con Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, a quienes saludó en el citado hotel.

Aun antes de la Revolución, Tennessee Williams resultaba uno de los dramaturgos más conocidos, junto a Federico García Lorca. Su producción es rica en piezas célebres: *El zoo de cristal*, 1945, Premio de la Crítica Teatral de Nueva York; *Un tranvía llamado deseo*, Premio Pulitzer de 1948; *La rosa tatuada*, 1952, Premio Tony; *La gata sobre el tejado de zinc caliente*, 1955, Pulitzer nuevamente; *El dulce pájaro de la juventud*, 1959; *La noche de la iguana*, 1961, otra vez Premio de la Crítica Teatral de Nueva York.

Quizá ningún otro dramaturgo haya llevado tantas obras a la pantalla como Williams, algo más meritorio cuando varios de los actores de esos tales filmes (Marlon Brando, Vivien Leigh, Anna Magnani, Burt Lancaster, Elizabeth Taylor, Paul Newman, Katharine Hepburn, Montgomery Clift, Richard Burton, Ava Gardner, Robert Redford...) y las propias películas merecieron importantes premios e integran el más exigente listado cinematográfico de cualquier época.

También escribió novelas (*La primavera romana de la señora Stone*, 1950; *Moisa y el mundo de la razón*, 1975...), cuentos cortos y dos libros de poesía.

Nombrado realmente Thomas Lanier Williams, y nacido Misisipí en 1911, *Tennessee* le vino por su fuerte acento sureño y el origen de su familia. Murió en Nueva York el 25 de febrero de 1983.

García Márquez, primera noche en La Habana

De la visita de Gabriel García Márquez, en enero de 1959, diríase que *nadie se acuerda*. Mas no es así. Es el propio escritor quien retiene en la memoria incidentes de aquellos días, y él mismo (¿quién mejor?) el que los narra:

«El 18 de enero, cuando estaba ordenando el escritorio para irme a casa, un hombre del Movimiento 26 de Julio apareció jadeando en la desierta oficina de la revista en busca de periodistas que quisieran ir a Cuba esa misma noche. Un avión cubano había sido mandado con ese propósito. Plinio Apuleyo Mendoza, y yo, que éramos los partidarios más resueltos de la Revolución Cubana, fuimos los primeros escogidos. Apenas si tuvimos tiempo de pasar por casa a recoger un saco de viaje, y yo estaba tan acostumbrado a creer que Venezuela y Cuba eran un mismo país, que no me acordé de buscar el pasaporte. No hizo falta: el agente venezolano de Inmigración más cubanista que un cubano, me pidió cualquier documento de identificación que llevara encima, y el único papel que encontré en los bolsillos fue un recibo de lavandería. El agente me lo selló al dorso, muerto, de risa, y me deseó un feliz viaje.

» (...) Antes del mediodía aterrizamos entre las mansiones babilónicas de los ricos más ricos de La Habana en el aeropuerto de Campo Columbia, luego bautizado con el nombre de Ciudad Libertad, la antigua fortaleza batistiana donde pocos días antes había acampado Camilo Cienfuegos con su columna de guajiros atónitos. La primera impresión fue más bien de comedia, pues salieron a recibirnos los miembros de la antigua aviación militar que a última hora se habían pasado a la Revolución y estaban concentrados en sus cuarteles mientras la barba les crecía bastante para parecer revolucionarios antiguos.

» (...) Esa primera noche, un grupo de muchachos del Ejército Rebelde, muertos de

sed, se metió por la primera puerta que encontraron, que era la del bar del hotel Havana Riviera. Solo querían un vaso de agua, pero el encargado del bar, con los mejores modos de que fue capaz, los volvió a poner en la calle. Los periodistas, con un gesto que entonces pareció demagógico, los hicimos entrar de nuevo y los sentamos a nuestra mesa. Más tarde, el periodista cubano Mario Kuchilán que se enteró del incidente, nos comunicó su vergüenza y su rabia.

»—Esto no se arregla sino con una revolución de verdad— nos dijo, y les juro que la vamos a hacer». *

Mucho júbilo causó el anuncio del otorgamiento del Premio Nobel de Literatura de 1982 al escritor colombiano. En Cuba se le ha galardonado con la Orden Félix Varela de Primer Grado. También dirigió la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano.

Privilegiado por la gracia de los lectores, profusamente traducido, llevado a la pantalla grande y chica, reconocido maestro del realismo mágico, autor de libros ya clásicos de la literatura hispanoamericana actual (*El coronel no tiene quien le escriba*, *Cien años de soledad*, *Relato de un naufrago*, *El otoño del patriarca*, *Crónica de una muerte anunciada*, *El amor en los tiempos del cólera*, *El general en su laberinto*, *Del amor y otros demonios*), Gabriel García Márquez tiene ganada la inmortalidad literaria.

* Gabriel García Márquez: «Mi primer viaje a La Habana», en *Juventud Rebelde*, 24 de octubre de 1982.

Miguel Ángel Asturias, presencia antes del Nobel

Miguel Ángel Asturias arribó a La Habana el 25 de julio de 1959, y el propósito del autor de *El señor presidente* era permanecer en Cuba alrededor de 10 días.

Por la fecha de su arribo, fácil resulta deducir que era una de las personalidades invitadas a las conmemoraciones por el sexto aniversario del asalto al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. Consigo traía el escritor tres conferencias para impartir en el Palacio de Bellas Artes. Estas llevaron por título «La novela americana: testimonio de nuestra época», «Juan Ramón Molina, poeta gemelo de Rubén Darío» y «Literatura en la América maya».

Autor de varios libros excelentes, en Cuba se le conocía por sus *Leyendas de Guatemala*, que recogía la vida y cultura del pueblo maya, un volumen que fue muy bien recibido en América, Francia y Europa toda.

Para el periódico *Hoy*, el visitante emitía estas opiniones: «En la América Latina, la novela ha tomado la delantera a todas las formas literarias. Hemos dejado de cantar y hemos empezado a contar. Estamos, pudiéramos decir, en el nacimiento de la novela auténticamente americana, la cual, dada la hora en que vivimos, está preocupada por los problemas sociales de nuestros pueblos».

Asturias contaba entonces 60 años y estuvo acompañado por su esposa Blanca Mora. Ambos se alojaron en el Hotel Sevilla, y durante su estancia en Cuba Asturias comentó sobre sus planes en perspectiva, las reediciones de sus libros, los proyectos de artículos sobre sus días en La Habana y lo que veía de nuevo en el país, envuelto en incesante efervescencia revolucionaria.

Ocho años después alcanzó Miguel Ángel Asturias el Premio Nobel de Literatura, lauro que siempre lleva consigo una cierta dosis de sorpresa, aunque para el mundo

hispanoamericano resultó una gratísima noticia al conocerse, y en particular para los cubanos, donde ha sido un autor leído y valorado en todo momento.

Nacido el 19 de octubre de 1899, los primeros pasos los dio en el terreno de la poesía, para más adelante tomar rumbo hacia la prosa y llegar a ser uno de los mejores representantes de ella en la lengua castellana.

Aunque algunos de sus libros son muy conocidos por los críticos, se considera *Hombres de maíz*, de 1949, su obra maestra. Abogado y etnólogo con estudios en la Sorbona de París, se desempeñó en el servicio diplomático, hasta que fijó su residencia en París, como embajador de Guatemala en Francia. Apoyó el gobierno de Jacobo Arbenz, sucesor electo del presidente Juan José Arévalo, mandatarios ambos preocupados por revolucionar la condición del pueblo guatemalteco. Después se le expulsó del país, y se exilió en Argentina y en Chile. Más tarde tuvo que trasladar su hogar a Europa, donde su carrera literaria alcanzó otros éxitos.

Asturias murió el 9 de junio de 1974, a los 75 años. Su obra, en general, está inspirada por la cultura maya moradora de los territorios de América Central, tema central en varios de sus relatos.

Fue el primer guatemalteco premiado con un Nobel, distinción conferida años más tarde a su compatriota Rigoberta Menchú, en el apartado correspondiente a los Nobel de la Paz. El premio literario más importante de Guatemala lleva su nombre y también en su honor se nombró el Centro Cultural Miguel Ángel Asturias.

Rodolfo Walsh y la Agencia Prensa Latina

Rodolfo Walsh llevó una agitada carrera literaria y una tal vez aún más agitada carrera revolucionaria. Muy conocido en su tiempo, hoy día se vuelve una y otra vez sobre una y sobre otra, por cuanto en ambas estampó una duradera impronta.

De padres ascendencia irlandesa y nacido en Argentina en 1927, por el decenio del 50 del pasado siglo Rodolfo Walsh estremeció los círculos literarios con una obra titulada *Operación Masacre*, donde se recogen a través de un minucioso proceso de periodismo investigativo elementos ocultos tras el fusilamiento ilegal de civiles, en 1956. El libro, denuncia sin medias tintas, apareció al año siguiente y se considera uno de los ejemplos precursores de un periodismo en el cual se incorporan a la narración de hechos verídicos e históricos, géneros como el testimonio y la tensión del policial.

Años después, con otro libro, *Quién mató a Rosendo* (1969), Walsh volvió a anotarse un gran éxito de crítica y de lectores. Este texto es de similares características en cuanto a la combinación de elementos de géneros que enriquecen la investigación y le confieren mayor peso a la trama.

A La Habana llegó a mediados del propio año de 1959. Su compatriota Jorge Ricardo Masetti recién había fundado la Agencia de Noticias Prensa Latina y conocedor de la convergencia de criterios políticos y talentos periodísticos entre él y Walsh, le asignó la jefatura del Departamento de Servicios Especiales, encargado de desarrollar informes de una mayor profundidad sobre los temas considerados claves. Tal designación revela la confianza de Masetti en la profesionalidad de Walsh.

Una anécdota verídica, narrada por Gabriel García Márquez, asevera que fue la acuciosidad de Walsh la que lo hizo descubrir en un cable de la inteligencia norteamericana señales que anunciaban —desde meses antes de que ocurriera—, la

invasión por Playa Girón en abril de 1961, lo cual constituyó un dato muy valioso para las autoridades cubanas.

La obra de Rodolfo Walsh incluye cuentos, obras de teatro y periodismo. También hizo traducciones. Entre sus libros figuran *Diez cuentos policiales* (1953), *Variaciones en rojo* (1953), *Operación Masacre* (1957), *La granada* (1965, teatro), *La batalla* (1965, teatro), *Los oficios terrestres* (1965), *Un kilo de oro* (1967), *¿Quién mató a Rosendo?* (1969), *Un oscuro día de justicia* (1973), *El caso Satanovsky* (1973) y varios títulos más publicados después de su muerte.

En su edición XVI, de febrero de 2007, la Feria Internacional del Libro rindió homenaje a Walsh, ocasión en que su compatriota y compañero de actividades políticas el escritor Miguel Bonasso expresó: «Si hay un nombre que une a esta isla entrañable de Cuba con la Argentina es Rodolfo Walsh, y no solo por haber sido parte de su revolución».

Walsh perteneció a organizaciones guerrilleras y militó en el movimiento de los Montoneros, del cual fue un destacado oficial; sufrió intensa persecución del régimen militar entonces en el poder en Argentina. Herido y asesinado, presumiblemente el 25 de marzo de 1977, su cadáver nunca se encontró y se le cuenta entre los miles de desaparecidos durante la dictadura militar en Argentina.

Waldo Frank y su interés en Hispanoamérica

El escritor norteamericano Waldo Frank frisaba los 70 años cuando en septiembre de 1959 los periodistas se le acercaron durante su estancia en La Habana. Era por aquellos días uno de los autores de mayor celebridad, reputación merecida por el interés que despertaban sus libros.

La obra de Frank se conocía en Cuba y a él se le tenía como uno de esos no muy frecuentes norteamericanos que había vuelto sus ojos al sur, al mundo hispanoamericano, para buscar en él raíces y razones donde moldear su pensamiento humanista.

Conversó en español para los reporteros de la Agencia Prensa Latina, contó acerca de su recorrido por las cooperativas cubanas, escuelas rurales y fábricas en compañía del presidente Osvaldo Dorticós, del primer ministro Fidel Castro y otros líderes de la Revolución.

El ensayista, biógrafo, crítico, novelista e historiador confesó que escribía a mano porque, según dijo, «no me fluyen las ideas en la máquina». Waldo Frank se reveló a los cubanos como un hombre de fácil sonrisa, optimista, amante de la música y ejecutante del violonchelo, aunque esto último solo por afición.

Un reportero de *Bohemia* comentó: «Tiene el vigor físico de un joven, la agilidad mental de un hombre maduro y la curiosidad de un niño».

Observó cambios en el país: «He caminado mucho estos días. He visto cosas muy interesantes en La Habana y fuera de ella. Cuba es extraordinaria».

También ofreció opiniones sobre literatura:

Recuerdo con afecto a los escritores cubanos. Nicolás Guillén es un magnífico, un gran poeta, superior a nuestros poetas negros; conozco a Alejo Carpentier, aquí tengo

su último libro que quiero leer inmediatamente. A Martí lo leo siempre. La biografía de Jorge Mañach sobre Martí es formidable. Y también me gustan mucho los ensayos que le dedicó Juan Marinello. Me gustaría mucho leer a los nuevos escritores cubanos.

Autor de una obra importante sobre el tema hispanoamericano, en la cual se incluyen los títulos *América Hispana*, *Redescubrimiento de América*, *Jornada sudamericana*, *Ustedes y nosotros* y la muy leída biografía *Bolívar: Nacimiento de un mundo*, fue además persona apreciada por los principales poetas de España: Miguel de Unamuno tradujo parte de su libro *España virgen* y León Felipe lo tradujo íntegro.

Sin embargo, Waldo Frank había tenido mucho antes otro contacto con La Habana, Treinta años atrás, es decir, en diciembre de 1929, cuando hizo escala y dictó conferencias por invitación de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, presidida por Fernando Ortiz.

En aquella olvidada ocasión conoció a Emilio Roig de Leuchsenring, Juan Marinello, Francisco Ichaso, Félix Lizaso, Jorge Mañach y otros intelectuales cubanos. La revista *Carteles* lo presentó como un «ya famoso ensayista norteamericano» que nunca dejó de pensar y hacer por la América Latina.

Hemingway, siempre Hemingway

Mucho se ha hablado acerca de Ernest Hemingway en Cuba, y se seguirá hablando, porque el gran escritor fue amigo sincero de los cubanos y en la Isla desarrolló parte significativa de su obra. Nos detendremos solo en la que resultó su última visita, que comenzó el 4 de noviembre de 1959, a escasos meses del triunfo revolucionario de enero.

Llegó acompañado de otro *famoso*, el torero español Antonio Ordóñez, su amigo, algo que no debe extrañar si se recuerda la preferencia de *Papa* por los peligros físicos y su gusto por las corridas de toros, de las cuales varias crónicas escribió.

En el aeropuerto los recibieron numerosos amigos del poblado de San Francisco de Paula, donde tenía (y tiene) su Finca Vigía. Los vecinos le obsequiaron una bandera cubana y preguntado por un periodista declaró: «Me siento muy feliz de estar nuevamente aquí, porque me considero un cubano más. No he creído ninguna de las informaciones que se publican contra Cuba en el exterior. Simpatizo con el gobierno cubano y con todas nuestras dificultades», poniendo mucho énfasis en la palabra *nuestras*.

Por encargo de la revista *Life*, redactó Hemingway el reportaje «El verano sangriento» y concluyó *París era una fiesta*. Compartió en aquella ocasión con quienes mejor lo comprendieron: los pescadores de Cojímar, los residentes de San Francisco de Paula, los habituales del restaurante Floridita.

Participó en las jornadas del Torneo de Pesca de la Aguja, en el mes de mayo. Entonces se tomaron sus fotografías con Fidel Castro, ambos en estrecha confraternidad. Los días habaneros de Hemingway transcurrieron hermosos y felices para él. Tal vez sus últimos días verdaderamente felices, porque ya se encontraba enfermo y preocupado.

Su estancia en Cuba se prolongó hasta julio de 1960, cuando partió para España, aunque de allí regresó a Estados Unidos para ingresar en la Clínica Mayo.

Muy conocida es la manera en que puso fin a su vida, en Ketchum, Idaho, el 2 de julio de 1961, hallándose en aquellos momentos en una profunda crisis depresiva. En agosto de aquel mismo año viajó a La Habana su viuda Mary para donar Finca Vigía, con su mobiliario, al Gobierno Revolucionario, estableciéndose en ese bello paraje el Museo Hemingway, lugar ineludible para cuantos deseen indagar en la intimidad del celebrado escritor.

Aunque autor de una obra diversa e intensa, entre nosotros se le recuerda particularmente por la noveleta *El viejo y el mar*, que se desarrolla en escenarios cubanos, en especial en Cojímar, con personajes (pescadores) muy propios y veraces. Esta obra alcanzó un éxito inmediato. En 1954 se le confirió a Hemingway el Premio Nobel de Literatura. En Cuba, donde mucho se le quiso, se le confirió la Orden Nacional de Carlos Manuel de Céspedes y también la Orden de San Cristóbal de La Habana. Como expresión, una entre tantas, de su amor por Cuba, Hemingway entregó la medalla de oro del Premio Nobel para que fuera conservada en nuestro país.

Aunque el tema *hemingwayano* es inagotable entre los cubanos, complace volver una y otra vez sobre él, recordar a *Papa* mientras se recorre la calle Obispo, desde el Floridita hasta el hotel Ambos Mundos y saber que, decenios atrás, él transitó por allí como un cubano más.

Simone de Beauvoir por sí misma

Asociada a la vida y quehacer del filósofo Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir es por sí misma y en sí misma una personalidad de profunda huella en el panorama cultural de las letras francesas del siglo XX y en el del movimiento feminista europeo.

La autora del libro *El segundo sexo*, que estremeció los conceptos sobre la condición de las mujeres y su papel en la sociedad, llegó a La Habana junto a Sartre —filósofo y escritor— el 22 de febrero de 1960. Era grande la expectación causada en Europa por la joven Revolución Cubana y estas dos personalidades decidieron llegarse para tener una opinión de primera mano acerca de la realidad que se vivía.

De seguro el acontecimiento más recordado y renombrado de aquella visita lo constituyó la entrevista que ambos hicieron al comandante Ernesto Che Guevara en su condición de presidente del Banco Nacional de Cuba y que transcurrió a altas horas de la noche, la cual tuvo difusión mundial, al igual que las fotografías que entonces tomara Alberto Korda, en que aparecen los tres.

Aquella visita tuvo otros muchos momentos significativos. Sartre y Simone se encontraban en La Habana cuando tuvo lugar, de resultas de un sabotaje, la explosión en la rada capitalina del vapor *La Coubre*, el 4 de marzo, y que ellos calificaron de «atentado criminal», según declaraciones aparecidas en la prensa.

Asistieron también, acompañados por Fidel Castro, al estreno de la pieza *La ramera respetuosa*, de Sartre, en el Teatro Nacional. Ambos recorrieron algunas regiones del país —incluida la entonces muy inhóspita Ciénaga de Zapata—, conversaron con las gentes de pueblo, se entusiasmaron con las realizaciones sociales emprendidas. Todas aquellas vivencias dieron elementos para la redacción después del libro *Sartre visita Cuba*, publicado poco después en La Habana.

La visita se prolongó hasta el 15 de marzo, y con posterioridad hicieron otra, más breve, entre el 21 y el 28 de octubre.

En lo que respecta a Simone de Beauvoir, se trató de una mujer de vasta cultura y de muy diversa participación en el ámbito social y literario, cuya producción abarcó ensayos, novelas (ganó el Premio Goncourt del género correspondiente a 1954 con *Los mandarines*, considerada su obra de mayor trascendencia), teatro, memorias, cartas y monografías sobre temas filosóficos, sociales y políticos, amén de su actividad dentro del movimiento feminista.

Simone, nació en cuna acomodada en París, en 1908. Hacia 1929 conoció a Sartre y se relacionó estrechamente con él, incorporándose a su círculo de intereses filosóficos y literarios. Con los años, sin renunciar ninguno de los dos a su individualidad, compatibilizaron caracteres para llevar una vida de pareja.

Fue profesora de filosofía y durante la Segunda Guerra Mundial permaneció en el país ocupado por los nazis, tiempo que aprovechó para escribir. Pensadora, analista, le interesaron no solo los temas referidos a la mujer, también los de la ancianidad, la política, el dilema de la existencia como asunto filosófico.

De Beauvoir murió el 14 de abril de 1986, por lo que sobrevivió seis años a Sartre (1905-1980).

Françoise Sagan, vedette francesa de la literatura

—¿Todo eso es para mí? —inquirió sorprendida la joven de gesto tímido y pelado corto.

—¿Le molesta? —repuso alguien a manera casi de disculpa.

—No... ya me estoy acostumbrando.

Entonces la bella muchacha elegida Miss Cuba en aquel año de 1960 se le acercó con un ramo de flores. El público numeroso que aguardaba dio riendas sueltas a su júbilo y Françoise Sagan, la muy joven y célebre autora de dos tremendos *best sellers* —*Buenos días, tristeza y Una cierta sonrisa*—, comprendió que estaba en Cuba, propiamente en La Habana, una ciudad cuyo pueblo le entregaba el máspreciado de sus dones, el de la hospitalidad.

El arribo se produjo a las cinco de la tarde del sábado 23 de julio —un día clásico de verano y sol fuerte—, en medio de un aeropuerto que parecía de fiesta, pues la personalidad de la escritora francesa a quien se esperaba, su manera de narrar y súbita incorporación al mundo literario, tenían pasmados a cuantos lectores habían accedido a sus obras, rápidamente traducidas a inglés y español.

Cuba la recibía con las notas del *Himno del 26 de Julio*, justo a tres días de los festejos por dicha fecha, que marca la del asalto a los cuarteles Moncada y Céspedes —en las ciudades de Santiago y Bayamo, respectivamente—, jalón primario de la gesta revolucionaria conducente al triunfo del primero de enero de 1959.

Tal fue, en síntesis, la manera abrumadoramente cálida como se acogió a la vedette de las letras francesas de aquel momento, es decir, a Françoise Sagan.

En sus primeras declaraciones manifestó poseer referencias muy positivas sobre Cuba y el proceso de transformaciones sociales y políticas que vivía la nación, ya que poco

antes de partir había departido con los escritores Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, quienes tenían experiencias frescas de su paso por la Isla.

Sagan llegaba para informar a los lectores de París sobre los festejos por el 26 de Julio, Día de la Rebeldía Nacional que por segunda vez se conmemoraba con un acto masivo como el del año precedente. La escritora-reportera planeaba permanecer alrededor de una semana y conocer de viva fuente las realizaciones del nuevo gobierno revolucionario, tema por el cual existía enorme interés en Europa.

De periodista a periodista, a un colega que trataba de hurgar en su vida privada respondió de tal modo:

—Soy una escritora, no una artista de cine. A un escritor hay que estudiarlo en sus libros y a nadie le interesa si es cierto o no que le gusta manejar un coche deportivo a altas velocidades.

La autora se alojó en el Hotel Riviera, cuyos balcones abren al Mar de las Antillas. Sin embargo, nos atrevemos a asegurar que poco tiempo le quedó para recrearse con la hermosa vista marina pues sus días habaneros resultaron intensos, plenos de actividades, encuentros y deseos de ella de recorrer lo más posible del país.

Aun así, se llegó hasta el conocido restaurante La Bodeguita del Medio, en el corazón de la Habana Vieja y allí, entre mojitos, anécdotas y trovadores, dejó su huella, como tantos otros célebres, en fotografía que hoy podemos contemplar.

De su quehacer posterior en el panorama de las letras no viene al caso comentar. Françoise Sagan siguió escribiendo, tejiendo sus historias con el fino hilo y aguja que solo saben utilizar los mejores artesanos. Se mantuvo activa dentro del panorama literario francés hasta su muerte en septiembre de 2004, a los 69 años.

Nazim Hikmet frente al mar

El más célebre e influyente de los autores turcos del siglo XX posiblemente lo haya sido Nazim Hikmet, cuya visita a Cuba en mayo de 1961 resultó una de las noticias más comentadas por aquellos días. Hikmet contaba 59 años, pero su recia estructura y buen carácter lo hacían parecer más joven. Se hallaba en el esplendor de su carrera literaria y era una de las voces poéticas de mayor reconocimiento universal.

Aquel ilustre huésped, amigo de Cuba y de su sistema político, dijo a su arribo: «Quisiera permanecer aquí el resto de mis días, pero debo trabajar para que Turquía se convierta en otra Cuba».

Hikmet había sido condenado por razones políticas a una larga condena —de la cual cumplió 12 años— para salir en libertad en 1951. Entonces se exilió en la Unión Soviética y dio a conocer buena parte de su obra, que comprende ensayos, dramas y poesía.

De su estancia en Cuba resulta reveladora la entrevista que para la revista *INRA* le hizo Fayad Jamís en el hotel Habana Libre, al cual expresó: «Cuba no está sola, no es como una lancha dejada al garete en el Mar Caribe: Cuba tiene a su lado a todos los pueblos del mundo, a todos los hombres humildes del mundo, a los gobiernos de muchos países y a los gobiernos de todos los países socialistas».

Autor de *Poesías de amor*, *Cartas desde la cárcel (1942-1946)*, *El duro oficio del exilio* y de otros libros de difusión internacional traducidos a más de 50 lenguas, manifestó no estar interesado en sus derechos autorales por los textos publicados en Cuba, pero, dijo, «si los recibo pienso donarlos a los círculos infantiles y a los círculos sociales obreros».

Fue Hikmet un poeta y autor teatral prolífico pese a que parte de su obra fue destruida en su país, donde estaba proscrito. La prisión y el exilio no menguaron su optimismo ni su alegría. De su poema «Esperanza»” entresacamos este fragmento:

Funcionan y funcionan los reactores nucleares

Lunas artificiales pasan al levantarse el sol

Y al levantarse el sol

¿Es que no hay esperanza?

Esperanza. Esperanza. Esperanza.

La esperanza es el hombre.

A Nazim Hikmet le encantó el pueblo cubano, su paisaje, el mar que contempló desde lo alto del hotel Habana Libre, entonces escribió: «Veo el lecho del mar, el lecho tibio del mar iluminado hasta el fondo por el sol».

En su juventud Hikmet desarrolló una intensa carrera dentro del periodismo, al tiempo que se distinguía en los círculos intelectuales de vanguardia. Se afilió al Partido Comunista de Turquía, sufrió prisión y una vez amnistiado abandonó Turquía para siempre. Vivió un largo exilio, durante el cual murió en la Unión Soviética en 1963.

Hombre de sonrisa franca, para expresarse tuvo que superar ingentes dificultades y represiones políticas, con peligro para su vida. Aun así, su voz nunca fue silenciada y hoy, traducido a numerosas lenguas, es una de las figuras emblemáticas de la literatura turca.

J. E. Adoum –primero premio y después jurado

Jorge Enrique Adoum trabajó la narrativa y el verso, hizo periodismo, tradujo, escribió ensayos y biografías, incursionó en la producción teatral. En 1989 se le entregó el Premio Nacional de Cultura Eugenio Espejo, la más alta condecoración cultural del gobierno ecuatoriano por el conjunto de su obra. Estuvo propuesto al Premio Cervantes en 2005. No puede decirse que la política le fuera ajena, al contrario, su hacer intelectual, con fuerte acento social, refleja preocupaciones y compromisos con la izquierda.

Es probable que ningún otro autor ecuatoriano haya dado tanto que hablar y que escribir como él. Y a su muerte, ocurrida el 3 de julio de 2009 a la edad de 83 años, los diversos sectores oficiales y públicos de la sociedad ecuatoriana expresaron su pesar sincero. Se le enterró en la Capilla del Hombre, en Quito, junto a la tumba de su amigo el pintor Oswaldo Guayasamín.

Siempre que se abre la biografía de Adoum ocupa destaque el hecho de haber ganado el premio de poesía del Concurso Casa de las Américas de 1960 con su libro *Dios trajo la sombra*. Tal reconocimiento internacional fijó sobre su persona las miradas del ámbito intelectual latinoamericano. Y se afirma que visitar Cuba para recibir el galardón —y expresar simpatías por su régimen— le ocasionó contratiempos con su empleo.

El escritor regresó a La Habana en enero y febrero de 1968, esta vez como jurado de poesía del citado premio. Vive entonces en París y su obra poética es notable — *Ecuador amargo* (1949), *Carta para Alejandra* (1952), *Los cuadernos de la Tierra: I. Los orígenes*, *Los cuadernos de la Tierra: II. El enemigo y la mañana* (1952), *Notas del hijo pródigo* (1953), *Relato del extranjero* (1955), *Los cuadernos de la Tierra: III. Dios*

trajo la sombra (1959), *Los cuadernos de la Tierra: IV. El Dorado y las ocupaciones nocturnas* (1961).

Preguntado acerca de si la literatura latinoamericana vive uno de sus mejores momentos, responde a los lectores de *Bohemia*:

—En lo que se refiere a la novela, sí. Difícilmente puede encontrarse otra época en la que hayan coexistido autores de la categoría de Cortázar, Lezama Lima, García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes. En cuanto a la poesía no creo que pueda decirse lo mismo. A pesar de los innovadores (Parra, Cardenal, Gelman), hay cierta fatiga, tanto en los creadores como en el público. Siguen pesando, desde hace más de treinta años, las voces de los grandes: Neruda, Guillén, Vallejo. Por lo demás, aparte de Cuba, creo que la poesía ha ido perdiendo público en todo el mundo.

Una obra suya, entre otras, alcanza renombre, la novela *Entre Marx y una mujer desnuda*, Premio Xavier Villaurrutia, publicada en 1976 y llevada exitosamente al cine veinte años después. A esta se sumarían *Ciudad sin ángel* (1995) y *Los amores fugaces* (1997).

En su juventud, Adoum fue secretario privado de Pablo Neruda; a partir de tales vivencias publicó en el 2003 el libro *De cerca y de memoria*. Trabajó como redactor cultural del *Diario del Ecuador*, colaboró en numerosas revistas de América Latina y ejerció de profesor de literatura. Entre 1961 y 1963 fue Director Nacional de Cultura. El régimen militar de su país lo forzó a emigrar; en París trabajó en el sector editorial y como traductor para la UNESCO. Regresó en 1987 a Ecuador, donde en adelante se le honró.

Evgueni Evtushenko –poeta en dos tiempos

Evgueni Evtushenko es uno de los poetas rusos contemporáneos más reconocidos. Y pasó por La Habana en junio de 1961. Era entonces poco menos que un ídolo para sus compatriotas y estaba precedido de un justo renombre. Además de lo que su visita representaba en cuanto a solidaridad y al mejor conocimiento de la obra de los escritores del lado de allá de los Urales —porque en el caso de Evtushenko se trata de un poeta siberiano.

El intelectual comentaba para la prensa: «Desde los primeros años sentí la necesidad poética de viajar, de andar, de verlo todo». Por aquellas fechas se aproximaba la celebración del Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas de Cuba y el poeta ruso no pretendía quedar al margen de los acontecimientos culturales de aquel caliente verano. Declaraba que «deseo que todos marchen en armonía, cada uno con su criterio, pero ninguno en perjuicio del hombre y de la construcción socialista del pueblo de Cuba».

Aunque la literatura rusa del siglo XIX era conocida en Cuba, no sucedía tanto con la literatura contemporánea. La presencia de Evtushenko, un poeta muy popular entre los suyos, que retomaba los valores comunicativos de la poética de Vladimir Mayakovski y los épicos de Simonov en el período de la Gran Guerra Patria, abría las puertas a una muestra reveladora de lirismo, fuerza y en consonancia con las aspiraciones de la juventud del multinacional estado ruso de los decenios del 50 y del 60 del siglo XX.

En Cuba dejó una muestra abundante de su obra, en la cual hallamos versos dedicados a José Antonio Echeverría, a la victoria de Playa Girón, a Fidel Castro, a las madres cubanas. Existe un poema titulado «Manolo sueña con las estrellas», del cual

entresacamos el fragmento que avizora la posibilidad de que Cuba tuviera un cosmonauta:

*Su pecho se dilata con el aire
y siente que recoge esa lejana luz
y la música estalla en las calles oscuras
como si fuera solamente suya.*

*La música, como amiga, le besa
y sus manos se posan sobre sus frágiles hombros
y el futuro Gagarin habanero
en la noche camina con su cajón de limpiabotas.*

Evtushenko escribió el guión de la película *Soy Cuba*, coproducción cubano-soviética de 1961. A partir de su poema titulado *Baby Yar*, dedicado a los judíos asesinados por los nazis cerca de Kiev durante la Segunda Guerra Mundial, compuso Shostakovich su *Decimotercera Sinfonía*.

El poeta regresó en el 2006 para el Festival Internacional de Poesía de La Habana, donde presentó su filme *Kindergarten*, de 1982, y por tercera ocasión lo hizo en febrero de 2010, en ocasión de la 19na Feria Internacional del Libro de La Habana, dedicada a la literatura rusa. El día 13 de febrero se presentó su libro *Manzanas robadas* y su presencia y palabra constituyeron para los lectores jóvenes una novedad, no así para aquellos que aún recordaban al poeta siberiano de antaño y podían constatar en el Evtushenko de nuestros días la vigencia de una voz destinada a perdurar en la memoria de la literatura eslava, con alrededor de diez millones de ejemplares de sus textos publicados en su país y traducido a más de 70 lenguas.

Jean Paul Sastre: una visita en circunstancias memorables

Exactamente el 22 de febrero de 1960, arribó el escritor y filósofo francés Jean Paul Sartre, acompañado de la también escritora Simone de Beauvoir. Estaba en el apogeo de su gloria y aunque no había ganado aún el Premio Nobel de Literatura, que se le otorgó y rechazó en 1964, sí era citado como uno de los intelectuales de más serio quehacer en Europa Occidental.

Permaneció en Cuba alrededor de un mes, días durante los cuales vivió un programa intenso de visitas y conferencias. Dio una charla en el Hotel Nacional, recorrió las oficinas de las nuevas instituciones creadas por el Gobierno Revolucionario, accedió a un conversatorio en la Universidad de La Habana, asistió a la representación de su obra *La ramera respetuosa* y dialogó con los estudiantes y trabajadores en un ambiente de recíprocas simpatías.

En Cuba lo sacudió la pavorosa explosión del vapor *La Coubre*, cargado de armas, en la rada capitalina, el 4 de marzo. Los periodistas le solicitaron una opinión y a ellos declaró: «Tomando las cosas en la forma que las he visto en la prensa y en el periódico *Revolución*, considero que es un atentado, y un atentado criminal».

Sartre, quien ya había estado con anterioridad en Cuba, se mostraba sorprendido de los cambios. «La ciudad fácil de 1949 cuando la visité por primera vez me ha desorientado», comentaba a un reportero.

El escritor recorrió las zonas agrícolas y montañosas del país, en este caso acompañado por líderes de la Revolución. Fue a partir de aquella experiencia que preparó una serie de trabajos periodísticos para el diario *L'Express*, en los cuales informaba a los franceses acerca de cuanto había visto, escuchado y vivido dentro de un país en revolución.

Sin embargo, Sartre hizo algo más que lo prometido: escribió un libro leído por millones de sus compatriotas y que llevó por título *Huracán sobre el azúcar*. En sus páginas, entre muchas anécdotas y comentarios, relató su encuentro a media noche con el comandante Ernesto Che Guevara, entonces director del Banco Nacional, en la sede misma de la institución.

Sartre tiene una obra muy variada. Escribió cuentos y novelas, así como piezas teatrales. Su literatura es representativa de los intereses y preocupaciones del período de la postguerra, un conflicto del cual él participó por su vinculación con el movimiento de resistencia antifascista. Antes había sido maestro y en adelante se dedicará a escribir, abandonando la enseñanza.

Entre sus obras se recuerdan por el éxito alcanzado las tituladas *La náusea*, *Las moscas*, *A puerta cerrada*, *Muertos sin sepultura* y una ya citada, *La ramera respetuosa*.

Murió a los 75 años, el 15 de abril de 1980, en París, una ciudad que lo tuvo entre sus hijos más distinguidos y lo acompañó masivamente en sus funerales. Escritor, filósofo inconforme, humanista sin fronteras, se le admiró no solo por su talento, también por la manera que halló para expresar sus opiniones sin cortapisas y a despecho de las consecuencias.

Manuel Galich en Casa de las Américas

Honda es la huella del intelectual guatemalteco Manuel Galich en Cuba, donde vivió por muchos años y tuvo su segunda patria. Llegó a Cuba cuando tenía 49 años, en 1962, y contaba con una bella historia como escritor y figura política de su país. Previamente había ganado el Premio Casa de las Américas correspondiente a 1961 con la obra *El pescado indigesto*, y era celebrado por sus piezas teatrales, al punto de considerársele, según criterio autorizado, padre del teatro guatemalteco.

Llegó el autor centroamericano procedente de Argentina, donde se hallaba al producirse el golpe militar —gestado en contubernio con la Agencia Central de Inteligencia norteamericana— que derribó al gobierno del presidente Jacobo Arbenz (1951-1954), durante el cual se desempeñara como ministro de Relaciones Exteriores, aunque su presencia en la política se remontara algo más atrás, al gobierno del presidente Juan José Arévalo (1945-1951), en que también cumplió relevantes cargos políticos de servicio a la ciudadanía.

Con anterioridad, Galich fue uno de los jóvenes que desde el sector universitario combatió el régimen dictatorial del presidente Jorge Ubico (1931-1944), en Guatemala, período acerca del cual escribió el libro *Del pánico al ataque*, testimonio de las luchas en esta época.

Nacido en 1913, mientras ejercía la cátedra de segunda enseñanza Galich se inició en la redacción de breves comedias de un acto que lo estimularon a emprender obras mayores, de tres actos, estas con una intención de crítica social, pues fue siempre una preocupación suya que el arte resultara expresión de ideología y, en el caso de él, de su inconformidad política. De esta forma, Galich confirió a su creación dramaturgica un

rol de denuncia de la opresión y defensa de los intereses nacionales, en particular durante el período de auge de los regímenes militares y de lucha antifascista.

No solo se dio a conocer como autor teatral —para niños, jóvenes y adultos— sino que cuidó de estimular el desarrollo de este género entre los suyos. Su obra incluye títulos como *La mugre*, *Miel amarga*, *El tren amarillo*, *De lo vivo a lo pintado*, *El canceller cadejo*, *Ropa de teatro*, *Entre cuatro paredes*, *Teatrinos* y varias más que lo destacan como autor prolífico.

En Cuba, a partir de 1962, se insertó como profesor y fundador de los estudios latinoamericanos en la Facultad de Historia de la Universidad de La Habana, al tiempo que contribuía, con su sostenido magisterio, al fortalecimiento de los nexos entre los pueblos cubano y guatemalteco.

Profundizó en el estudio de las culturas precolombinas, así como en aquellas que sucedieron a estas. Los cursos impartidos por el profesor Galich son recordados como una experiencia inolvidable por cuantos se honraron en ser alumnos de él.

Ensayista e historiador además de autor teatral, también muy vinculado a la ya cincuentenaria institución Casa de las Américas, allí su presencia queda no solo en el nombre suyo conferido a una de las salas, sino en su labor como especialista y vicepresidente de Casa de las Américas.

Figura relevante del teatro latinoamericano para niños y adolescentes, Manuel Galich, cuyas obras se han representado en salas de América y Europa, murió en La Habana en 1984. Durante la visita del presidente guatemalteco Álvaro Colom a Cuba, en febrero de 2009, se aprovechó la ocasión para fundar la cátedra honorífica Manuel Galich, incorporada a partir de ese momento a la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Julio Cortázar recorre las calles

Entre los escritores latinoamericanos más leídos aparece Julio Cortázar. La crítica lo acoge como uno de los más trascendentes del siglo XX. Y algunos lo sitúan en el catálogo de los grandes innovadores en el lenguaje literario, junto a *monstruos* como Jorge Luis Borges y demás.

Pero tales consideraciones pertenecen más al terreno de la crítica especializada que al que aquí nos convoca: su recuerdo en La Habana y su condición de amigo de varios autores cubanos.

De estatura muy elevada, rostro que permaneció siempre joven, barba oscura o rasurado, Julio Cortázar jamás pasó inadvertido entre los cubanos. Era un escritor digamos que casi de culto, cuando arribó como jurado del género del novela del Premio Casa de las Américas de 1963. No era aquella su primera visita, sino su segunda, y acerca de ella escribió en 1967 Roberto Fernández Retamar este comentario:

Ha declarado que no asiste a congresos ni forma parte de jurados, con una sola excepción: los de la Casa de las Américas, de Cuba: *su Casa*. La otra vez que estuvo en Cuba ya fascinó y fue fascinado. Se llevó consigo la crónica *Alegría de Pío* del otro gran argentino vivo –Che Guevara–, e incitado por ella escribió su admirable cuento “Reunión”, donde evoca el desembarco, a finales de 1956, de Fidel Castro y sus hombres, venidos en el yate *Granma*.

Cortázar estableció nexos, ya de por vida con Casa de las Américas, disfrutó la animación de las noches habaneras e hizo varios amigos en Cuba, mas no solo se detuvo en la capital, anduvo por el interior de la Isla. Por cierto, en ese mismo año de 1963 apareció su gran éxito editorial, la novela *Rayuela*, que lo convirtió en un clásico de la literatura argentina y latinoamericana.

La relación de libros de Cortázar es extensa. Pero nos detendremos en algunos de sus títulos más conocidos, entre ellos la colección de cuentos *Bestiario*, de 1951; *Historias de cronopios y de famas* (1962) y la novela *Libro de Manuel*, que alcanzó el Premio Medici de 1973, cuyos derechos autorales donó para ayudar a los presos políticos en Argentina, aunque su relación de títulos incluye además, *El perseguidor y otros cuentos*, de 1977; *Queremos tanto a Glenda*, de 1980, *Deshoras*, de 1982 y muchos libros más, entre los que se cuentan poesía y teatro. Ello, sin olvidar el trabajo que desempeñó como traductor literario de figuras del relieve de Gilbert Keith Chesterton, André Gide y John Keats, y los textos que escribió para historietas y letras de tangos.

He aquí una minihistoria de sus *cronopios*, seres por él inventados, que lleva por título “Historia”: *Un cronopio pequeñito buscaba la llave de la puerta de calle en la mesa de luz, la mesa de luz en el dormitorio, el dormitorio en la casa, la casa en la calle. Aquí se detenía el cronopio, pues para salir a la calle precisaba la llave de la puerta.*

Las estancias habaneras de Julio Cortázar fueron varias. En 1967 conoció en esta ciudad a Ugné Karvelis, de nacionalidad lituana, con quien vivió diez años en París.

En 1976 se hallaba nuevamente en La Habana y «he aprovechado bien las tres semanas que llevo en el país. Y después de una ausencia de casi cinco años las diferencias que he podido encontrar son muy grandes y profundamente positivas para mí».

Amigo y simpatizante entrañable de los cubanos, dijo: «Estoy muy satisfecho de mis conversaciones con los intelectuales y artistas cubanos. Me da la impresión de gente que está viviendo muy intensamente la experiencia revolucionaria. Que no solamente no se quedan al margen sino que en la medida de sus fuerzas participan lo más posible».

En Cuba se celebra anualmente en su honor el Premio Iberoamericano de Cuento que lleva su nombre.

Blas de Otero, el lírico bilbaíno

*Esa tierra con luz es cielo mío.
Alba de Dios, estremecidamente
subirá por mi sangre. Y un relente
de llama, me dará tu escalofrío.
Puente de dos columnas, y yo río.
Tú, río derrumbado, y yo su puente
abrazando, cercando su corriente
de luz, de amor, de sangre en desvarío.
Ahora, brisa en la brisa. Seda suave.
Ahora, puerta plegada, frágil llave.
Muro de luz. Leve, sellado, ileso.
Luego, fronda de Dios y sima mía.
Ahora. Luego. Por tanto. Sí, por eso
deseada y sin sombra todavía.*

(«Cuerpo tuyo»)

Blas de Otero es uno de los poetas españoles del siglo XX que alcanzó mayor renombre dentro de la poesía social de la Península a partir de los años cincuenta. Su vida, en lo personal, y su obra, en lo literario, se imbrican en una poesía rica en lirismo y profunda en contenido. Leerlo da la medida de un autor técnicamente impecable, inspirado en temas de carácter universal.

Nacido en Bilbao el 15 de marzo de 1916, de cuna acomodada, con la ruina familiar mudaron para Madrid, donde las muertes sucesivas del hermano mayor y del padre marcaron la existencia del futuro autor hacia la soledad y los pensamientos sobre la

muerte. Inició estudios de Derecho, los abandonó y regresó a Bilbao junto a su familia, con una situación económica depauperada.

Se vinculó a los cenáculos artísticos, halló apoyo en la religión, participó de la creación de grupos de jóvenes poetas y finalmente se doctoró en Derecho en la Universidad de Zaragoza. La literatura ocupó sus intereses, junto a la enseñanza del Derecho. Sufrió crisis depresivas y la poesía resultó en adelante el mejor tónico para su espíritu.

Publica (en España, París, México, Buenos Aires) numerosos libros: *Cuatro poemas*, en 1941; *Cántico espiritual*, 1942, *Ángel fieramente humano*, 1950; *Pido la paz y la palabra*, 1955; *En castellano*, 1960...

También su vida cambió. Se autoexilió en París, se acercó a la izquierda (llegó a pertenecer al Partido Comunista), viajó (incluida China y la Unión Soviética). En su país los libros sufrieron censura, siempre chocantes para el franquismo.

Así, en 1964 llegó a Cuba como jurado del Premio Casa de las Américas y en la Isla se estableció por más de un año. En ese intervalo preparó y publicó el libro *Que trata de España* (1964), colaboró en las publicaciones cubanas (*La Gaceta de Cuba*, *Casa de las Américas*, *España Republicana*, *Unión...*) y ofreció recitales de su poesía en la Sociedad de Amistad Cubano Española (SACE), la Biblioteca Nacional José Martí, la Casa de las Américas y otras instituciones, al tiempo que se vinculaba a la vida intelectual de la nación, departía con los sus colegas intelectuales y redactaba las palabras iniciales del texto *España canta a Cuba*, editado por la SACE. En La Habana se casó con una cubana. Se conoce que regresó a Cuba en 1967 y en febrero ofreció una lectura de sus versos.

Se divorció y al regresar a España reencontró su viejo amor con Sabina de la Cruz. Murió en Majadahonda, Madrid, el 29 de junio de 1979, a los 63 años. Se le considera uno de los más relevantes poetas españoles de la posguerra.

Ítalo Calvino y las dos patrias del vizconde

Curiosamente, Ítalo Calvino, escritor italiano de trascendencia internacional, nació en Santiago de las Vegas, Cuba, el 15 de octubre de 1923.

El suceso tuvo lugar en la Estación Agronómica de ese municipio de la provincia de La Habana. Su padre era el director de la Estación y su madre trabajaba allí también, como botánica. Pero la familia, italiana, regresó a su país en 1925 y el que más tarde sería famoso escritor no regresó a Cuba hasta el 25 de enero de 1964, o sea, casi 40 años después.

De educación laica e hijo de padres que se proclamaban librepensadores, Calvino participó en el movimiento de resistencia antifascista italiano desde las Brigadas Partisanas Garibaldi, etapa de la cual extrajo experiencias vitales que nutrieron su formación. Al año de finalizada la guerra en Europa apareció la primera de sus novelas: *El sendero de los nidos de araña*, a la cual sucedió una recopilación de cuentos bajo el título *Último viene el cuervo*, de 1949.

En 1952 publicó un libro que fijó en él las miradas de Europa: *Las dos mitades del vizconde*, traducido a varias lenguas y cinco años después se anotó otro éxito con *El barón rampante*, por lo que siendo joven se convirtió en uno de los autores más conocidos del Viejo Continente.

La frustración, el aislamiento, la deshumanización, la decepción y la crítica, unas veces mediante el tratamiento de la alegoría y la fantasía, otras a través del humor, identificaron el estilo narrativo de Ítalo Calvino.

En lo que pudiera denominarse su «viaje a la semilla», llegó a La Habana invitado a participar en el jurado del Premio Casa de las Américas, oportunidad que aprovechó para dictar la conferencia titulada «El hecho histórico y la imaginación en la novela», en

la cual afirmó que «la literatura es útil en la medida en que dice aquello que el sociólogo, el político, el historiador, el filósofo, el científico no han dicho todavía, aquello que mañana el sociólogo, el político, el historiador, el filósofo y el científico podrán reconocer como útil y justo».

Pese al trabajo que esperaba a los jurados, Calvino encontró espacio para moverse a sus anchas por la ciudad y acopiar vivencias como esta:

En estos primeros días he paseado por las calles de La Habana y los barrios populares, tan animados y semejantes a algunos barrios de Italia. Una de las primeras y más reales imágenes que llevo de La Habana fue una noche en el Parque Central: el lugar estaba lleno de gentes que escuchaban un conjunto de aficionados; era una imagen que me recordó mucho la atmósfera italiana de los primeros meses que siguieron a la liberación, cuando el pueblo volvía a conocer la alegría de vivir.

En La Habana contrajo matrimonio y probablemente fue aquella su única visita, pues los escritores famosos son gentes bastante ocupadas. Su novelística, su narrativa en general, transitó por diversos momentos y tendencias de creación que señalan períodos en su producción literaria, algo que atrajo la atención de los críticos y de sus lectores, no solo italianos, por cuanto es un autor traducido a varios idiomas.

Calvino murió a los 62 años, en 1985. En las bibliotecas se encuentran sus libros y es esa una manera de conocerlo, de tenerlo de vuelta y apreciarlo en la faceta de escritor, la que lo hace permanecer en la memoria.

Eduardo Galeano —una vez más con *las venas abiertas*

Eduardo Galeano (Montevideo, 1940), el autor y la persona, son queridos en Cuba desde décadas atrás, cuando el escritor uruguayo comenzó a ser visitante frecuente de la Isla y de Casa de las Américas, institución acerca de la cual ha escrito: «La Casa de las Américas merece el premio Nobel de Física: ha demostrado que en una sola casa podemos vivir millones de personas, lo que constituye un gran acontecimiento científico. Y todos juntos, allí metidos, nos sentimos de lo más bien, lo que ya pasa a la categoría de milagro».

Otros motivos existen para que se le tenga por un vecino más: su muy leída obra, publicada por las editoriales nacionales (incluidas presentaciones y firma de ejemplares), y sus declaraciones de solidaridad con Cuba y su gobierno: «Cuba sigue siendo un país ejemplar en su capacidad de solidaridad y en su dignidad nacional». Aun cuando puntualiza que «no aplaude todo lo que hace Cuba, pues el amigo de verdad es el que crítica de frente y elogia por la espalda».

Ensayista, narrador, periodista, Galeano se mueve por los géneros y temas más diversos, desde la política, la defensa de los derechos de la mujer, el fútbol, la historia, hasta la ficción. Si bien lo que más caracteriza su escritura es el análisis, la profundización y coherencia de su palabra. Ha dicho: «Soy un escritor que quisiera contribuir al rescate de la memoria secuestrada de toda América, pero sobre todo de América Latina, tierra despreciada y entrañable».

En el periodismo se inició en la década del 60, como editor del semanario *Marcha*, en el cual colaboraron autores que con los años alcanzarían celebridad: Mario Vargas Llosa y Mario Benedetti, por citar dos. También editó el diario *Época*.

A partir del golpe militar en junio de 1973 se le encarceló y forzó a salir de Uruguay, en tanto *Las venas abiertas de América Latina*, libro suyo publicado en 1971 engrosaba el listado de la literatura censurada, no solo en Uruguay, también en Chile y en Argentina. Establecido en España, escribió *Memoria del fuego*, recorrido por la historia de América Latina. A *Memoria...* le han sucedido *Aventuras de los jóvenes dioses* (1984), *Ventana sobre Sandino* (1985), *Contraseña* (1985), *El descubrimiento de América que todavía no fue y otros escritos* (1986), *El tigre azul y otros artículos* (1988), *El libro de los abrazos* (1989), *Palabras: antología personal* (1990), *Úselo y tírelo* (1994), *El fútbol a sol y sombra* (1995), *Patatas arriba, la escuela del mundo al revés* (2008) y unos cuantos más.

Galeano regresó a Uruguay en 1985 y allí, junto a otros colegas, fundó el semanario *Brecha*.

En diciembre de 2001 la Universidad de La Habana le confirió el título de Doctor Honoris Causa en Letras.

Por estar «siempre y de forma inquebrantable del lado de los condenados» se le entregó en 2010 el premio Stig Dagerman en Suecia, con el cual se reconoce la trascendencia de su obra como expresión de la libertad de la palabra.

Una frase suya: «Es escandaloso que la paz del mundo esté en manos de los fabricantes de armas», sintetiza su credo.

Vargas Llosa y el Nobel: una sorpresa muy agradable

El Premio Nobel de Literatura de 2010 se confirió al escritor peruano (tiene además la ciudadanía española) Mario Vargas Llosa, uno de los intelectuales de más intenso y celebrado quehacer literario en el mundo, traducido al francés, italiano, portugués, catalán, inglés, alemán, holandés, polaco, rumano, húngaro, búlgaro, checo, ruso, lituano, estonio, eslovaco, ucraniano, esloveno, croata, sueco, noruego, danés, finés, islandés, griego, hebreo, turco, árabe, japonés, chino, coreano, malayo, cingalés, serbio, letón, bosnio, georgiano, indonesio, macedonio, hindi, vietnamita, gallego y algunas lenguas más, lo cual da fe de su universalidad. Aunque él manifestó «estar sorprendido» por el premio, en modo alguno la noticia resultó «una sorpresa» en el ámbito literario.

Vargas Llosa ha sido un autor con participación en la política de su país: en 1990 se presentó de candidato a la presidencia, una vez derrotado regresó a la actividad literaria en España y en 1993 adoptó la ciudadanía española. A quienes le criticaron esta decisión replicó: «Jamás he renunciado a mi nacionalidad peruana, la he enriquecido añadiéndole la española».

Visitó La Habana en 1962, como enviado especial de la radio y la televisión francesa durante la Crisis de Octubre o Crisis de los Misiles. Era entonces simpatizante de la Revolución Cubana. A inicios de 1965 estuvo nuevamente en la Isla, como jurado del Concurso Premio Casa de las Américas, se integró además al Consejo de Redacción de la revista *Casa de las Américas*, en cuyas páginas aparecieron textos suyos. El denominado «caso Heberto Padilla», autor del libro *Fuera de juego*, lo distanció definitivamente de Cuba y de sus instituciones. En este intervalo publicó su novela *La*

ciudad y los perros (1963), llevada al cine y una de sus más conocidas. La producción literaria de Vargas Llosa se dispararía en adelante.

Aunque se le conoce como narrador (novelista y cuentista) ha cultivado el ensayo y la producción para el teatro. El periodismo es otro de los oficios en que ha marcado su impronta, como articulista para el diario *El País*, de Madrid, y revistas culturales de España y América Latina. Es miembro de la Academia Peruana de la Lengua y de la Real Academia Española, así como presidente del Pen Club Internacional. Ha dictado cursos en universidades de América (incluido Estados Unidos) y Europa, y en otras muchas ocasiones ha oficiado como jurado. Su vida literaria ha estado marcada por el éxito tanto dentro como fuera de su país, pues en el exterior ha escrito buena parte de ella. Se le reconoce representante por excelencia del *boom* latinoamericano en la literatura, el cual ayudó a definir y se identificó con una nueva generación de escritores.

Mario Vargas Llosa nació el 28 de marzo de 1936 en Arequipa, Perú. Desempeñó trabajos diversos desde su juventud y emprendió estudios interrumpidos que solo culminaron cuando en 1959 se le concedió una beca en España, donde se doctoró en la Universidad Complutense de Madrid. Después se estableció en París. Su primera colección de cuentos llevó por título *Los jefes* (1959), antes había escrito el drama de teatro *La huida del Inca*. En 1964 regresó a Perú.

La bibliografía de Vargas Llosa es extensísima y llega a nuestros días con plena vitalidad.

Camilo José Cela, jurado del Premio Casa

El español Camilo José Cela, Premio Nobel de Literatura en 1989, arribó a La Habana en enero de 1965 como jurado del Concurso Casa de las Américas. Era entonces un autor maduro, de casi 50 años, y de él se expresaba en un diario cubano que «representaba el más alto nivel de la literatura moderna en España».

Cela dio una conferencia el día 4 de febrero, el tema de esta versó sobre «La obra literaria del pintor Solana», faceta poco conocida de este artista y en declaraciones para el periódico *Revolución*, también con fecha del día 4, expresaba así: «Si hay algo determinante en mi obra es la sinceridad. La literatura no tiene otro sentido que despertar en las conciencias verdades inmanentes: la justicia, el amor, la paz, pongo por ejemplos».

De la literatura cubana dijo: «Conozco a Alejo Carpentier, un escritor extraordinario (...) y también la excelente poesía de Nicolás Guillén».

Residente entonces en Palma de Mallorca, Cela dirigía la revista *Papeles de Son Armadans* y era miembro de la Real Academia de la Lengua Española. Se alojó en el hotel Riviera y entre quienes se acercaron para saludarlo estuvo el escritor Francisco Martínez Mota, viejo amigo suyo de la infancia, por largo tiempo establecido en Cuba.

Durante los días de lectura de las obras en concurso, desde finales del mes de enero hasta inicios del de febrero, Cela participó del homenaje dado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba a los jurados y aprovechó para esbozar algunos aspectos de su vida literaria:

«Empecé a escribir —dijo— desde que me enseñaron a calzar las letras unas con otras, pero publiqué por primera vez a los 18 años».

Nacido en La Coruña en 1916, y con una obra abarcadora de diversos géneros —novela, cuento, poesía— alcanzó su primer éxito editorial en 1943 con la novela *La familia de Pascual Duarte*, la cual la crítica consideró de vigorosa expresión de realismo existencial.

Su producción narrativa incluye *La colmena*, obra que estimuló la corriente del realismo social español; *Mrs Caldwell habla con su hijo*, novela psicológica desconcertante y *La catira*, que se desarrolla en torno a la naturaleza venezolana y recrea el español que se habla en América. Cela es uno de esos narradores cuya obra se ha incorporado al séptimo arte y disfrutamos también a través de la pantalla.

Otros libros de Cela llevan por título *Tobogán de hambrientos*, *Oficio de tinieblas*, *Mazurca para dos muertes...* y además, *Diccionario secreto*, el cual aborda temas polémicos sobre el idioma, reveladores de la erudición de su autor.

De orientación política derechista, trabajó a favor de los nacionalistas durante la Guerra Civil española y después, lo cual le criticaban sus colegas del ala izquierda. Pero como hombre de humor implacable dedicó algunos de sus libros «a mis enemigos que tanto me han ayudado en mi carrera».

Entre los mayores reconocimientos recibidos, figuran el Premio Nobel de Literatura en 1989, y el Premio Cervantes en 1995. No es poco.

Murió a los 85 años, el 17 de enero de 2002.

Mario Benedetti: *Cuba ha sido siempre una palabra muy importante para mí*

Mi táctica es

mirarte / aprender como sos

quererte como sos

mi táctica es

hablarte

y escucharte

construir con palabras

un puente indestructible

mi táctica es

quedarme en tu recuerdo

no sé cómo ni sé

con qué pretexto

pero quedarme en vos

mi táctica

es

ser franco

y saber que sos franca

y que no nos vendamos

simulacros

para que entre los dos

no haya telón

ni abismos

Mi estrategia es

en cambio
más profunda y más
simple
mi estrategia es
que un día cualquiera
no sé cómo ni sé
con qué pretexto
por fin me necesites.

(“Táctica y estrategia”)

Pocos, poquísimos poetas, han disfrutado tanto de la preferencia de los lectores cubanos como Mario Benedetti: «...Que un viejo como yo pueda comunicarse con los jóvenes me parece lindo. La musicalización de algunos poemas pudo haber influido porque de esa manera llegan siempre a más gente. Y a veces quienes entraron a mi obra por la zona de la canción terminan invadiendo la de la poesía».

Su presencia en Cuba, una y otra vez, como jurado del premio Casa de las Américas, participante del Encuentro con Rubén Darío, en La Habana de 1967, del Congreso Cultural de La Habana..., instalado en Cuba a raíz de su partida al exilio en 1976..., condecorado por el Consejo de Estado de Cuba con la Orden Félix Varela y con la Medalla Haydée Santamaría, Doctor Honoris Causa en Ciencias Filológicas de la Universidad de La Habana, Premio Iberoamericano José Martí..., marcan un capítulo extenso en la vida de un autor para quien la vida y la literatura, el amor y la lucha, el compromiso social y el político marcharon a la par:

«Cuba ha sido siempre una palabra muy importante para mí. Incluso antes de viajar a este país, la Revolución Cubana fue para muchos uruguayos una alerta, nos sacudió

porque vimos la posibilidad de enfrentar de alguna manera esa presión que es política, económica, militar, cultural... de los Estados Unidos.

»Trabajar en la Casa de las Américas, durante los años de exilio fue un privilegio para mí porque es un organismo muy eficaz, donde los problemas se solucionan en equipo. Integré el Consejo de Dirección conformado por cubanos excepto Manuel Galich, el guatemalteco, y aprendí desde adentro cómo funciona un organismo cultural en Cuba».

Uruguayo, poeta, narrador, ensayista, dramaturgo, periodista... ¡también actor! (aparece en la película *El lado oscuro del corazón*, de 1992, recitando sus poemas), traducido a más de veinte lenguas:

Corrijo mucho, reflexiono. No me gusta publicar enseguida que termino el libro. Es una prueba también leerlo en público y observar las reacciones del público. Los poemas deben estar dormidos por lo menos seis meses. Entonces los analizo casi como ajenos, veo con claridad sus virtudes y defectos, establezco una distancia beneficiosa porque la proximidad en esos casos es perjudicial.

Su credo:

Confío en que los hombres y mujeres del futuro aprendan a salvarse y lo digo porque uno sabe que como individuo, como persona se va a morir, es ley de la vida. Pero nunca queremos que aquello que dejamos atrás desaparezca, sería horroroso. Siempre haré lo posible –sé que no puedo sobrevivir– para que la humanidad sobreviva, y para que la gente viva mejor de lo que vive.

(Citas tomadas de entrevista hecha por Magda Resik, publicada en *Juventud Rebelde* del 21 de diciembre de 1997)

Roque Dalton, la poesía, la vida

Quien se adentra en la vida del escritor y revolucionario salvadoreño Roque Dalton cree estar leyendo una novela de ficción, rica en peripecias de extraordinario riesgo; quien lee su obra poética, o su narrativa, está seguro de hallarse ante un escritor cuyos valores ya reconocidos hoy día, lo serán aún más en el futuro.

Roque Dalton vivió en Cuba una larga temporada de los años 60 del pasado siglo XX. No se limitó a ser testigo de los avatares sociales, participó de ellos, soñó junto al reto de los cubanos y a ellos se integró. Vivió y escribió en Cuba y sobre Cuba. Hizo muchos amigos que lo recuerdan, rio entre ellos y ellos rieron con su humor implacable y fecundo. No fue para él un dilema la convivencia de sus dos grandes pasiones: la literatura y la práctica de la revolución. Ellas dos, muy imbricadas a su manera apasionada de amar.

Personalidad singular y conversador inteligente, contó en una ocasión al periodista entrevistador Mario Benedetti:

La experiencia cubana ha sido para mí decisiva en muchos aspectos. Creo que ha sido la experiencia más importante de mi vida. Al principio, porque fue la primera ocasión que tuve de vivir la construcción del socialismo. En las temporadas inolvidables de 1962 y 1963, tuve el privilegio de compartir con el pueblo cubano el dramatismo y la grandeza de aquel momento, y aprendí alborozado que nuestros pueblos pequeños pueden ser capaces de un destino mundial extraordinario.

Y más adelante agregaría:

Como poeta, fue en Cuba donde adquirí conciencia de lo que significa escribir en serio, de ser (para emplear una palabra ya vieja) un escritor profesional, alguien que escoge la literatura como oficio. No sé si ello aconteció porque era simplemente un

nivel de desarrollo o porque aquí se dieron las condiciones de libertad (material y espiritual) imprescindibles para poder expresar toda una gama de problemas que nunca hubiera podido encarar en mi país.

En Cuba su poemario titulado *Taberna y otros lugares* alcanzó el Premio Casa de las Américas correspondiente 1969 —para muchos su obra más importante.

Antes y después de este, publicó otros libros: *La ventana en el rostro* (1962), *El turno del ofendido* (1964), *Miguel Mármol* (1972), *Pobrecito poeta que era yo...* (1975), *Poemas clandestinos* (1975), *Historias prohibidas del Pulgarcito* (1975), *Un libro rojo para Lenin* (póstumo, 1986). Después de muerto se publicó su *Poesía completa*.

Nació en San Salvador, el 14 de mayo de 1935. Se educó en un colegio de jesuitas, e hizo estudios diversos. Viajó a la Unión Soviética en 1957. Por razones políticas fue encarcelado, juzgado, condenado (incluso a muerte), pero una y otra vez consiguió escapar. Llevó una vida intensa de revolucionario y combatiente, recorrió numerosos países y vivió, además de en Cuba, en México y en Checoslovaquia. Lo asesinaron el 10 de mayo de 1975 sus compañeros de la guerrilla del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), quienes erróneamente pensaron que trabajaba para sus enemigos.

Fragmento del poema «Acta»:

En nombre de quienes lo único que tienen

es hambre explotación enfermedades

sed de justicia y de agua

persecuciones condenas

soledad abandono opresión muerte.

Yo acuso a la propiedad privada

de privarnos de todo.

Carlos Pellicer en *Nuestra América*

Carlos Pellicer llegó a La Habana para el Encuentro con Rubén Darío, convocado por Casa de las Américas, que tuvo lugar entre los días 16 y 22 de enero de 1967, en el balneario de Varadero, provincia de Matanzas. Los invitados concurrían también como jurados del Premio Casa que pocos días después sesionaría en la capital.

El centenario del poeta nicaragüense reunió a intelectuales relevantes de América Latina. Por supuesto, nutrida fue también la presencia de intelectuales cubanos y de estudiosos y traductores europeos de la obra de Darío.

En cuanto a Pellicer, era posiblemente el de mayor edad, el de una obra más cuajada por el tiempo y la crítica. Nacido en 1897 (el día 16 de enero), tenía recién cumplidos los 70 años y lucía la cabeza rapada, tal cual lo retrató el caricaturista Juan David para la revista *Bohemia*. Su obra poética y su posición cívica ante la vida y la sociedad mexicana, le ganaban un respeto y prestigio enormes. Allí, el ilustre escritor expresó: «Darío fue y será siempre de América, de nuestra América, como le aprendimos decir a Martí».

Tanto él como los restantes invitados participaron intensamente en la vida cubana de entonces. Visitaron el astillero Victoria de Girón, en Cárdenas, y tributaron su esfuerzo durante una jornada de trabajo en áreas cañeras de central José Smith Comas, como parte del proceso productivo de la Zafra del Pueblo.

Memorable resultó el encuentro entre Félix Pita Rodríguez y Pellicer 30 años después de coincidir en el Congreso de Intelectuales Antifascistas, en el Madrid de 1937. La edición de la revista *Bohemia* del 17 de febrero de 1967 recoge lo que Pellicer declarara a Pita Rodríguez: «Creo en la sinceridad de los revolucionarios cubanos y deseo ardientemente que no haya dificultades nunca entre ellos. Que sigan unidos para bien de

Cuba y ejemplo de nuestra América. Sin pasión, sin heroísmo, no hay alegría suficiente para hacer el bien a un pueblo entero. Tú lo sabes bien: soy cristiano».

Con una larga carrera como maestro de escuela, alfabetizador, político (elegido senador en 1976 por el Partido Revolucionario Institucional –PRI), Carlos Pellicer ganó el Premio Nacional de Literatura y Lingüística que le confirió su país en 1964 y fue miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1952.

Se afirma que fue el primer poeta verdaderamente moderno de México, un autor que incorporó el modernismo al estilo de vanguardia, que se nutrió de la belleza de la palabra y dio muestras de una fina sensibilidad.

De sus «Sonetos nocturnos» es el que sigue:

Tiempo soy entre dos eternidades.

Antes de mí la eternidad y luego

de mí, la eternidad. El fuego;

sombra sola entre inmensas claridades.

Fuego del tiempo, ruidos, tempestades;

sí con todas mis fuerzas me congreso,

siento enormes los ojos, miro ciego

y oigo caer manzanas soledades.

Dios habita mi muerte, Dios me vive.

Cristo, que fue en el tiempo Dios, derive

gajos perfectos de mi ceiba innata.

Tiempo soy, tiempo último y primero,

el tiempo que no muere y que no mata,

templado de cenit y de lucero.

Murió en México a los 80 años, el 16 de febrero de 1977, y se le sepultó en la Rotonda de las Personas Ilustres de México, donde se encuentra su estatua.

Francisco Urondo, *Paco*

En el ambiente intelectual de América Latina las décadas del 60 y del 70 del siglo XX son reflejo de la situación política vivida en varios de los países del área sometidos a regímenes militares dictatoriales. Se desarrolla por entonces un movimiento guerrillero de izquierda que tiene su contraparte en la diversidad de grupos paramilitares que inundan la región. Existe una marcada polarización entre las fuerzas de izquierda y de derecha y el enfrentamiento armado entre ambas alcanza grados de suma violencia.

En Argentina, pueden citarse los nombres de varios intelectuales que, con una obra sólida y prestigiada, se incorporan de una u otra manera a la rebelión, sea sumándose a los movimientos guerrilleros, a la actividad política clandestina o desde el exilio impuesto y forzoso. Tres nombres resultan muy significativos: los de Rodolfo Walsh, Francisco Urondo y Haroldo Conti, los tres con un quehacer muy vinculado a Cuba, muertos en enfrentamientos con las fuerzas de gobierno y cada uno de ellos con perfiles heroicos.

Francisco Urondo fue *Paco* Urondo para sus amigos y compañeros de ideales. Escribió poesía, novela, cuentos, ensayos, testimonio, obras de teatro, guiones cinematográficos y televisivos, e hizo periodismo. Lo anterior, en su faceta intelectual. Fue además, guerrillero y militante político de la agrupación Montoneros.

A Cuba se llegó varias veces y sus nexos con la institución Casa de las Américas, los escritores cubanos y el ámbito sociocultural de la Isla se tejieron sobre la base de una recíproca simpatía y admiración.

En 1967 asiste al Encuentro con Rubén Darío, en La Habana, donde coincide con Roque Dalton, Mario Benedetti, Nicolás Guillén, Fernández Retamar y varios más; conversa

con Haydée Santamaría, presidenta de Casa de las Américas, quien le propone grabar un disco con sus poemas y participa del quehacer de la institución.

Está de vuelta en Argentina cuando lo estremece la noticia de la muerte en Bolivia, el 8 de octubre de 1967, del comandante guerrillero Ernesto Che Guevara; expresa: «Ya no se le pueden pedir órdenes a mi Comandante, ya no anda para seguir contestando, ya ha dado su respuesta. Habrá que recordarla, o adivinarla o inventar los pasos de nuestro destino».

Urondo regresa prontamente, en enero de 1968, en ocasión del Congreso Cultural de La Habana, que reúne intelectuales de diversos países y opiniones en torno al pensamiento progresista y su proyección internacional. Un año después concurre al Premio Casa de las Américas, en condición de jurado de teatro y participa del panel «La literatura argentina del siglo xx».

«La realidad que vivimos me parece tan dinámica que la prefiero a toda ficción» —son sus palabras— y con tal convicción abandonó la vida muelle por el riesgo personal y cotidiano.

Nacido en 1930, su libro de poesía *Historia antigua* se publicó en 1956. A este le sucedieron otros del mismo género, hasta que diez años después publicó *Todo eso y Al tacto*, ambos de cuentos. Su bibliografía incluye además la novela *Los pasos previos*, el ensayo *Veinte años de poesía argentina*, *La patria fusilada* (entrevistas), así como piezas para el teatro.

Murió en Mendoza, Argentina, el 17 de junio de 1976, a los 46 años, en un enfrentamiento con fuerzas del ejército y de la policía.

Aimé Césaire, el martiniqués universal

El más universal y célebre de los martiniqueses. Como tal debe considerarse al escritor e ideólogo Aimé Césaire, un pensador que se identificó con las inquietudes sociales, políticas y espirituales del rosario de pueblos del Caribe de ascendencia mayoritariamente negra.

Césaire tuvo una larga vida de casi 95 años. Vida, además, de servicio a la defensa de los valores de la cultura de raíces africanas. Nacido en Martinica el 26 de junio de 1913, cursó estudios en su tierra natal hasta que en 1931 embarcó hacia Francia, como becario del gobierno de esa nación para que completara estudios en el Liceo Louis-le-Grand, de París. La vida en Europa lo puso en contacto con otros jóvenes negros que como él, indagaban en las raíces culturales y pugnaban por una revalorización de la cultura de estos pueblos, al tiempo que luchaban contra el racismo colonial y trataban de conseguir el reconocimiento de una identidad propia.

Fundó junto a otros condiscípulos caribeños el periódico *El estudiante negro*, en 1934, donde por vez primera se introduce el término *negritud*, un concepto que sale al paso a las pretensiones coloniales de la metrópoli francesa que promueve una asimilación de las culturas originarias.

Es Césaire quien declara pertenecer a «raza la sufrida» o «raza de los oprimidos», con un enfoque humanista, reivindicador de la huella africana en los ámbitos social, cultural y político.

De 1939 data su *Cuaderno de un retorno al país natal* (*Cahier d'un retour au pays natal*), publicado en París, de gran influencia en otros autores e intelectuales de entonces acá. En 1943, el libro de poemas fue traducido al español por la etnóloga cubana Lydia Cabrera e ilustrado por el también cubano Wifredo Lam. Entre el pintor y

el poeta se enraizó una relación que enriqueció el pensamiento y la obra de uno y de otro, pues ambos desarrollaron su creación como un estímulo a la revitalización de la cultura de raíces negras.

La poesía, el teatro, la historia y el ensayo nutren el catálogo de Césaire: *Las armas milagrosas*, en 1946 (poesía); *Esclavitud y colonización* (1948), *Discurso sobre la negritud* (1950), *Discurso sobre el colonialismo* (1955), estos tres últimos en el género de ensayo, traducidos a varias lenguas, *La tragedia del rey Cristóbal* (teatro, 1963), *Toussaint Louverture, el libertador de Haití* (historia), entre otros muchos libros.

En 1966 la revista *Casa de las Américas* había publicado su *Discurso sobre el colonialismo*, en un número dedicado a «África en América», por lo que cuando el escritor arribó a Cuba en enero de 1968 para estar presente en el Congreso Cultural de La Habana que reunió intelectuales de muy diversas partes del mundo, al menos parte de su obra era ya conocida.

En Cuba declaró para la revista *Bohemia*: «El intelectual tiene una gran responsabilidad y es necesario que la asuma. Nunca he concebido una actividad intelectual que no sea comprometida. Una lucha insertada en la lucha de los pueblos por su libertad y su dignidad».

Césaire se afilió al Partido Comunista Francés (PCF) en 1945 y fue elegido alcalde de la ciudad de Fort-de-France, capital de Martinica. En 1956 abandonó el PCF y dos años después fundó el Partido Progresista Martiniqués. Como alcalde de Fort-de-France permaneció hasta 2001. Murió en abril de 2008 y es la figura de su país con mayor influencia internacional por su defensa de la negritud y de más larga y significativa presencia en la vida política nacional de Martinica.

León de Greiff, para leer dos veces

El poeta colombiano León de Greiff llegó a La Habana en enero de 1968. Había doblado la curva de las 7 décadas y tenía sólido renombre, hacía mucho, en el terreno de la literatura hispanoamericana. La Casa de las Américas y la UNEAC lo invitaban, una como jurado del concurso anual y la otra porque su presidente, Nicolás Guillén, era amigo personal de De Greiff. En esta última institución ofreció una lectura de poemas a la que asistió una concurrencia ávida del privilegio de escuchar aquellos versos de viva voz de su autor.

Es Don Nicolás quien escribe en la edición del diario *El Mundo* del 31 de enero de 1968:

La poesía de León de Greiff es extraordinariamente musical, pero al propio tiempo nada fácil, a causa, pienso yo, de su gran riqueza verbal (...) León de Greiff es un obsesido por la palabra inusitada, de consonante difícil, y gusta por ello de ir planteándose en el curso de la composición problemas de técnica por el placer de resolverlos, como un inagotable prestidigitador.

A manera de confirmación de lo anterior, echemos un vistazo a esta muestra de su poesía:

*Tu mente no abájese adunca
grabando en las cláusulas flébil
reproche; ello al rapsoda débil:
no al rapsoda másculo, nunca!
Retañe el rabel o la trompa,
loando la estética pompa.*

De Greiff presidió la Casa de Amistad Colombiano-Cubana para el estrechamiento de los vínculos entre ambas naciones.

Nació en Medellín y murió en Bogotá. Vivió 80 años (1895-1976) y fue, pese a sus apellidos (de origen noreuropeo) y su físico (también extratropical), un colombiano auténtico. Hoy, con razón, su patria lo distingue como a un gran poeta y hasta postulado al Premio Nobel de Literatura estuvo.

Desde joven se respiró en su poesía la intención renovadora, la búsqueda de un nuevo lenguaje, el trabajo minucioso del artesano de la palabra; fue un experimentador incansable con la forma. Y poeta polémico, al cual se le confirió en 1970 el Premio Nacional de Poesía. También recibió otras condecoraciones: la Cruz de Boyacá y la Orden de San Carlos.

Su primera obra apareció en 1925, cuando tenía 30 años, y la tituló *Mamotretos*, con ello anuncia el matiz de ironía y sarcasmo que caracterizará su producción. De *Mamotretos* publicó ocho libros, entre 1925 y 1973, cada uno con su título propio. Gústese o no de su poesía, ella es reveladora de una vasta cultura, de dominio del vocabulario, aun de sus giros verbales fuera de moda y de difícil comprensión, que complican la asimilación de los textos y pueden crear un cierto distanciamiento con el lector que solo se limita a pasar los ojos una vez sobre las palabras y los conceptos.

Para León de Greiff escribir significó una aventura a través de la cual expresó una filosofía, una cuerda de su ánimo, un placer. Leerlo es una experiencia que vale la pena intentar.

José María Arguedas, o la literatura en la sangre

El concurso literario que anualmente convoca la Casa de las Américas ha traído por La Habana, en calidad de jurados, a buena parte de los intelectuales latinoamericanos de mayor relieve. Ellos se han detenido en la Isla a leer las obras concursantes, pero también han podido tener un intercambio con la población, recorrer las instituciones culturales cubanas y apreciar por sí mismos el programa de desarrollo social característico de estos tiempos.

El narrador peruano José María Arguedas es uno de estos casos. Llegó como jurado del Premio Casa de las Américas, en enero de 1968. Para entonces era conocido de los lectores, pues dos años antes, en 1966, la editorial de Casa de las Américas le había publicado *Los ríos profundos*, una novela que data de 1959, entre las más importantes escritas en su país, Perú, y que cuenta la historia de un niño mestizo, criado entre indios y después educado en un colegio de provincias. La novela describe con intenso lirismo el panorama de pobreza e injusticia social en la antigua tierra de los incas.

Léase el párrafo inicial del primer capítulo, titulado «El viejo»:

Infundía respeto, a pesar de su anticuada y sucia apariencia. Las personas principales del Cuzco lo saludaban seriamente. Llevaba siempre un bastón con puño de oro; su sombrero, de angosta ala, le daba un poco de sombra sobre la frente. Era incómodo acompañarlo, porque se arrodillaba frente a todas las iglesias y se quitaba el sombrero en forma llamativa cuando saludaba a los frailes.

Sin embargo, tal vez la más divulgada de las obras de Arguedas lo sea *Yawar fiesta*, de 1941, también publicada entre nosotros, que narra las prácticas ceremoniales del pueblo indígena, su carácter y costumbres, pues el autor era un estudioso de la cultura y lengua quechua.

Este hombre nacido en 1913, de fecunda obra, era quien ahora visitaba La Habana. El profesor Salvador Bueno lo conoció entonces y ofrece este esbozo:

Lo vi desde el primer día serio, reconcentrado, siempre acompañado por su esposa. Entre jornada y jornada de trabajo, los jurados realizaban breves excursiones a lugares cercanos a la capital. Entre ellos iba Arguedas. Hablaba quedamente, sin ningún acento peculiar, con los escritores amigos. Hacía alguna referencia, inquiría, deseaba conocer aspectos destacados del trabajo cultural.

Así visitó la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, recorrió la Escuela Nacional de Arte de Cubanacán, habló de las letras peruanas en conferencia dictada en la Casa de las Américas. Sencillo y natural, en Arguedas tuvo el pueblo peruano a uno de sus grandes novelistas y cuentistas, a uno de quienes mejor conoció y describió el mundo interior del indio. En aquella ocasión narró acerca de su vida:

A mí no me permitían ir a la escuela. Me hacían levantar a las cinco de la mañana para traer leña, para hacer todos los trabajos que hace un indio. Pero como no era indio, como era hijo de un abogado —mi padre era Juez de Primera Instancia en un pueblo que estaba un poco lejos de la aldea— entonces la población indígena me tomó prácticamente bajo su protección. Viví íntimamente con esa gente, (...) me identifiqué enteramente con ellos.

De personalidad compleja, cierto retraimiento y dotado de sensibilidad extraordinaria para captar los matices más sutiles de la vida peruana, Arguedas pasó por La Habana casi dos años antes de poner fin a su vida, el 2 de diciembre de 1969.

Alba de Céspedes: de sus raíces heroicas

El hecho de haber sido nieta de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria para los cubanos e iniciador de las guerras independentistas, confiere a Alba de Céspedes y Bertini un especial interés, que se acrecienta por la calidad de la obra literaria de esta autora y sus visitas a Cuba.

Alba nació en Roma el 11 de marzo de 1911 y llegó a Cuba por vez primera a la edad de nueve años, algo acerca de lo cual contaría años después, que entonces Cuba era «una canción de gesta que mi padre me contaba, un país de leyenda y, sobre todo un secreto entre él y yo». El padre de Alba fue Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, embajador cubano en Roma, donde casara con la italiana Laura Bertini.

Una segunda y larga estancia en Cuba tuvo lugar en 1939, esta vez con su madre, para cuidar de ella, tras la muerte del padre. En 1948 lo hizo nuevamente, así como durante la década del 50, en varias ocasiones. Era ya una escritora famosa —aun cuando más de uno de sus libros se prohibiera en la Italia fascista— con una obra reconocida en Europa, en la que se cuentan varios libros escritos en italiano, algunos traducidos al idioma inglés.

De pluma y hacer antifascista que la llevó a prisión en la Italia de 1935 y de nuevo en 1943, propulsora del discurso femenino en sus textos, con preocupaciones sociales y políticas, en Alba de Céspedes pesaron siempre sus raíces, muy profundamente afianzadas en el anhelo libertador y justiciero de sus ancestros cubanos, algo que ella reconocía: «Cuba es mi patria, donde he vivido largo tiempo y donde he sufrido largos dolores».

Particularmente emocionante resultó para la escritora su visita a Cuba de 1968, en ocasión del centenario del alzamiento protagonizado por su abuelo en el ingenio La

Demajagua, el 10 de octubre de 1868. Entonces donó documentos familiares de valor histórico y recorrió los lugares de la región oriental en que sus ancestros rompieron lanzas contra el coloniaje español y derramaron su sangre por la libertad de Cuba.

Mas no fue esa su última visita, y de regreso estuvo en 1976 y 1977, época por la que ya escribía su novela inconclusa *Romanzo cubano*, en buena medida autobiográfica, que ella misma titulara en español *Con grande amor*, mediante la cual establece una línea continua entre los acontecimientos fundadores de 1868 y el proceso posterior culminado en la revolución de 1959: «Allí en la casa de la calle M y 23 mi habitación era como una torre que daba a una gran terraza, y las paredes estaban ligeramente cubiertas de armarios de madera verde. Yo pasaba largas horas leyendo».

Historia y vida las de esta escritora que se alimentan de la experiencia cubana y de la italiana. Trabajó el cuento, la novela, la poesía, también para la radio y la prensa, y justamente se la considera una escritora ítalo cubana.

Alba de Céspedes y Bertini murió el 14 de noviembre de 1997 en París a la edad de 86 años.

En el 2002 se realizaron en Cuba diversas actividades que contaron con la colaboración de instituciones culturales italianas, para recordar la huella de la escritora en la Isla, y de esta en su obra y su vida.

Ernesto Cardenal, el poeta de Solentiname

Cuando la Colección Casa de las Américas publicó en 1979 el volumen *Poesía*, del autor nicaragüense Ernesto Cardenal, Cintio Vitier, prologuista del libro, escribió: «Todo poeta real es un poeta realista. La poesía no tiene otro asunto que la realidad, de la cual, por definición, nadie escapa. Pero en el caso de Cardenal se trata de un realismo militante, de un realismo a la vez revolucionario y místico, es decir, que busca combativamente, agónicamente, la transformación y la unión por el amor en el amor».

Ernesto Cardenal ha visitado Cuba en numerosas ocasiones. La revista *Casa de las Américas* lo tiene entre sus colaboradores asiduos y él ha reciprocado con una larga amistad por la Isla.

El poeta llegó en 1970 para integrar el jurado de poesía del Premio Casa de las Américas. Era entonces una personalidad conocida por su trayectoria literaria, por su labor como fundador de la comunidad de Solentiname en el Lago de Nicaragua, su interpretación libre y revolucionaria del Evangelio (como propulsor de la teología de la liberación) y contaba alrededor de 45 años.

Al año siguiente viajó de nuevo a la mayor de las Antillas y en 1972 apareció su libro testimonial *En Cuba*, resultado de sus vivencias, impresiones y criterios sobre el país y sus instituciones. En 1978 regresó como jurado del citado premio, pero en el género de testimonio. En noviembre de 2003 vuelve a La Habana invitado por Casa de las Américas, que organiza La Semana de Autor dedicada en esta ocasión al estudio de la obra de Ernesto Cardenal. Se le confiere la Orden Nacional José Martí, que otorga el Consejo de Estado de la República de Cuba.

Larga es, pues, su relación con las letras de la nación, aunque también con sus instituciones culturales, plataforma política y programas sociales, la cual se ha

expresado a través de declaraciones, manifiestos y otras formas de invariable apoyo al sistema político cubano.

Algunos de sus libros eran bien conocidos y uno de sus poemas, «Oración por Marilyn Monroe», se había publicado en muchos países: He aquí un fragmento:

La película terminó sin el beso final.

La hallaron muerta en su cama con la mano en el teléfono.

Y los detectives no supieron a quién iba a llamar.

Fue

como alguien que ha marcado el número de la única voz amiga

y oye tan solo la voz de un disco que le dice:

Wrong number

Cardenal nació el 20 de enero de 1925, en Granada, Nicaragua. Hizo estudios universitarios en México y Estados Unidos, viajó por Europa, militó contra la dictadura de Anastasio Somoza y en 1957 ingresó al Monasterio Our Lady of Gethsamaní, en Estados Unidos. De sacerdote se ordenó en Managua, en 1965. Después fundó la ya citada comunidad de Solentiname, que fomentó el desarrollo de cooperativas, la creación de escuelas y promovió el cultivo de las artes.

El gobierno sandinista de Nicaragua le ha entregado importantes responsabilidades políticas, e igualmente se le han conferido las más altas distinciones de esa nación y de otras. La relación de sus libros es extensa, varios de ellos publicados en Cuba. Ernesto Cardenal es uno de los intelectuales latinoamericanos de mayor reconocimiento internacional.

Haroldo Conti: *Entre la literatura y la vida, elijo la vida*

El nombre de Haroldo Conti es uno más entre los de miles de desaparecidos a raíz del golpe militar en Argentina y el período subsiguiente de regímenes castrenses que detentaron el poder en esa nación durante la década del 70. «Desaparecido» en el caso de Conti, como en el de muchos otros, es un mero eufemismo ilusorio por *asesinado*.

Conti fue sacado de su casa el 5 de mayo de 1976, secuestrado y ejecutado, sin conocerse la fecha exacta de su muerte.

Y de este hombre, que aún nos sorprende con su palabra escrita, vale apuntar que poseyó una personalidad singular en su diversidad de oficios: seminarista, maestro de escuela, actor, director de teatro, empresario de transporte, profesor de latín, empleado de banco, piloto civil, navegante, guionista de cine..., todo ello en el lapso relativamente breve de medio siglo de vida.

Nació en Chacabuco, una ciudad argentina cuyo nombre remite al de la gran batalla librada en Chile por los patriotas contra los realistas en febrero de 1817. Y la fecha de su nacimiento, el 25 de mayo (de 1925), nos refiere igualmente a otra conmemoración: la del Día de la Patria, en Argentina.

La faceta más reveladora del talento de Haroldo Conti está en su narrativa, compuesta de cuentos y novelas que le valieron reconocimientos en su momento y hoy día le merecen un *redescubrimiento* a través de su vida (y muerte) y de su obra, en la que ocupa espacio importante el delta del río Paraná, entorno presente en algunos de sus textos.

De sí mismo diría: «Yo soy escritor nada más que cuando escribo. El resto del tiempo me pierdo entre la gente. Pero el mundo está tan lleno de vida, de cosas y sucesos, que

tarde o temprano vuelvo con un libro. Entre la literatura y la vida, elijo la vida. Con la vida rescato la literatura; pero aunque no fuera así, la elegiría de todas maneras».

Mucho se ha escrito, biografías y filmes incluidos, acerca de Haroldo Conti y su inmanencia en el contexto literario latinoamericano al cabo de varias décadas de su asesinato. Sus novelas (*Sudeste*, 1962; *Alrededor de la jaula*, 1966; *En vida*, 1971; *Mascaró, el cazador americano*, 1975) y los libros de cuentos (*Todos los veranos*, *Contra gente*, *Las doce a Bragado*, *Ad Astra*, *Los novios*, entre otros) permiten la valoración de su escritura por críticos y lectores. La fecha de su desaparición, 5 de mayo, se conmemora en su honor el Día del Escritor Bonaerense.

En La Habana se detuvo Conti en dos ocasiones, ambas asociadas a su presencia en Casa de las Américas, la institución cultural que lo invitó a realizar funciones de jurado en 1971 y 1974, y en 1975 lo premió por la novela *Mascaró, el cazador americano*. En el país trabó amistad con los autores nacionales y se interesó por el acontecer socio político.

Es el propio Conti quien expresó que Cuba devino su «primer contacto a flor de piel con América. Y eso me bastó para hacer una cosa distinta, una novela jubilosa, *Mascaró*, abierta, donde por primera vez los personajes no mueren. Decidí hacer una literatura con un sentido más americano, cosa que, en ese momento, estaba muy lejos de mí».

El escritor apoyó a la Revolución Cubana y, según testimonios familiares, muy presumiblemente esta compatibilidad ideológica con el proceso político que se desarrollaba en la mayor de las Antillas, fue tenido en cuenta por quienes ordenaron su secuestro y ejecución a escasos días de cumplir 51 años.

Juan Gelman en su hora cumbre

De unos años acá, Juan Gelman comenzó a recibir los más importantes galardones literarios de las letras españolas. Se hacía justicia al hombre y al poeta, ya en sus años altos. Nos referimos al Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda, en 2005; el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, en 2005; el Premio Cervantes, que recibió el 23 de abril de 2008.

Pocos, muy pocos poetas vivos disfrutaban de un reconocimiento tal. Pero Gelman ha tenido una existencia intensa, de grandes empeños y muy tristes infortunios, de riesgos y exilio, con una muy larga hoja de servicios al periodismo, a la prosa, a la poesía. Su vida es como su obra: una sucesión de capítulos trenzados con talento y aliento sostenidos.

Los nexos del poeta con Cuba se remontan a varias visitas, muchos amigos colegas en el país, y una larga colaboración con la institución Casa de las Américas. De 1965 data la edición cubana de su libro *Cólera buey*. Veinte años después vio la luz en Cuba su *Poesía*, antología publicada por Casa de las Américas, con prólogo y selección del escritor Víctor Casaus. En las páginas de la revista *Casa de las Américas* han aparecido sus poemas más de una vez. De manera que Juan Gelman es un poeta varias veces enfrentado a las lecturas del cubano seguidor de la poesía escrita en el continente.

Amigo de la Revolución Cubana, llegó en enero de 1978 para prestar su servicio como jurado de poesía del Concurso Casa de las Américas. Figuró entre los participantes del Encuentro de Escritores Latinoamericanos, celebrado entre los días 2 y 3 de febrero de aquel mismo año, centrado en el tema «Cultura de dependencia y cultura de liberación», que expresó su repudio a los regímenes militares entonces imperantes en varias naciones de América Latina.

Otras visitas se han sucedido desde entonces, el poeta ha leído sus versos desde La Habana hasta Santiago, ante un auditorio absorto y conmovido, sabedor de la personalidad del escritor, en cuya obra frecuentemente encontramos la fusión del amor y de la lucha:

Tenía que ser La Habana

allí te encontré, allí te perdí

en La Habana levantada por la marea dulce de la Revolución

debajo del amor estabas

en cada rostro de miliciano o miliciana mirando el mar amigo y enemigo

estabas, ausencia mía, dolor de la memoria,

en la alegría liberada de La Habana hallé tus manos

inclinándose

pero en Las Villas, en Matanzas,

bajo los campesinos entregados por primera vez

a vivir,

bajo la libertad circulando entre ellos como un

río invisible y advertible,

iba tu voz aún crepitando suave dura, fuego sin

apagar.

(Fragmento del poema «Habana revisited», del libro *Gotán*, 1965)

Nacido en Buenos Aires en 1930, los pormenores de la vida y formación de Juan Gelman escapan al limitado espacio de estos apuntes. Gelman publicó por vez primera a la edad de once años, en la revista *Rojo y Negro*.

Afiliado al movimiento izquierdista de su país, el triunfo de la Revolución en Cuba, en 1959, incentivó su actividad política y su adherencia a la vía armada revolucionaria.

Perteneció a las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Montoneros). Sufrió persecución, exilio, el dolor inmenso del secuestro y desaparición, en agosto de 1976 y bajo la dictadura militar en Argentina (que causó la desaparición de unas 30 000 personas), de sus hijos Nora Eva, de 19 años, Marcelo Ariel, de 20 y de su nuera María Claudia, de 19, embarazada de siete meses. Estos dos últimos desaparecieron definitivamente, asesinados, aunque la niña nació en cautiverio y fue recuperada al cabo de muchos años de investigaciones.

Juan Carlos Onetti, leerlo para conocerlo

Un comentario hizo el escritor uruguayo Juan Carlos Onetti cuando se le entrevistó para el diario *Juventud Rebelde* a raíz de su primera visita a Cuba en la segunda quincena de enero de 1976, invitado por Casa de las Américas para participar como jurado del premio de novela de ese año.

Dijo así: «Lo que más me ha llamado la atención en Cuba es la alegría de vivir que se advierte en la gente».

Y añadió: «Existe además una gran incomunicación cultural entre los países de nuestro continente. Yo no puedo enterarme de lo que se escribe y publica en cualquiera de ellos, porque solamente cuando un libro se convierte en *best seller* es editado y distribuido en toda América Latina».

También opinó sobre los requisitos de una obra literaria: «Para tenerla en cuenta como tal debe poseer, ante todo, calidad. En lo que se refiere a la novela, en particular, tiene que reflejar, quiera o no, la vida, la realidad. Hay maneras de reflejarla demasiado groseras, directas, y otras más finas, más elaboradas».

Onetti contaba 66 años y una producción literaria impresa que lo colocaba en la condición de primerísimo narrador dentro de la literatura uruguaya y latinoamericana, destacando los libros *El pozo* (1939), *Tierra de nadie* (1941), *La vida breve* (1950), *El astillero* (1961), *Juntacadáveres* (1964) y *La muerte y la niña* (1973), sin agotar relación.

Encarcelado en 1974 durante la dictadura de Bordaberry, el reclamo internacional consiguió su liberación al año siguiente y viajó a España. En ese país residió por casi 20 años, hasta su muerte en Madrid, a los 84 años, el 30 de mayo de 1994, al cabo de un proceso largo de deterioro de su salud.

Pese al exilio, Juan Carlos Onetti nunca dejó de preocuparse por el destino de las gentes en Latinoamérica, y esa perenne inquietud se expresó en su obra literaria y periodística que continuó desarrollando para dejar otros libros de narrativa: *Dejemos hablar al viento*, de 1979, *Cuando entonces*, 1987 y *Cuando ya no importe*. 1993. Póstumamente aparecieron sus *Obras completas, I. Novelas (1939-1954)*, en 2006, y *Obras completas, II. Novelas (1959-1993)*, un año después.

Se le confirieron numerosos premios que afianzaron un reconocimiento ya dado por los lectores. He ahí el Premio Nacional de Literatura de Uruguay, en 1962; el Premio Miguel de Cervantes, el más importante entregado en lengua española, en 1980; el Gran Premio Nacional de Literatura de Uruguay, en 1985; el Premio de la Unión Latina de Literatura, en 1990 y el Gran Premio Rodó a la labor intelectual, de la Intendencia Municipal de Montevideo, en 1991. También estuvo propuesto al Nobel de Literatura en 1980.

Además de cuentista y novelista, desempeñó una prolífica labor periodística a través de revistas y otras publicaciones, desde su juventud. Traducido, llevada parte de su obra a la pantalla, reeditadas sus novelas y siempre leídas, a Onetti se le reconocieron sus méritos como narrador de potente originalidad e influyente estilo, que le inserta entre los autores más destacados del siglo XX en las letras latinoamericanas.

Frei Betto, en Cuba como en casa

Frei Betto es una de las personalidades brasileñas más conocidas en Cuba, solo comparable con los actores de las telenovelas, aunque su «popularidad» sea un tanto diferente.

Décadas han transcurrido desde su primera visita, a la cual han sucedido muchas, y el sacerdote dominico de rostro juvenil de los primeros encuentros hoy se nos muestra con el cabello entrecano. Pero Frei Betto sigue siendo el mismo: un autor dotado de la palabra amena y el criterio aguzado, sincero en sus expresiones, marcado por fuertes convicciones de justicia social y servicio a los pueblos. También polémico, entusiasta y siempre motivado por algún empeño en el cual depositar su creencia de que el trabajo y el amor son asuntos de cada día.

Él ha relatado que en 1980 se encontró en Nicaragua con el presidente Fidel Castro, quien le propuso mediar en un diálogo entre el Estado y la Iglesia cubana. Al año siguiente participó en una reunión de la conferencia episcopal, con sede en Santiago de Cuba, expuso la propuesta del Gobierno y recibió una acogida positiva. Poco después se produjeron los primeros encuentros entre los obispos y el presidente. Frei Betto hizo varias visitas a la Isla, se desempeñó como jurado del Premio Casa de las Américas, contactó con los obispos y entretanto preparaba las condiciones para una larga entrevista con Fidel Castro.

Es Frei Betto quien toma la palabra:

En [mayo de] 1985, el líder cubano me concedió una larga entrevista sobre la cuestión religiosa, publicada con el título *Fidel y la religión*. El libro causó impacto en la población, cuya religiosidad posee una fuerte raíz sincretista, mezcla de catolicismo y tradiciones de origen africano. Era la primera vez que un dirigente

comunista en el poder abordaba el tema de la fe de modo respetuoso e incluso admitiendo que su formación religiosa le había mejorado su carácter. En un país de 11 millones de habitantes, fueron editados 1,3 millón de ejemplares hasta hoy.

Lo que tal vez muchos cubanos desconocen de Betto es que se trata de uno de los autores más laureados del Brasil actual. Su bibliografía es extensa y si de premios se trata, ha merecido varios de los más importantes: el Jabuti de la Cámara del Libro de Brasil en dos ocasiones: en 1982 por el libro *Bautismo de sangre* y en 2005 por *Típicos tipos: perfiles literarios*; en 1986 el de Intelectual del Año por el volumen *Fidel y la religión* y el de Ciudadano Honorario de Brasilia, en 2007. Fue asesor especial del presidente Luiz Inacio Lula da Silva y coordinador de Movilización Social del Programa Hambre Cero.

Betto nació en el estado de Belo Horizonte, el 25 de agosto de 1944. A los 20 años ingresó en la orden de los dominicos y durante la dictadura militar en su país se le detuvo y torturó más de una vez. Al recuperar la libertad, colaboró con el movimiento guerrillero, aunque nunca participó en acciones bélicas. El libro *Bautismo de sangre* (traducido a otros idiomas) recoge sus experiencias en prisión y también ha sido llevado al cine.

Su labor como teólogo, periodista y escritor de temas diversos, no solo religiosos, goza de amplia difusión. Diríase además que de simpatía, por cuanto es orador carismático y sincero.

Darío Fo, actor y autor

Cuando el teatrista Darío Fo fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura de 1997, muchos recordaron en Cuba su paso por la Isla algunos años antes, y otros hasta rememoraron sus funciones, pues en él confluyen las cualidades del actor y las del escritor.

Durante 10 días de la segunda quincena de enero de 1984 se celebró en La Habana el Festival de Teatro —dedicado a honrar al guatemalteco Manuel Galich y al uruguayo Atahualpa del Cioppo, ambos teatristas—, al cual asistieron agrupaciones y personalidades del mundo de las tablas, mayormente de América Latina y algunas de Europa, que se entremezclaron con las agrupaciones nacionales y de provincias. Fue un encuentro de teatristas por la dignidad, como se le denominó.

La ciudad se cubrió de telones y luces, y los asistentes nutrieron las salas. Aquel fue un mes de intensa actividad cultural, por cuanto se unía a este evento la realización del Premio Casa de las Américas, que también traía a La Habana a otros representantes ilustres de las letras en el continente.

A la sazón en la madurez creadora de sus 57 años, Darío Fo conmocionó en sus presentaciones los días 24 y 25 de enero, en el Teatro Nacional, con su obra *Misterio bufo*. «No podía faltar —apuntaba una reseña del semanario *Bohemia*— la mención de ese gran mago del escenario y maestro del tablado, Darío Fo, quien, sin exagerar, representa él solo un gran espectáculo».

Menos recordada es su presencia en La Habana en 1966, cuando se detuvo para impartir un curso de 10 lecciones a jóvenes dramaturgos, en momentos de formación.

Más allá de sus visitas, la obra de Darío Fo se ha representado en Cuba en diversas ocasiones, una de ellas bastante recientemente en los meses iniciales de 2011, cuando la

Sala El Sótano, de la capital, presentó su sátira *La de la mamma es la mejor*, que gira en torno al flagelo del consumo de drogas.

Fo nació en Lombardía, Italia, el 24 de marzo de 1926, e hizo estudios en Milán. En su juventud comenzó la carrera de actor y escritor de obras teatrales en las cuales la crítica se expresa a través de la sátira. Fundó grupos teatrales —con la actriz Franca Rame, su esposa, la compañía teatral Dario Fo-Franca Rame, en 1959—, fue censurado por la crítica, se afilió a la izquierda italiana y se hizo notable por su enjuiciamiento de la mafia, el capitalismo y la Iglesia. En la década del 60 varias de sus obras para la televisión estuvieron vetadas.

Los líderes políticos de su país han pasado por el escalpelo de la palabra filosa del escritor, cuya obra puede leerse en italiano, inglés y español, amén de representarse en el mundo entero. Una de sus últimas obras, *L'anomalo bicefalo*, de 2003, muestra un retrato burlesco y duro del ex primer ministro italiano Silvio Berlusconi.

En español, algunas de sus obras impresas son *Los arcángeles no juegan a las máquinas de petaco* (1959), *Muerte accidental de un anarquista* (1970), *¡Aquí no paga nadie!* (1974), *Un día cualquiera* (1988), *Misterio bufo* (1998), *Tengamos el sexo en paz* (1998, en colaboración con su esposa e hijo) y *Manual mínimo del actor* (1998). También una autobiografía, *El país de los murciélagos*, de 2002.

Jorge Amado, «la más ecuménica voz del Brasil»

Uno de los autores brasileños de mayor universalidad es Jorge Amado. Se le ha traducido a alrededor de 50 lenguas, incluido el sistema Braille; se le ha publicado en otro medio centenar de países. Algunas obras suyas se han llevado al cine, a telenovelas, al teatro; varios de sus personajes han devenido populares y familiares para el público lector en Brasil y en Hispanoamérica. Este hombre tuvo además una larga vida de 88 años y una participación muy activa en el acontecer político y social de Brasil.

También en Cuba Jorge Amado es autor leído y publicado. Desde muchos años atrás Ediciones Huracán divulgó sus textos (*Mar umerto*, en 1977; *Jubiabá*, en 1978; *Tocaia grande*, 1990). *Gabriela, clavo y canela*, novela que data de 1958, es uno de los grandes éxitos de este autor publicados en Cuba por Ediciones Casa, al igual que *Doña Flor y sus dos maridos*, novela de 1966 publicada por esta misma editorial en 2005, cuya versión cinematográfica alcanzó un éxito enorme de público entre los cubanos. Fantasía, realismo social, sensualidad, erotismo, generosidad, humor y otros muchos caracteres deambulan en la obra de Amado, entre negros, blancos, mestizos, indígenas, pobres y ricos, a la manera de un gran prisma social.

De extraordinario interés es una declaración de Jorge Amado hecha en La Habana de finales de 1986. Ante la pregunta «¿Latinoamérica es una ficción o un invento?» que le hizo Guillermo González Uribe, dijo entonces:

Latinoamérica es un espacio geográfico que abarca México, la América Central y la América del Sur. Es una designación. Pero la designación en sí misma, para ciertos países como Cuba y Brasil, sobre todo, me parece falsa. Se debería decir Afrolatinoamérica, porque tenemos un componente africano que desconoces cuando dices Latinoamérica. Yo no soy latino, soy medio latino. Mi abuela materna era

india. Un bisabuelo era negro. ¿Comprende? ¿Cómo que yo soy latino? Soy latino y soy indígena y soy negro. Sobre todo culturalmente, soy más negro que cualquier otra cosa. Más negro que latino.

Amado se encontraba en La Habana como presidente del jurado de ficción del VIII Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, que tuvo lugar en la segunda quincena de diciembre del ya citado año. «La más ecuménica voz del Brasil del camdombe y las favelas», lo calificó un periodista de la revista *Bohemia*, a través de la cual hizo estas declaraciones: «Quiero hacer llegar un saludo especial a ese gran poeta cubano-universal que se llama Nicolás Guillén».

Nacido en la ciudad de Itabuna, al sur del estado de Bahía, el 10 de agosto de 1912, Jorge Amado, publicó su primera novela, *El país del carnaval*, en 1931, cuando solo tenía 18 años, y una segunda, *Cacao*, dos años después. La relación de sus novelas es extensa, y solo citaremos algunas: *Capitanes de la arena* 1937; *Tierras del sin fin*, 1943, *Tienda de los milagros*, 1969; *Tieta de Agreste*, 1977; *Uniforme, frac y camisión de dormir*, 1979..., aparte de dos libros de relatos: *La muerte de Quincas Berro de Agua*, 1961 y *Del reciente milagro de los pájaros*, 1979; libros para niños, biografías, teatro y memorias: *El niño grapiuna*, de 1982, y *Navegación de cabotaje*, 1992.

Murió el 6 de agosto de 2001, en Salvador de Bahía.

Isabel Allende, y las claves de un *best seller*

Isabel Allende es una de las escritoras latinoamericanas de mayor éxito en la actualidad. Y lo tiene bien merecido con sus formidables y amenas novelas, a partir de *La casa de los espíritus* y las varias que le han sucedido, entre ellas algún que otro volumen de cuentos, donde la autora despliega su habitual maestría para captar al lector.

Lo que muchos no recuerdan es su paso por La Habana en abril de 1987, acerca del cual mucho se comentó y escribió en la prensa, porque Isabel se mostró comunicativa y contó acerca de su vida y obra.

Menuda, con poco más de 150 centímetros de estatura y 45 años que contaba entonces, enfatizó que «siento mi condición femenina como muy importante; jamás olvido que mi punto de vista, mi experiencia de vida, mi cuerpo, son los de una mujer, y esa es mi forma de escribir, mi forma de conducirme en la vida; eso me determina y me determinó desde mi nacimiento».

La casa de los espíritus, llevada al cine, es un texto donde la fantasía se entreteje a la realidad, donde el presente anuda vínculos con el pasado, un libro mágico, una fascinante crónica de familia. Isabel Allende develó durante su estancia algunos pormenores de los personajes: «El libro comienza con un personaje que se llama Rosa, y Rosa fue una tía abuela mía, la primera novia que tuvo mi abuelo. Ella murió envenenada, tal como dice el libro. Fue un crimen político o un crimen extraño que nunca se pudo resolver...»

Según el parecer de muchos críticos, la autora chilena recuerda, por su estilo narrativo, el de Gabriel García Márquez. La Allende analizó el fenómeno con admirable honestidad:

Ahora, respecto a la influencia de García Márquez, yo creo que él ha marcado todas las letras latinoamericanas. Desde la aparición de *Cien años de soledad*, la literatura latinoamericana dio un viraje de 180 grados, y eso es innegable. Con distinto lenguaje, con distintas cosas, él consolidó una voz latinoamericana y a toda una generación nos marcó.

Isabel, hija de un primo del presidente Salvador Allende, derrocado y muerto en septiembre de 1973, aprovechó para esclarecer el porqué de algunos símbolos presentes en su obra. Lo explicó así:

Hay personajes en las dos novelas (alude también a *De amor y de sombra*) que no tienen nombre, ya que son como símbolos, que son casi arquetipos. El personaje del Candidato, que después es el Presidente, es cualquier hombre como Allende, pero no es Allende. No es él, no es su biografía, no es su personalidad, pero es un homenaje a Salvador Allende.

Isabel narró además el tema de la que sería su tercera novela, titulada *Eva Luna*, y puntualizó que «es muy importante el humor. Cuando tú puedes ver una cosa de lejos y reírte de ella es que ya estás lista para escribirla».

La escritora, que por aquellos días radicaba en Caracas, se marchó el 17 de abril de 1987, y el día antes conversó largamente con los asistentes a la tertulia de la Casa de las Américas. Y transcurrirían menos de tres meses para que regresara a La Habana, de nuevo invitada, ocasión en que grabó un disco para la Casa de las Américas con pasajes de su novela.

Sus lectores hoy suman millones en el mundo y en muy diversas lenguas, pues ha sido profusamente traducida.

Wole Soyinka y el premio a un continente

El Premio Nobel de Literatura Wole Soyinka, de Nigeria, arribó a La Habana el 27 de mayo de 1987, invitado a presidir las sesiones del Vigésimosegundo Congreso del Instituto Internacional de Teatro, que se celebrarían en la capital. De inmediato se percató Soyinka de la poderosa influencia yorubá en la cultura cubana, patente a través de los bailes, en la música, en el sincretismo religioso, en elementos del habla y en un sinfín de caracteres más.

Al día siguiente, el 28 de mayo, presentó a los lectores un libro suyo que bajo el título genérico de *Teatro*, comprendía una muestra de su quehacer dramático. El texto fue preparado por la Editorial de Arte y Literatura, y en él se reunía una selección de siete piezas, entre ellas *El león y la joya*, *Una danza del bosque* y *La raza fuerte*.

Representante por excelencia de la cultura africana, el teatro de Wole Soyinka incorpora elementos como la música, la danza, la poesía, la fantasía y el realismo, todo integrado a través de la extraordinaria fuerza comunicativa del autor. De ahí que su teatro se convierta en una muestra y recorrido por los valores de la cultura africana.

El diapasón literario de este autor es amplio y variado. Dramaturgo, poeta, ensayista, crítico, narrador, en la tarde en que fue presentado su libro en el Palacio del Segundo Cabo, Soyinka dijo que el teatro africano en la actualidad se nutre de lo más representativo de la tradición oral, de los rituales y mitos yorubás que explican la esencia de la condición humana, al tiempo que se interesa en los problemas del hombre de nuestros días.

El visitante departió con colegas y admiradores en la Casa de las Américas, institución que lo invitara durante su estancia habanera anterior, en 1964, cuando el escritor era un

joven autor de 30 años con un mundo de cosas por expresar y un talento que permitía avizorar ya en él al futuro maestro de las letras.

En Casa de las Américas conversó Soyinka con los asistentes al Encuentro de Teatristas de América Latina y el Caribe, y al día siguiente, el 29, recorrió la Escuela de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños, ocasión en que fue recibido por su director Gabriel García Márquez y respondió a las preguntas del alumnado.

Como colofón de su estancia en Cuba, Soyinka pronunció las palabras de inauguración del Congreso del Instituto Internacional de Teatro, en presencia de unos 300 delegados al mismo, en acto que tuvo por sede la Plaza de la Catedral y que contó con la actuación del Conjunto Folclórico Nacional de Cuba.

También se le entregó la insignia dorada de Huésped Ilustre de La Habana y se prendió en su pecho la Orden Félix Varela de Primer Grado, ocasión en que expresó: «No acepto esta Orden en nombre propio sino en el de África en general y en el de Nigeria en particular».

Soyinka nació en 1934 y desde su adolescencia trabajó por difundir la cultura yorubá, poco conocida entonces internacionalmente. Para ello fundó grupos de teatro, editó revistas, dio clases en universidades nigerianas, pero por sobre todo, escribió. En 1985 se le eligió presidente del Instituto Internacional de Teatro y un año después, en 1986, se le confirió el Premio Nobel de Literatura, que constituyó un reconocimiento al largo hacer —de muchos siglos— de las culturas orales y escritas del continente africano subsahariano.

Norman Mailer, hombre de letras y de cine

Norman Mailer irrumpió en La Habana el 14 de diciembre de 1989. Nunca antes había estado en Cuba, declaró. Con todo y ser un escritor famoso... llegó en condición de cineasta, para la presentación durante las jornadas del festival de cine cubano de su más reciente filme, *Los hombres duros no bailan*. Su presencia ganó titulares y el visitante ofreció una extensa entrevista el día 19, de la cual recogió la periodista Rosa Elvira Peláez los siguientes apuntes, ciertamente interesantes:

La literatura es una ocupación muy solitaria. Cuando se comienza a escribir es porque uno tiene pensamientos profundos, pero al ir envejeciendo uno se hace más gregario y la dirección de cine es una de las actividades más gregarias que conozco, es como ser bienvenido en una pequeña ciudad. Dirigir películas a mi edad, 66 años, es algo nuevo que puedo hacer y realizarme. Es enormemente agradable para mí. Y escribo porque es lo que mejor hago y me encanta.

Más adelante agregó:

El cine comunica con la gente en formas mucho más diferentes que la novela. Para mí la película ha existido desde la memoria hasta los sueños mismos. Por ejemplo, pensamos a Humphrey Bogart y tenemos una imagen instantánea de él, es como alguien que vive junto a nosotros.

No abundan en el siglo XX los autores que alcanzaran la notoriedad de Mailer, ni tan polémicos, irreverentes e influyentes literariamente como él, y acaso tampoco tan premiados, porque ganó dos premios Pulitzer, uno por su ensayo *Los ejércitos de la noche*, en 1968, y el otro por la novela *La canción del verdugo*, en 1980. Si de periodistas se trata fue uno de los más reconocidos, en particular por la cobertura que dio a los debates durante las convenciones nacionales de los partidos Republicano y

Demócrata de los Estados Unidos, en los años 1960, 1964, 1968, 1972, 1992 y 1996.

Escritor de intelecto brillante y hacer multifacético, Mailer se movió por los géneros de la novela, la biografía (una de ellas, de Marilyn Monroe), el ensayo, los guiones cinematográficos e incursionó hasta en la realización como cineasta.

Si su actividad literaria resultó intensa, también lo fue su vida. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió con las tropas norteamericanas en el Pacífico Sur y de tales experiencias escribió el libro *Los desnudos y los muertos (The Naked and the Dead)*, de 1948, considerada una de sus mejores novelas y también una de las más importantes del período de la posguerra.

El periodismo y la producción literaria de Norman Mailer tienen en general un marcado sesgo político, criticó el sistema político de la nación norteamericana, su violencia, la confusión de la sociedad, y hasta se le arrestó por corto tiempo durante 1967 por su participación en las demostraciones contra la presencia de las tropas de Estados Unidos en Vietnam.

Ilustra hasta dónde se le conoció en las diversas esferas de la vida nacional e internacional el hecho de que su nombre se cite en numerosas canciones (incluida una de John Lennon), que apareciera en varios documentales y se le mencione en alguna que otra película.

Mailer nació en New Jersey el 31 de enero de 1923 y murió en Nueva York el 10 de noviembre de 2007, a los 84 años.

Torrente Ballester: *No rechazo experiencias nuevas. Y vivo*

El escritor español Gonzalo Torrente Ballester recibió en 1981 el Premio Nacional de Literatura, el Príncipe de Asturias de las Letras en 1982 y el Miguel de Cervantes de Literatura en 1985 (primer novelista español en ganarlo). En 1987 la Universidad de Salamanca le otorgó su doctorado Honoris Causa, un año después lo hizo la de Santiago de Compostela y la de Dijon, en tanto la República Francesa lo nombró Caballero de Honor de las Artes y las Letras. También ganó el Premio Planeta 1988 con la novela *Filomeno, a mi pesar* y el Azorín en 1994 por su obra *La novela de Pepe Ansúrez*. Recibió en 1990 el premio Libro de Oro de la Confederación Española de Libreros, y se le concedió la Medalla de Oro al mérito cultural de Santiago de Compostela. Aunque la relación de sus lauros no es completa sí ilustra acerca de cuan reconocido fue en vida el hacer literario de un autor que escribió novelas, cuentos, ensayos, teatro, guiones de cine...

Hijo Predilecto de Ferrol, su ciudad natal, desde 1983, e Hijo Adoptivo de Salamanca desde el año siguiente, en el 2000 se develó su estatua en el Café Novelty de la Plaza Mayor, en la ciudad de Salamanca.

Don Gonzalo arribó a Cuba en noviembre de 1992. Durante su estancia recibió diversos homenajes de las instituciones culturales cubanas, estrechó nexos con la Universidad de La Habana, Casa de las Américas, la UNEAC, así como con colegas y profesores. Se entrevistó con la poetisa Dulce María Loynaz, con el presidente Fidel Castro y el día 26, en el Aula Magna, la Universidad de La Habana le entregó el título de Doctor Honoris Causa.

«La literatura cubana la conocí temprano; ya en los años 30, 40 y 50 leí a Nicolás Guillé, Marinello, Lezama, Carpentier, Novás Calvo y, por supuesto, a mi amigo Félix

Pita Rodríguez, de quien había leído más que él de mí, pues sus poemas y cuentos me llegaban a casa».

Preguntado acerca de qué pensaba de la vida a los 82 años, ofreció una respuesta inteligente: «La vida no me ha tratado ni muy bien ni muy mal. No tengo rencores ni la memoria anclada en el pasado. No soy como otros viejos que viven mirando hacia atrás. ¿Planes? No los hago, pues nunca los cumplo. Sigo hacia delante. No rechazo experiencias nuevas. Y vivo». (Waldo González López, *Bohemia*, edición del 11 de diciembre de 1992).

Nació el 13 de junio de 1910, e hizo estudios de bachillerato en La Coruña. En 1935 se licenció en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela. Por recomendación de un sacerdote cuya intención era resguardarlo de la violencia fratricida que se vivió en la Guerra Civil española, se afilió a la Falange (fascista nacionalista) y se vinculó con los intelectuales seguidores de esa corriente.

De 1943 data su primera novela. Escribió relatos y se adentró en el periodismo impreso y en el radial. Invitado por la State University of New York, en Albany, Nueva York, llegó a Norteamérica en 1966, donde se dio a conocer en los medios académicos de ese país y dio un nuevo rumbo a su vida, hasta 1973, cuando abandonó la docencia para regresar a España. Dos años después era miembro de la Real Academia Española.

La relación de las novelas de Torrente Ballester incluye títulos de vasta difusión: la trilogía *Los gozos y las sombras* (1957-1962), *Don Juan* (1963), *Off-side* (1969), *Fragmentos de Apocalipsis* (1977), *La isla de los jacintos cortados* (1980)... Hasta 1999, año de su deceso, se mantuvo publicando nuevas novelas. Murió en Salamanca a los 88 años, el 27 de enero de aquel año.

Günter Grass, antes de ganar el Nobel

El suave invierno casi se despedía cuando en los días finales de febrero de 1993 arribó Günter Grass (16 de octubre de 1927). Era la suya una visita privada. Pese a ello no pudo evitar —¡y en realidad aceptó con placer!— el homenaje de los lectores y funcionarios del Instituto Cubano del Libro.

Mundialmente conocido por su novela *El tambor de hojalata* —vista también en la versión cinematográfica de Volker Schlöndorff, de 1978—, el multifacético artista (novelista, poeta, dramaturgo, escultor, ilustrador) asistió a la presentación en el Palacio del Segundo Cabo, en la tarde del 2 de marzo, de su texto *Inundación*, pieza teatral sobre la cual expresó al periodista de *Juventud Rebelde*: «Escribí *Inundación* a principios de los cincuenta, cuando estudiaba en la escuela de artes de Berlín».

Manifestó además que:

Después en Europa, el autor empezó a jugar un papel secundario en la vida teatral. Me niego a pensar que autores como Moliere, Shakespeare o Schiller sean solo un libreto, un pretexto en manos de un director. Por esa razón dejé de escribir teatro, pero tengo la esperanza de que otros directores, los más jóvenes, le den al escritor el lugar que se merece en el teatro.

Inundación fue presentado por la Editorial de Arte y Literatura con motivo de la visita del escritor, quien autografió ejemplares y se sintió agradablemente sorprendido por la aceptación de su obra. Desde 1989 tenían ya a mano los lectores cubanos *El tambor de hojalata*, en traducción castellana. Esto se debió a la gestión de la misma casa editora, por lo que la nueva entrega, en el género teatral, revelaba una faceta diferente del autor. Calificado entre los escritores europeos más brillantes de los últimos decenios, y en especial de la narrativa alemana de postguerra, la presencia del señor Grass marcó un

momento de *boom* de la literatura germana en el ámbito antillano, porque si bien el listado de escritores de esa nacionalidad publicados en Cuba es notable —Schiller, Heine, Hauptmann, Weerth, Goethe, Heinrich y Thomas Mann, Remarque, Brecht, Seghers, Süskind y muchos más— la amplia cobertura informativa con que se siguió esta visita hizo a muchos volver sobre sus pasos, detenerse ante las estanterías y recrearse en la riqueza de una literatura que, desde el *Cantar de Hildebrando* y el *Cantar de los Nibelungos* hasta Grass y Süskind, aporta un espectro de matices capaz de satisfacer las más variadas apetencias.

Aun cuando la dimensión intelectual de este autor escapa al espacio de unos breves apuntes, viene al caso citar que Grass ganó el Premio Príncipe de Asturias de las Letras y el Nobel de Literatura, ambos, en 1999. Nació en Danzig, ciudad que pertenece a Polonia en la actualidad, aunque sea indiscutiblemente un autor alemán. Los intereses humanos de Günter Grass abarcan además la política y los derechos humanos.

Es uno de los más relevantes escritores europeos posteriores a la terminación de la Segunda Guerra Mundial y su obra se ha traducido a varias lenguas. En español, son estos algunos de los títulos en cuanto a novelas: *El tambor de hojalata*, *El gato y el ratón*, *Años de perro*, *Antes*, *Anestesia local*, *Diario de un caracol*, *El burgués y su voz*, *El rodaballo*, *Partos mentales o los alemanes se extinguen*, *La ratesa*, *Sacar la lengua* y varias más. Súmense obras de teatro, libros de poesía, biografías, ensayos.

De colosal se califica el hacer de este autor que contra su voluntad tuvo que militar en las SS nazistas durante su juventud, no exento de polémica y para quien su misión ciudadana está más allá de conveniencias sociales y los guiños complacientes a la crítica.

Arthur Miller en sus 85 años

Como *de buena voluntad* debe considerarse la visita que a partir del 8 de marzo del año 2000 realizó a Cuba el escritor norteamericano Arthur Miller, quien llegó junto a su esposa la fotógrafa Inge Morath, de nacionalidad austro-norteamericana, y al también escritor William Styron, en un viaje organizado por Míster William Luers, quien fungió de subsecretario de Estado durante la administración del presidente norteamericano James Carter.

Un vasto programa cultural de encuentros con intelectuales cubanos y de visitas a centros de interés histórico, cultural y social, devino aquella visita de quien era ya una leyenda dentro del teatro norteamericano —léase con más justicia, mundial— del siglo XX.

Delgado, vivaz y muy bien conservado en sus 85 años, Arthur Miller percibió el conocimiento que los cubanos —estudiantes, profesores, escritores, público en general— poseían de su obra, muchas veces representada sobre las tablas y que por largo tiempo ha estado incluida en los programas de estudio de las carreras universitarias del perfil de las Humanidades.

Tres autores, en buena medida contemporáneos, se comparten la cúspide de la realización dramática en la Norteamérica del siglo XX: A saber, Eugene O'Neill (1888-1953), Tennessee Williams (1911-1983) y Arthur Miller (1915-2005), mencionados cronológicamente.

Del primero, *Deseo bajo los olmos* y *Largo viaje de un día hacia la noche*; del segundo, *El zoo de cristal* y *Un tranvía llamado deseo*; y del tercero: *Muerte de un viajante* y *Las brujas de Salem*, por citar de cada uno dos obras emblemáticas. Pero además apuntemos

que estos tres dramaturgos poseyeron personalidades verdaderamente novelescas, signadas por la genialidad, tal cual nos lo revelan sus biógrafos.

Volvamos a quien nos ocupa, Arthur Miller, de cuya vida se ha hablado casi tanto como de su obra y a quien se le asocia con la actriz Marilyn Monroe, con quien estuvo casado. El dramaturgo —también escribió novelas, relatos, ensayos, guiones de cine...— ganó el Premio Pulitzer por la pieza *Muerte de un viajante*, de 1949, que narra la trágica historia de un hombre común arruinado por la crisis y que emplea recursos autobiográficos del entorno familiar de Miller. En *Las brujas de Salem*, de 1953, que le valió el Premio Tony, denuncia las persecuciones contra la ciudadanía durante los tiempos del senador Joseph McCarthy y las investigaciones del Congreso de Estados Unidos sobre las supuestas actividades subversivas.

Autor que enjuició los valores de la sociedad norteamericana, traducido y representado en infinidad de lenguas, Arthur Miller fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Desde mucho antes de visitar el país, Miller era ya una presencia ilustre en librerías, centros docentes y escenarios, un autor que acompañaba con su palabra a los amantes del teatro en Cuba.

Nadine Gordimer es noticia

En 1988 la Editorial Arte y Literatura del Instituto Cubano del Libro entregó a los lectores una novela de valores literarios y humanos permanentes, *El conservador*, de la escritora sudafricana Nadine Gordimer, la misma autora a quien en 1991 la Academia Sueca conferiría su Premio Nobel de Literatura.

Pero Nadine Gordimer se haría verdaderamente conocida para los cubanos cuando la prensa del viernes 13 de diciembre del 2002 divulgó la noticia de que se hallaba en el país y que en la tarde del día anterior había sostenido un encuentro con periodistas y lectores en la sede del Instituto Cubano del Libro, en el Palacio del Segundo Cabo de la Habana Vieja.

Acerca de su insistencia en tratar el tema de la segregación racial en su patria, dijo entonces: «A través de mis personajes, en cada novela que hacía me proponía demostrar cuánto dolía o cuánto afectaba al ser humano el hecho de ser un esclavo».

La historia de esta escritora es reveladora de una personalidad que puso a un lado el bienestar seguro para asumir, a través de la literatura, un papel activo en la lucha contra la discriminación del negro. Mujer, blanca e hija de padres con una posición económica libre de preocupaciones, aunque no intelectuales, Nadine tuvo una educación esmerada en la cual la lectura ocupó un espacio importante desde pequeña.

En entrevista exclusiva para el diario *Juventud Rebelde* reconoció que «en la mayoría [de mis obras] abordé el tema de la desigualdad racial en Sudáfrica y la situación de la gente de color, tratando siempre de encontrar la sensibilidad necesaria para expresar los sentimientos encontrados de la gente blanca liberal, forzada a vivir en un sistema que creían equivocado».

Nacida en 1923 en Springs, pueblo minero, sus contradicciones con la realidad social sudafricana se agudizaron al establecerse en la ciudad de Johannesburgo, donde trenzó vínculos con escritores blancos y negros por igual, y comprendió que su responsabilidad en la lucha contra el apartheid debía expresarse a través de la literatura. Se identificó con el pensamiento del Congreso Nacional Africano (ANC) y más de uno de sus libros estuvo prohibido en la Sudáfrica segregacionista, en tanto eran leídos en el resto del mundo.

La abolición del régimen racista y la asunción a la primera magistratura de Nelson Mandela —primer presidente negro de la nación— representaron momentos de júbilo para Nadine y todos cuantos cerraron filas contra la discriminación.

Según la autora de *La voz suave de la serpiente*, 1953; *Mundo de extraños*, 1958; *El difunto mundo burgués*, 1966; *Un huésped de honor*, 1971; *El conservador*, 1974, *La hija de Burger*, 1979, y de varios cuentos, novelas y ensayos más difusamente traducidos, “el escritor tiene una forma muy peculiar de ser: siempre debe estar escuchándolo todo, observándolo todo. Y algo muy conocido como imprescindible: leer, leer y leer”.

Fundadora del Congreso Nacional de Escritores Sudafricanos, vital y ocupada en el trabajo de la creación, Nadine Gordimer —una de las muy escasas mujeres laureadas con el mayoritariamente *masculino* Nobel de Literatura— confesó: «Yo tenía dos sueños por cumplir aún, en lo que a viajes a países se refiere, uno era visitar la India, algo que ya hice, y el otro, era venir a Cuba».

Vaya paradojas las de este mundo... ¡el más grande de los escritores sudafricanos es una mujer!

Noam Chomsky o el tránsito del lingüista al politólogo

Al menos unos cuantos años atrás, para numerosos estudiantes de lenguas de las universidades cubanas el primer acercamiento a Noam Chomsky tenía lugar a través de sus libros de lingüística, una disciplina en la cual sembró ideas a partir de su gramática generativa y su contraposición a algunos conceptos del estructuralismo lingüístico.

Solo después llegó el politólogo, el filósofo, el activista que se cuestionó la política norteamericana y lo hizo saber abiertamente. Chomsky, insertado en el contexto de la sociedad mundial, dejaba así de ser un una personalidad limitada a las disputas en torno a la lingüística.

Cuando irrumpió en La Habana por vez primera para asistir a las sesiones de la XXI Asamblea General del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), entre el 27 y el 31 de octubre de 2003, el intelectual llevaba sobre sí la experiencia de sus 75 años de existencia, aunque era capaz de convertir la respuesta a un periodista en una conferencia magistral.

Lo acompañaba su esposa Carol Schatz, y la agenda cubana les deparaba una estancia ajetreada en cuanto a actividades públicas, pues el visitante estaba interesado en conocer acerca de la vida cotidiana en las comunidades, centros religiosos y demás esferas de la existencia del ciudadano común.

Visitó el Centro Memorial Martin Luther King (CMMLK), la barriada obrera de Pogolotti, el Museo Nacional de la Alfabetización, asistió a la presentación de un libro suyo en la sede del Instituto Cubano del Libro en La Habana Vieja, recorrió escuelas primarias de la capital y se detuvo en una Casa Comunitaria del Adulto Mayor. Dondequiera dialogó con el más vivo espíritu de conocimiento. Ello, por supuesto, al

margen de su actividad ante la Asamblea General del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Dos temas ocupan la obra escrita de Noam Chomsky: la lingüística y la política. De la segunda son numerosos los libros vertidos a idioma español: *El gobierno en el futuro*, *La segunda guerra fría*, *Los guardianes de la libertad*, *Cómo nos venden la moto* (en coautoría con Ignacio Ramonet), *La aldea global*, *El nuevo orden mundial (y el viejo)*, *La propaganda y la opinión pública*, *La cultura del terrorismo* y unos cuantos más que nutren su extensa bibliografía.

Chomsky nació en Filadelfia en 1928 y se doctoró en 1955. En 2002 recibió el Doctorado Honoris Causa en Lingüística que le confirió la Universidad Nacional de Colombia, cuatro años después lo recibió de la Universidad de La Frontera, en Chile.

Desde 1955 ha ejercido como profesor del Massachusetts Institute of Technology (MIT). Sus estudios sobre el lenguaje han tenido el propósito de establecer las bases para el estudio científico de este, en estrecho nexo con la mente humana.

En el orden político su activismo se remonta a las movilizaciones contra la guerra en Vietnam, época de la cual data (1969) el primero de sus libros sobre política. Él se ha convertido en una de las figuras más radicales (dígase mejor, críticas) del contexto norteamericano, con particular énfasis en su política exterior y el estudio de los medios de comunicación.

José Saramago y *El Evangelio según Jesucristo*

Dos autores de la literatura portuguesa son especialmente conocidos por los lectores cubanos: uno, Eça de Queiroz, y el otro, José Saramago. Ambos visitaron el país y en él dejaron una huella perdurable.

A José Saramago es difícil seguirle la huella en Cuba, porque la visitó en diversas ocasiones y su presencia física se entrelaza a su presencia como autor, pues varios de sus libros han llegado a las manos de los lectores, al punto de ser —nos atrevemos a afirmarlo— uno de los escritores de mayor preferencia, lo cual no es poco si de un país como Cuba se trata, donde el libro es aún una compañía muy cercana de infinidad de personas de todas las edades.

Escogemos, por tales motivos, para recordar y reseñar, la última visita que a Cuba hizo el laureado escritor, invitado por el Ministerio de Cultura, a partir del 14 de junio de 2005, en ocasión de la presentación —cinco días después— de su libro *El Evangelio según Jesucristo*, que tuvo lugar en el Palacio del Segundo Cabo, sede del Instituto Cubano del Libro, ante un numerosísimo público congregado desde horas antes de su llegada, que colmó los alrededores y le hizo autografiar cientos de libros.

Entrevistado aquella misma tarde, y acompañado de su esposa Pilar, explicó en estos términos el motivo de su vitalidad a los 82 años:

El día en que llegué a Cuba, el 14 de junio, cumplíamos Pilar y yo 19 años de casados. Se viven más años si uno está feliz, si está bien con la persona que vive, si se comprenden uno al otro, y se tiene algo muy claro, que la felicidad para que dure hay que defenderla, porque si no se cae en la rutina, en lo cotidiano. Cuando la conocí, yo tenía 63 años.

Y más adelante añadió:

Hasta ahora yo sigo escribiendo. Acabo de terminar otra novela y sigo trabajando. El Premio Nobel no me ha bloqueado. Si uno sigue teniendo algo que decir, pues que lo diga; si es mejor que lo de antes, estupendo; si no es tan bueno, pues que siga. Un escritor es como un atleta, que cada vez que salta o corre no tiene que hacer tiempos mejores que los anteriores.

Durante aquella última visita, Saramago sostuvo un encuentro en la Casa de las Américas y se presentó en el Aula Magna de la Universidad de La Habana para dialogar con profesores y estudiantes.

En reiteradas ocasiones expresó su apoyo político a la Revolución Cubana y su firma apareció en declaraciones y llamamientos de solidaridad con esta, y aun cuando manifestó su desacuerdo con determinadas medidas tomadas por el Gobierno cubano, al cabo se reconcilió con el proceso.

Nacido el 16 de noviembre de 1922, murió el 18 de junio de 2010. En 1998 le fue conferido el Premio Nobel de Literatura. Numerosas universidades le confirieron el doctorado Honoris Causa. Su obra comprende poesía, novela, cuento, crónicas, obras de teatro, y hasta óperas y piezas sinfónicas se han compuesto a partir de sus textos.

Aparte de la ya citada novela *El Evangelio según Jesucristo*, en Cuba se conocen otras novelas de Saramago, entre las que se citan *Ensayo sobre la ceguera*, *Ensayo sobre la lucidez*, y *Las intermitencias de la muerte*, aunque su producción contiene otros muchos títulos.

Sergio Pitól y la fiesta de la palabra

Dondequiera que se le lee, dondequiera que su obra se ha publicado y se le conoce, o sea, en todo el mundo hispanohablante y algo más, se admira a Sergio Pitól, un autor cuyo reconocimiento internacional, Premio Miguel de Cervantes 2005 incluido, lo convierte en referente vivo de la literatura en idioma español.

Dos entregas recientes de libros suyos por editoriales cubanas, *Nocturno de Bujara* y *El viaje*, uno a cargo de Casa de las Américas y el otro editado por Torre de Letras, permiten al lector nacional un mayor acercamiento a la literatura de Pitól. Y también a su vida, por cuanto al escritor en modo alguno le es ajena La Habana.

Viajero incansable del mundo, visitó la Isla por vez primera, muy brevemente, en 1953, cuando tenía 20 años y se introdujo, según confesión propia, en los entresijos de la capital, como el Barrio Chino, su discutido teatro Shangai, y la zona antigua de la ciudad, hoy Patrimonio de la Humanidad, que desde entonces lo deslumbró. No había publicado aún ningún libro y es bastante probable que aquella visita engrosara el catastro de experiencias que con posterioridad recreará a través de su memoria y su palabra, en su literatura.

Regresaría en los inicios del nuevo milenio, por motivos de salud, y por tercera vez, la más conocida, en ocasión de la Feria Internacional del Libro de La Habana, celebrada entre el 9 y el 19 de febrero de 2012, cuando su presencia devino un suceso que atrajo a lectores, periodistas y público en general ansioso de “ver”, al menos, al autor de algunos libros apetecidos largo tiempo.

Entonces se le entregó el Premio Internacional Dulce María Loynaz, conferido por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. El 15 de febrero recibió el homenaje de la institución Casa de las Américas, allí se hizo una lectura de su novela *Diario de la*

pradera y se comentó acerca de su obra y relación con viejos amigos cubanos. También en la sala Nuestra América, de la fortaleza de La Cabaña, sede principal de la feria, se organizó el día anterior un coloquio que contribuyó a «descubrir» para los cubanos a una figura de las letras no suficientemente conocida por buena parte de los lectores nacionales.

«Me inicié con el cuento y durante quince años seguí escribiéndolos. En el cuento hice mi aprendizaje. Tardé mucho en sentirme seguro», expresó en entrevista que se le hizo años atrás para el diario *El País*, de España. Sin embargo, su producción literaria en adelante fue abundante y en ella resaltan algunos libros, como *Nocturno de Bujara*, de 1981; *El desfile del amor*, 1984; *Domar a la divina garza*, 1988; *La vida conyugal*, 1991; *El arte de la fuga*, 1996; *El viaje*, 2000; *El mago de Viena*, 2005; *Autobiografía soterrada*, 2011..., que le han establecido en el panorama editorial pese a su irrupción digamos que tardía en las letras. A Sergio Pitol se le considera un significativo exponente del género narrativo-memorialístico.

Además del citado Cervantes, ganó en 1999 el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, así como otros lauros alcanzados por varios de sus libros. Destaca también su trabajo de traductor literario, mayormente de autores de lengua inglesa, aunque además de otras.

Nacido el 18 de marzo de 1933, en Puebla, México, y graduado de licenciado en Derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México, Sergio Pitol ejerció la docencia y se desempeñó en el servicio diplomático como agregado cultural en ciudades europeas, amén de residir en otras, entre ellas la capital china. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

Notas

Este libro contiene cien textos acerca de la visita a La Habana de igual cantidad de escritores célebres, desde mediados del siglo diecinueve hasta el siglo veintiuno. En esa distinguida galería de autores los hay de todos los continentes y de múltiples idiomas, desde varios premios Nobel hasta otros menos conocidos hoy día, pero todos tienen un punto común: su fascinación por esa joven villa que está celebrando su cumpleaños quinientos. Moviéndose con soltura entre la crónica y la semblanza, Depestre Catony nos ofrece uno de esos volúmenes para aprender y disfrutar con la historia y la literatura.

Leonardo Depestre Catony (Remedios, 1953). Licenciado en Lengua Inglesa, hoy se dedica al periodismo y a la difusión de temas culturales. Colabora de modo habitual en diversas publicaciones periódicas cubanas, tanto impresas como digitales. Ha publicado, entre otros, los volúmenes *Homenaje a la música popular cubana* (1989), *Cien famosos en La Habana* (1999), *Apuntes sobre el toreo en Cuba* (2002), *Habaneros famosos de ayer y de hoy* (2012) y *Cien mujeres célebres en La Habana* (2014).